

CARLOS MURCIANO

LA CÍTARA EN LA CITARA



COLECCION TELAR DE YEPES

INSTITUCION GRAN DUQUE DE ALBA
EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE AVILA

CARLOS MURCIANO nació en Arcos de la Frontera (Cádiz). Desde 1956, reside en Madrid. Es autor de casi un centenar de libros, de los que cabe destacar, en poesía, «Un día más o menos», Premio Ciudad de Barcelona (1962), «Este claro silencio», Premio Nacional de Poesía (1970), «El revés del espejo», Premio Ciudad de Zamora (1973), «Del tiempo y soledad», Premio Francisco de Quevedo (1978), «Historias de otra edad», Premio Leonor (1983), «Sonetos de la otra casa», Premio Feria del Libro (1996) y «Concierto de Cámara», Premio Internacional de Poesía Antonio Machado (Collioure, 1997), aún inédito.

Conferenciante, articulista, traductor, musicólogo y crítico literario, Carlos Murciano es miembro de diversas Academias españolas e hispanoamericanas, y Juglar de Fontiveros, de cuya localidad, cuna natal de San Juan de la Cruz, es hijo adoptivo. Su obra ha sido vertida al inglés, francés, italiano, ruso, lituano, macedonio, hindi y tailandés.

En el presente volumen, el poeta recoge una selección de poemas que no habían encontrado sitio en sus cinco antologías ya publicadas. «La citara en la cítara» se convierte así en un libro singular, con más de cuarenta años de poesía en sus páginas, y en el que se prueba a salvar del olvido, como apunta Carlos María Mañé en su epílogo, «asombros, inquietudes y días indeclinables»; cuarenta años de poesía: es decir, de vocación, de dedicación, de entrega al verso y a la palabra clara, profunda y conmovedora.

Bienvenidos sean, pues, estos poemas, dispersos hasta ahora, y que, «despojados de polvo y desmemoria», se nos ofrecen en este oportuno y brillante rescate literario.

Luis M^a MURCIANO

Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba



CARLOS MURCIANO

LA CÍTARA EN LA CITARA
(Antología)

1956-1996

Con un epílogo de
Carlos María Maínez

CONSEJO DE REDACCIÓN:

Carmelo Luis López (Director)

Jacinto Herrero Esteban

José M.ª Muñoz Quirós

Luis Garcinuño González (Secretario)

I.S.B.N.: 84-89518-39-4

Depósito Legal: AV-25-1998

Imprime: IMCODÁVILA, S.A.

Ctra. de Valladolid, Km. 0,800

05004 Ávila

A mi mujer.

A mis hijos.

Desde la penúltima citara



Institución Gran Duque de Guadalupe



Institución Gran Duque de Alba

ANTOLOGÍA



Institución Gran Duque de Alba

ALBUQUERQUE



Institución Gran Duque de Alba

PALABRA PREVIA

Mi casa blanca de mi pueblo blanco del sur, estaba coronada por una azotea ancha y luminosa, abierta a lo que era entonces mi mundo todo: la calle Nueva, la fuente del Cañuelo, el Murete, la cuesta de Belén, la calle del Deán Espinosa y, más allá, según hacia donde mirase, el caserío del barrio de San Francisco, los cerros mansos, la torre de Santa María, erguida y campanera. Pero la azotea nos estaba vedada. Teníamos que aguardar a que los mayores descuidasen su vela, para arrastrar la silla baja del cuarto de abuela Carlota y, subidos en ella, descubrir el frágil pestillo y ascender, silenciosos, los doce escalones.

Nos estaba vedada, sí. La azotea era el peligro, el riesgo de una caída. Y la palabra clave era precisamente *citara*. «Que no se acerque el niño a la citara»... «Alejáos de la citara»... «No te asomes a la citara»... Esa breve pared con sólo el grueso del ladrillo que servía de límite a la plenitud de aquel ámbito anhelado, venía a ser la frontera terrible de lo acechante, del vacío voraz.

Con los años, he pensado muchas veces que esas dos palabras que sólo un acento distingue (*citara*, *cítara*) podrían representar, juntas, la fugacidad —con ser perdurable— de la poesía, su condición amenazada y precaria. *Cítara* colocada sobre ese fino pretil, sobre esa inquietante *citara*, basta con un simple roce, con un leve soplo, para que se precipite en el vacío del olvido. «La *cítara* en la *citara*» —ya imagen, ya verbo— ha permanecido rodando en mi cabeza durante lustros, hasta detenerse en la portada de este florilegio, en el que una vez más entro a saco —esto sí, esto no— por mi poesía.

Y ello porque la aquí elegida —¿la aquí salvada?— ha sido la que yo mismo, no los otros, fui dejando en ese estrecho borde contingente, expuesta a desaparecer de un modo definitivo. Quiero decir que, con algunas excepciones, los poe-

mas aquí recogidos quedaron marginados de mis libros sucesivos y, en los casos en que hallaron sitio en ellos, excluidos de mis antologías éditas, sumando así a su nombrada fugacidad ínsita, la motivada por su –mi– autoinmolación.

Cinco compilaciones de este tipo marcan mi bibliografía. La primera, *Veinticinco sonetos*, fue editada por Literoy, en 1970, con prólogo de José García Nieto y contenido que su título explicita. Tres años después, la segunda, *Antología (1950-1972)*, a cargo de Plaza & Janés y prologada por Antonio Murciano, ofrecía una amplia muestra de mi obra publicada en esos veintidós años. La tercera, *Antología Poética (1950-1988)*, bajo el sello de la misma editorial y fechada en 1989, ponía al día la anterior y corroboraba el período de reflexión abierto a raíz de *Quizá mis lentos ojos* (escrito en 1985 y último representado en dicha antología). La cuarta, *Frontera del desván*, subtitulada «Antología Mágica» por su selector y prologuista Juan Ruiz de Torres, está datada en 1990 y sus poemas no alcanzan la veintena. La quinta y última, *Dell'amore e di altri affanni (Del amor y otros duelos)*, aparecida en versión bilingüe en Bari (Italia), en 1993, lleva un prólogo de Michele Coco y reúne veinticuatro poemas de tema amoroso, escritos a lo largo de ocho lustros.

La cítara en la cítara constituye, pues, mi sexta tentativa de esta índole, y viene a ser algo así como «la otra antología» o «la antología otra», ya que recopila lo que las precedentes eludieron. «Siempre que escoges, hieres», afirmó Laura de Colloví. ¿Son estos los poemas heridos? Sí, al menos, los obligadamente sacrificados. ¿Y por qué? Respondería: en buena medida, porque no fueron escritos con intención de componer un volumen. ¿Poesía circunstancial? ¿Y quién que es –Ortega, al fondo– no es también su circunstancia? Pero sucede que el tiempo ha ido revelando ciertas constantes, conformadoras al cabo de unos poemas capaces de incardinarse en un tronco común: tal ocurre con los integrados en «El verso caminante» y en «Rincón del duende», abarcadores por sí solos de la tercera parte de esta muestra; no así los llamados «Poemas mayores», acogidos a un mismo apartado e independientes unos de otros, aunque nacidos, en parte, de mi vocación de cantor andariego. Los otros cinco grupos de poemas pertenecen a otros tantos libros que, dicho queda, no hallaron sitio en las antologías anteriores, y que no agotan la bibliografía: porque de nuevo he prescindido de los versos navideños de *La Noche Santa*, desoyendo las voces que me aconsejaban su inclusión. Y es que una antología como ésta es ya de por sí tan dispar, que resulta aconsejable no acentuar sus diferencias; disparidad que emana de los propios vaivenes del vivir, sobre todo si sus consecuencias poéticas engloban, como en este caso,

cuarenta años. Tal es también la razón que me ha llevado a una ordenación cronológica, válida en esta tesitura, y a través de la cual podrían rastrearse, llegado el caso, determinadas características evolutivas.

Pongo al frente de esta selección un poema escrito en 1957, que ha permanecido inédito hasta ahora. Poema veinteañero, cándido en su creer perdurable lo impreso y reunido. Pero ¿acaso es candidez menor la del hombre maduro que espera evitar la caída de su cítara, con sólo alejarla unos centímetros del filo de la cítara en donde reposa?

C.M.

otoño de 1996



Institución Gran Duque de Alba

EN LA PRIMERA PÁGINA DE UN LIBRO

*Tú haras lo que yo no supe
hacer: quedar, eso sólo,
libro que empiezas tu vida
cuando concluye una parte
de la mía, libro mío
todavía entre mis manos,
mañana en otras ajenas
que intentarás conocer.*

*Estarás donde no estuve,
verás lo que yo no vi,
pero dirás lo que dije
no para ti, para aquellos
que ahora te tienen consigo
y que al vivirse te viven
y al hacerse te hacen eso,
esto tan sólo: quedar.
Lo que yo no pude hacer.*

1957

EN LA PRIMERA PAGINA DE CILINDRO

En la primera página de este libro, el autor se refiere a la importancia de la educación en la formación del ciudadano. El texto continúa describiendo el rol de la familia y la escuela en la socialización del individuo. Se menciona que la educación debe ser integral, abarcando tanto aspectos académicos como éticos y cívicos. El autor enfatiza que una buena educación es fundamental para el desarrollo de una sociedad justa y democrática. Finalmente, se concluye que la educación es el pilar sobre el que se construye el futuro de una nación.



Institución Gran Duque de Alba

EL VERSO CAMINANTE



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

Escritos entre 1956 y 1994, sin intención de formar volumen, estos poemas se reúnen aquí por vez primera bajo un título común, en un *corpus* que avalan fidelidad y pertinacia. Algunos de ellos se integraron en el libro *Plaza de la Memoria* (Málaga, 1966), que firmé con mi hermano Antonio. Los restantes son, en su mayoría, inéditos.



Institución Gran Duque de Alba

1 LAS CANCIONES



Institución Gran Duque de Alba

LAS CANCIONES



Institución Gran Duque de Alba

CÉLICA RONDA

«ya victoriosa piedra de nostalgia»

Pedro Pérez-Clotet

Tierra de Dios, celeste
ciudad, ya victoriosa
piedra de la nostalgia
poblando la memoria.

Subes en el recuerdo,
asciendes pura, ola
incontenible o pájaro
o cima o lumbre o góndola.

Feliz, inunda el aire
la catedral que formas
en lo azul. Tus campanas
dorados silfos tocan.

Si ancha sierra, vilano;
si alada nube, roca.
Plinto para la nieve
viva de las palomas.

Tú en las cuatro estaciones,
alta viajera, sola:
el estío te ciñe
de pámpanos y pomas,

por ti suena el invierno
su helada caracola,
y el otoño te brinda
su paciencia de hojas.

Y cuando la delicia
de abril te ronda, Ronda,
la cimba de la luna
creciendo, te corona.

1956

BALADILLA DE LA CALLE ANTIGUA (Arcos)

«Tu calle ya no es tu calle»

M.M.

Hoy he vuelto por el pueblo
y no estabas en tu calle.
Calle de Santa María
de la Asunción.

En la tarde,
abril teñía de rosa
su cielo, sus nubes.

¿Sales
-el aire se iba llevando
mis palabras- o no sales?

Luego, volvía el silencio.
Y el aire:
«Aquí ya no vive.
Márchate».

Y yo pegado a tu cierro,
sin marcharme,
creyendo ver a tu sombra
-¡tan mía!- tras los cristales.

1957

POR DESPEÑAPERROS

(Regresando. Tren. Madrugada)

Campos de noche, colinas
en las que posa la luna
su solo pie, solitarios
me véis pasar, mismamente
solitario. Yo os saludo,
campos de la España mía
que aguarda su amanecer.

Busco a través de vosotros
lo que un día dejé atrás,
lo que fue siempre mi vida
y todavía lo es:
madre-casa, padre-pueblo,
hermano-río silente
y esa mi torre-muchacha
con sus campanas dormidas,
quieta en mitad de la noche,
soñando mi regresar.

1957

CANCIÓN DEL AMANTE QUE QUERÍA VOLVER

(Arcos ausente)

Volvamos al pueblo, amor.
¿No oyes venir en el viento,
gigante de oro, su voz?

Vamos,
que nos espera lo alto.

Nube sonando a campana,
cielo aromando a pradera,
piedra flotando en el agua.

Vamos,
que nos espera lo mágico.

Al alba, amor, regresemos
a la nieve por la cima
—clara paloma— del pueblo.

Vamos,
que nos espera lo blanco.

1958

SEGOVIA

(Torreón del Alcázar)

A un lado, Eresma. Clamores
al otro lado, mi amor.
Ya eres mayor en amores,
ya eres mayor.

Crecidos, sobre la piedra
estamos, vida, los dos
viendo a las sierras azules
dorarse de tanto sol.

Absorta tú en la atalaya,
absorto yo.
(Nosotros sobre Segovia
y, sobre nosotros, Dios).

1958

NAVAS DEL REY

Mira este pueblo desnudo,
desesperanzado, Navas
del Rey: una fuente niña
y un puñadito de casas.

Piedra sobre piedra. Piedra
sobre silencio. Descansa
de este largo sol de junio,
de esta carretera larga.

Bebe el agua entre mis manos,
anda.
Y sentirás a Castilla,
a sorbos, por la garganta.

1958

SOMOSIERRA

La nieve ha bajado a verte
a la carretera misma.

Sábanas puso a secar
la sierra cercana, y mira
lo que ha hecho el pícaro, amante,
sol de febrero: fundirlas.

1959

ARANDA DE DUERO

Aquí, amor, con tu recuerdo.
Campo, nubes, alma... Sol
de febrero.
De paso.
Aquí, en Aranda de Duero.

De paso. Conmigo. A solas
contigo y con mi silencio,
buscándome en la ternura
si tengo tu...

Sí. lo tengo.

1959

CALERUEGA

Caleruega
tiene
ruecas,
chopos
y ovejas.
Y una iglesia
perfecta.

Caleruega
sueña.

Amante, ¿te quedarías
conmigo en esta
maravilla de Castilla?
Tiembles
en mi recuerdo, lejana,
y afirmas, cerca.

1959

BAHAVÓN DE ESGUEVA

Río Esgueva,
¿no tienes
pereza?
¿No te desespera,
tan sola, Castilla,
tan seca?

Pero el río no
contesta.
Nunca
contesta.

1959

BURGOS

En Burgos, amante, ríe
la Virgen de la Alegría.
Detrás de la catedral,
mira.

Por estos siglos de piedra
contigo me perdería.
De andar y andar, los relojes
se olvidarían.
(El tiempo se ha detenido,
la tarde misma).

En Burgos, amante, río
Arlanzón arriba.

1959

PALENCIA

Palencia tiene una torre
con un arcángel dorado
atravesado en su nombre.

Palencia, digo Silencio.
Un aire delgado, vida,
con la ciudad en el centro.

Te lo digo claramente:
este Cristo de las Claras
está inventando la muerte.

1959

CALATAÑAZOR

Mayo, garrido y guerrero,
silba, mirlo blanco, y salta
sobre la silla –¡tan alta!–
de su corcel, caballero.
Luego, Don Sancho Tercero
de la Primavera en Flor,
finge un Calatañazor
y a su clara valentía
pierde tambor y gumía
invierno, digo Almanzor.

1959

VIANA

De este pinar donde el silencio habita
estoy pensando, amor, que estrena un verde
como el que mi esperanza necesita.

1959

VELAYOS

Cómo silbaba el viento,
cómo silbaba.

(Tarde turbia de junio,
limpia tierra de España).

Nadie vino a cerrarme
las ventanas del alma.

(Las palomas perdieron,
amor mío, sus alas).

1959

BECERRIL DE LA SIERRA

Este puente de piedra
junto al rumor ceniza de los álamos,
le está diciendo al agua,
amante, lo que callo:
lo que yo nunca pude
decirte, lo que acaso
no podré decir nunca
a nadie, nunca. Paso
sobre el puente y escucho
amanecer un pájaro
en su trinar. Arriba
el cielo es un muchacho
que sonríe,
y abajo
el agua es tu recuerdo
clarísimo, pasando.

1959

DON RODRIGO

Una higuera silvestre,
diez mil olivos.
Andalucía sueña
en mitad del estío.

Un pueblo más. Pasamos,
amante. Don Rodrigo
pasa también. (Lo arrastra,
ya sin corcel, el río).

1959

PATERNA DE RIVERA

¿De la ribera de qué?,
muchacha blanca y desnuda,
en su ladera, de pie.

Desnuda de media pierna,
contrabandista de siglos,
Eterna, digo Paterna.

¿Sabes qué estaba pensando?
Comprarle a Paterna, vida,
un río de contrabando.

1959

ALMURADIEL

Con el sol poniente, mira,
llegamos a Almuradiel.

Ventana de Andalucía,
ya la cal en la pared,
el geranio en la maceta
—casi clavel—
y una pequeña palmera
bereber.

Con el sol poniente, vida.
Tengo que volver.

1959

CAMPILLO DE ARENAS

A los álamos voy, amante,
a sus cinturas musicales.

A los álamos de Campillo
que aguardan junto al camino.

Entre estos álamos, amante,
se alborotaría mi sangre.

No te traeré, no vendrás conmigo
a este rebaño de cuchillos.

De los álamos vengo, amante.
Mira sus cicatrices en mi carne.

1959

GRANADA

El agua, en Granada,
es como una muchacha descalza.
Se siente en la piel, cuando pasa,
temblar su imposible sandalia.

El agua, en Granada,
es como una serpiente de plata,
como una delgada campana,
como una sencilla nostalgia.

El agua, en Granada,
habla.

Por los arrayanes celestes del alma
se adentra. Sin prisa y sin pausa.

1959

SERRANILLA DE VALDEJUDÍOS

La encontré en la cuesta
de Valdejudíos.

Díjele: —Muchacha,
¿estos ojos míos
ven lo que están viendo
o ven extravíos?

Díjome: —Viajero,
la cuesta es muy pina
y no guarda esquina
para el mentidero.

Díjele: —¿Os llamáis?
Mas calló la bella.
Díjele: —¿Doncella?
Díjome: —Señora.

¡Ay los ojos míos
por Valdejudíos
llora que te llora!

1962

ÉCIJA

En Écija, blanca y sola,
bajo este sol de setiembre,
en esta clara alegría
del mediodía, tenderse
a ver pasar el Genil,
descalzo, bajo su puente.

1962

VENTURADA

Venturada, aventurada,
una fuente, cuatro chorros,
dos mujeres, cinco niños,
veinte ovejas, treinta chopos,
bienaventuradamente
numerándome el asombro.

1962

SORIA

De madrugada y con niebla,
frontera ya del otoño.
Las sombras con que soñara
—la oscura de don Antonio,
la pálida de Gerardo,
la gris de Gustavo Adolfo—
no estaban. Con niebla, vida.
Tanto tiempo con los ojos
preparados... Para esto.
Para nada y para todo.

1962

ATARDECER POR TIERRAS DE SORIA

El campo se está poniendo
color de plomo y de sangre.
Cae el sol. Una picaza
negrea –blanca– la tarde,
albea –negra– la sombra
de los álamos. El aire
tiembla. En el arroyo canta
el agua sus soledades:
agua que a nadie recuerda
y que no recuerda nadie.

1964

ALGODOR

(De paso)

Cerca la media noche, bajo un cielo estrellado,
se ha detenido el tren en Algodor. Un niño
ofrece —ojos azules— su ternura y su agua
y una muchacha lee al pie de una farola
inmersa en el silencio. Silba el tren y partimos.
La luna del estío brilla más, es más clara
sobre estos campos solos donde Castilla sueña.

1964

BENAMIRA

En donde nace el Jalón,
mira, vida, Benamira,
un pueblo de quita y pon.

Ahora estoy, ahora no estoy.
Benamira. Ven y mira
lo que no siendo ya soy.

Lo que no siendo ya es.
Antes no estaba y, de pronto,
Benamira.

Mira.

¿Ves?

1964

MATASEJÚN

—Mira —¡al fin!— Matasejún.

—¿Un
pueblo? —Bueno, según
lo mires. Algo mejor:
un lugar con ruiseñor
propio: la fuente del Haya.

—Vaya.

—Y por senderos extraños
los rebaños.

—Al cabo de tantos años
verlo tan cerca de ti...

—Mi sangre viene de aquí.
Bésame sobre esta sierra,
sobre este lecho de tierra.

—Sí.

1964

SIGÜENZA

El oro del otoño
llueve sobre Sigüenza.
Por estas plazas íntimas,
por estas calles prietas,
el hombre encuentra al hombre
que lleva dentro, deja
que le vivan los siglos,
los silencios, las piedras,
y en mitad de la noria
de los asombros, piensa
que tiene entre las manos
lo que buscaba.

Cerca,
el tiempo –doncel– duerme,
el doncel –tiempo– sueña.

1964

ALCALÁ DE HENARES

Desde el arco dormido
de San Bernardo,
voces de sueño y sombra
me están llamando.

(Que no se diga,
Miguel, que no conozco
tu voz amiga.)

1965

RÍO TAJO

(Por Aranjuez)

Rozan mis dedos la lengua
verde y larga, río, tuya.
Palabras jamás oídas,
musicales, se pronuncian.

Crece, inmensa, la mañana
sobre los árboles. Nunca
volveré a saber tan mía
tu carne hermosa y profunda.

1965

PASTRANA

Ceniza en la hora rosa
desciende, lento, el pueblo
hasta los chopos. Canta
el agua. Un mirlo nuevo
escucha. Va Teresa
amando y escribiendo,
mientras Juan de la Cruz
de la luz y el silencio
trenza la maravilla
de su verbo y su verso.
Sobre las huertas cruza
una picaza. El tiempo
no cuenta ya. Llevada
de su deslumbramiento,
la Plaza de la Hora
asciende, lenta, al cielo.

1966

TORRE-ALHÁQUIME

Bajo este sol serrano,
bajo sus soledades,
bajo su mordedura,
Torre-Alháquime.

Torre de los calores,
Torre de los trigales,
Torre de los silencios,
Torre-Alháquime.

Muchachos que no he visto,
mozas que nadie sabe,
niños que a nada juegan,
Torre-Alháquime.

Torre de los olvidos
y de los adelfares.
Torre de para nunca.
Torre-Alháquime.

1966

EN ARCOS

(Procesión)

Por las calles empinadas
llevan al señor San Pedro:

roja capa, rojos guantes,
roja barba, rojo cetro.

Con los fusiles al hombro,
la Guardia Civil del pueblo.

Con trompetas y tambores,
los diez músicos del pueblo.

Con cien niños de la mano,
las cien mujeres del pueblo.

En tejados y azoteas
cantan los mirlos del pueblo.

Por las calles encaladas
-roja tarde, rojo cielo-,

roja frente, roja mitra,
pasea el señor San Pedro.

Sombra de Semana Santa,
le precede el Nazareno.

San Pedro —cantan los mirlos—
le está negando en silencio.

1967

NUEVA YORK, 21 DE MARZO

(Patinadoras en Rockefeller Center)

Por esta avenida
que va a la tristeza,
vuelve la alegría
de la primavera.
Compiten, rivales,
la pluma y la piedra
como en un torneo
de ayer. ¿Quién se lleva
la palma, la gloria
del podium, la eterna
-la grácil- corona
de laurel?

Serena,
roza una paloma
las altas vidrieras
y desciende al suelo
de hielo.

Deshielan
Mary, Betty, Rose,
sus breves caderas
-pluma sobre pluma-
al pie de la piedra.
El pie que levantan
y el pie que las lleva

-gira que te gira-
por esta vereda
que va a cualquier parte
menos a la pena,
juegan a encontrarse,
mas nunca se encuentran.
¡Wellcome! Bienvenidas,
bienhalladas sean,
en este exactísimo
corazón de América,
las patinadoras
de la primavera.

1969

SANTO DOMINGO DE LA CALZADA

Aquí te deshojaría,
rosa fría.

Aquí, sobre esta pradera,
junto a esta verde ribera
del Oja, tu morenía.

Desnuda, morena y mía,
rosa fría.

Aquí, sobre esta pradera,
la calandria dominguera
cantaría.

Aquí, junto a esta ribera,
amor, te deshojaría.

1969

DEL RÍO OJA Y LOS NOMBRES AMIGOS

Tu nombre da nombre, río,
a una región: La Rioja
(Ojo, que ya afila el Oja
su delgado escalofrío).
Cruza tu azul manantío
Azúrrulla, San Antón
y la praderilla don-
de Villalobar se peina;
y junto a Casalarreina
te fundes con el Tirón.

Atrás quedaron también
Zaldierna, Ezcaray, Santurde
y el quiquiriquí que aturde
a Santo Domingo... Cien
pájaros revuelan. ¿Quién
los cambia por uno en mano?
Tú callas, río guadiano,
que en Ojacastro te escondes,
y poco después respondes
campesino y campechano.

1969

CANCIONCILLA DE LA NIEVE EN BÉJAR

Béjar se viste de blanco.
Hay una brizna de luna
en el pico de los pájaros.

Pájaros que ayer volaban
multicolores, y hoy vuelan
del color de las estatuas.

(Cae y cae, silenciosa,
la memoria de la nieve,
la nieve de la memoria).

En una esquina del parque,
la nieve se ha vuelto niña
y anda descalza y sin madre.

Echadle, niñas de Béjar,
un abrigo por los hombros,
que se está quedando yerta.

(Resbala sobre mis sienes
la nieve de la memoria,
la memoria de la nieve).

Una mano de algodón
está bendiciendo a Béjar
desde la Plaza Mayor.

Y al río Cuerpo de Hombre
se le ha helado esta mañana
el corazón, y no corre.

1972

POR MAJARROMAQUE

Por Majarromaque,
se puso de hielo
mi sangre.

Alacrán bravío,
la cola de fuego
rozando los guijos;

y el brazo desnudo
haciéndole sombra
al cuerpo translúcido.

¡Ay muerte acechante,
bajo los olivos
de Majarromaque!

1974

RINCÓN DE MÉRIDA

Por estos arcos pasan
el viento, la memoria,
la luz y la nostalgia.

Plinto del jaramago,
la piedra castigada
dura, mientras pasamos.

Un vencejo se posa
sobre el olvido, bajo
los labios de la sombra.

¿Quién está amaneciendo
—¿el viento, la memoria?—,
quién pone azul el tiempo?

Nadie responde. Nadie.
¡Ay torres de silencio
desafiando al aire!

1975

COPLILLAS DE CAMPO DE CRIPTANA

Por el Cerro de la Paz
-pañuelos de despedida-,
palomas vienen y van.

Pañuelos de despedida:
que todos los horizontes
huyen con la atardecida.

Que lo crea quien lo crea:
Criptana es una muchacha
asomada a la azotea.

Y digo más y mejor:
la Mancha, con ser la Mancha,
tiene aquí su mirador.

Poco a poco, poco a poco,
que estaba cuerdo y bien cuerdo
aquel caballero loco.

Aquel caballero andante
que vio gigante y molino
donde molino y gigante.

Criptana es una muchacha
que se empina en la llanura
para ver mejor la Mancha.

Y arriba, burla burlando,
«Burleta» bebe los vientos
por ella, molineando.

1977

PÁJARO EN EL JARDÍN

(Bhopal. India)

En el jardín canta un pájaro.
Yo no sé cómo se llama.
Tendrá un nombre pequeño
que sonará como el agua
clara de esta clara fuente
que bendice la mañana.
Briznilla en la fronda, tiembla
el trino de su garganta.
Y aunque es distinta su pluma,
como es distinta su rama,
su lengua es la misma lengua
de los pájaros de España.

1989

EL EMPERADOR

(Yuste)

Por el monasterio
pasea despacio
don Carlos Primero.

El paso cansino,
la barba crecida,
los ojos hundidos.

La luna se esconde.
En el gran silencio
giran los relojes.

Tan sólo se escucha
la canción del agua
de la fuente oculta.

1989

PÁJAROS DE YUSTE

A Mary y Juan David

«¿Dónde cantan los pájaros que cantan?»

Juan Ramón Jiménez

Coronan la arboleda,
colman de gloria el alba,
y aunque no se les ve
es suya la mañana.
Están en el silencio,
en el rumor del agua,
en el aire que huele
a eucaliptus y a salvia,
en la dulce entresombra
de la fronda dorada.
Están y nadie sabe
dónde están. Pero cantan.
Y nos hace más puros
la luz de su garganta.

1989

SAN ANDRÉS DE TEIXIDO

En San Andrés
de Teixido
canta
un mirlo.
Está el cielo
gríseo
y el campo verde
y amarillo.
La voz del pájaro
es como un cirio
alto
y encendido.
Un cirio que va goteando su cera
sobre mi corazón atardecido.

1989

GUADALETE

En Benamahoma
el río se asoma.

Majaceite manso,
guadaleteando.

Después, en lo verde,
se hace Guadalete.

Guadalete lento
camino del Puerto.

Al pasar por Arcos
abre sus dos brazos.

Y en Jerez se estira
sobre la campiña.

Luego, el mar Atlante
se bebe su sangre.

1989/1993

ATARDECER EN GRAZALEMA

Grazalema
se aduerme
en la sierra.

La jazminería
perfuma la piedra:
el muro encalado,
la pared roqueña.

La calima baja
por la carretera.

El aire
se adensa.

Bendice la torre
la vieja cigüeña
y la fuente fría
canta en la plazuela.

El sol va cediendo
su sitio a la estrella.

La luna remota derrama en los riscos
su pena secreta.

1989

BERCEO

(En la niebla)

Beber un bon vaso
de vino en Berceo,
andar estas calles
donde habla el silencio,
desgarrar la fría
seda del invierno
y oír el ladrido
fantasmal de un perro,
es ver cómo empapan
las almas, los cuerpos,
hechos niebla mansa,
los siglos que fueron.

1989

EN LA MANCHUELA

Villalgordo tiene un río,
Casasimarro, una plaza,
y un convento pequeñito
Villanueva de la Jara.

Por aquí pasó Teresa
envuelta en su capa parda:
aún resuena por sus calles
el eco de sus pisadas.

Una cigüeña se posa,
rezadora, en la espadaña.
Todo está en paz. Lento, cruza
el carro de la mañana.

1990

ATARDECER EN MAGACELA

Empinada y sola
sobre la llanura,
Magacela cela
su letra y su música.

Maga de las rocas,
gacela montuna,
fundiendo sus cales
con la piedra oscura.

Centinela herido,
su castillo escucha
el grito de alerta
que da Extremadura.

Desde los adarves
vuela la lechuza.
Fantasma amarillo,
asoma la luna.

1990

EN UN PATIO DE AMBERES

En un patio de Amberes
canta un pájaro antiguo,
canta un pájaro mágico,
melancólico y tímido.

Resbala por los muros
la yedra de los siglos
y hay un rumor de fuente,
idéntico y distinto.

Piso la piedra rota,
pero sé lo que piso:
la memoria irredenta,
el pulso de los míos.

1990

DESPERTAR EN STRUGA

(Macedonia. Yugoslavia)

La mañana es un pájaro
silbando en el alero;
la luz, una moneda
que rueda por los cerros.

Un día más, la vida
da cuerda a su muñeco.
(La vida: un largo olvido
entre dos nacimientos.)

Vuelvo a andar. Reconstruyo,
al que ayer fui, y compruebo
que otro desconocido
me mira en el espejo.

1990

LAGO DE OHRID

(Macedonia. Yugoslavia)

En el taller del alba,
el lago está bruñendo
su lámina de plata.

Todo es claro y distinto:
el pájaro en el aire,
la flor en el camino.

La luz, la luz intacta.
Sobre los pinos llueve
la memoria del agua.

San Naum, allá arriba,
sigue latiendo, indómito
bajo la piedra fría;

y en la orilla remota,
un pescador olvida
los peces y las horas.

El silencio es perfecto.
Como si el mundo —¿existe?—
comenzase de nuevo.

1990

CABEZO DE ALCALÁ

(Ciudad ibero-romana)

El poniente es una llama
sobre el Cabezo. ¿Qué canta
ese pájaro fantasma?
¿Qué sombras son las que pasan
sobre estas piedras gastadas
por tantos siglos? ¿Qué magia
mantiene en pie sus murallas?

Duenda de ayer, la campana
dobla en la torre de Azaila
y una estrella solitaria
enciende su lenta lámpara.
Lejos, el Ebro apuñala
las arboledas doradas.

1990

SIMANCAS

El pueblo está solo.
De tejas y aleros
se cuelga el otoño.

Nada pasa. Nadie.
Solamente el frío
rondando las calles.

Envuelto en la niebla,
el castillo borra
portones y almenas.

Y una mano en sombra
hojea el ajado
libro de la Historia.

1990

PUNTA DE MERA

(La Coruña)

Este sol de noviembre
traza un camino de oro
sobre el agua celeste.

Por él llega la espuma
a estrellarse, suicida,
contra la roca dura.

De su muerte renace
hecha nieve o paloma,
camelia, jazmín, ánade.

Todo es mucho más claro;
es decir, más oscuro.
Delicia de lo mágico.

No estoy en esta punta
en la que estoy. Estoy
en mitad de la luna.

De la luna que aguarda
—centinela— su turno
sobre la mar intacta.

1990

GUIJO DE SANTA BÁRBARA

Por los escalones
de la calle Nueva
se oye el son del agua
clara de la sierra.

Herido, el geranio
sangra en su maceta,
y es otro el aroma
de la yerbabuena.

Por el viejo muro
que cubre la hiedra
resbala la luna
de la primavera.

Tú vienes conmigo.
Pero, en la arboleda,
un pájaro triste
proclama tu ausencia.

1992

CEMENTERIO VIEJO

(Hontoba)

Cementerio viejo:
una cruz de olvido
para cada muerto.

Y un ciprés cansado
donde, conmovido,
canta un solo pájaro.

Morirse no es más
que tener un poco
de tranquilidad.

1992

VIVAR DEL CID

Por Vivar del Cid
no pasea nadie.
Ni la clara sombra
de Rodrigo. Nadie.
Tan sólo la lluvia
del otoño cae
sobre sus olvidos
y sus soledades.

(Virgen pequeñita
del Espino, guárdame).

1993

LLAVES

¿Qué puertas de qué lugar
abrirán estas casucas,
hijas de su soledad?

PIASCA

El tiempo, su huella
—tibio sol de otoño—,
perdura en la piedra.

1993

NONDUERMAS

Despierto en Nonduermas.
Despierto y cautivo,
abiertos los ojos,
tensa el alma, tensa.

En el oro súbito
de los limoneros,
un pájaro escribe
su nota de luto.
Sobre la pinada,
el cielo de mayo
se rompe en azules.

«Velad», murmulla
la brisa, la brasa
del sol que se pone.
«Velad», y se abren
las huertas, las puertas
del gozo.

¿Quién duerme
en Nonduermas?

1994

Institución Gran Duque de Alba

y 2

LOS SONETOS



Institución Gran Duque de Alba

LOS ANGELES

30

INSTITUCIÓN GRAN DUQUE DE ALBA



ÚLTIMA NOCHE EN LA ALCAZABA DE MÁLAGA

El viejo son del mar, la mano abierta
de Dios, en una larga despedida.
La luz del sol vencida y perseguida
por una luna silenciosa y yerta.

Luna que en soledad abre la puerta
hermosa de la noche y, sorprendida,
ve cómo a abril le gana la partida
su pupila clarísima y despierta.

Abajo, la ciudad duerme y reposa.
Niña en mitad de la ancha primavera
no tiene miedo de ninguna cosa.

Aquí habré de pasar la noche entera,
junto a las cuatro esquinas de la rosa.
Y salga luego el sol por Antequera.

1964

ÚLTIMA HOJA

(Otoño. Sierra de Cádiz)

La tarde está cayendo sobre el río.
El ciervo del otoño en la alameda
va corneando, inmenso, lo que queda
de la desesperanza del estío.

No tuvo fe en su claro manantío
ni creyó en el verdor de su arboleda.
Y ahora –nuevo Tomás– ve a la vereda
hundir su dedo en su costado umbrío.

Varón, el viento pálido persigue,
niña, a la nube gris, y en una llama-
rada final arde la tarde roja.

Cruza un pájaro solo: silba y sigue.
Y en el desnudo brazo de la rama
tiembla el leve milagro de la hoja.

1964

ÁVILA QUEDA

Luego que todo pasa, Ávila queda.
Queda su corazón de piedra dura,
el fuego helado de su calentura,
su guantelete de alabastro y seda.

Por sus muros, los siglos ruedan. Rueda
el Adaja su eterna singladura
y en un remanso, pura en su clausura,
la Encarnación apuesta su moneda.

Y ganó ayer y todavía gana.
Ávila suelta al vuelo su campana,
que todavía es mucho todavía.

Y Dios, al filo de sus nueve puertas,
de par en par las va dejando abiertas
para que entre por ellas la alegría.

1970

UN MIRLO EN EL PINAR DE ICOD

Árbol de cruz, árbol de siglos... Canta
un mirlo en el pinar, mas se diría
que canta el mirlo en la memoria mía,
tanta es su pena y su ternura tanta.

Icod enciende un mirlo en su garganta
con cada amanecer, y el mirlo estría
y abre la flor de la melancolía
y la deja caer y la levanta.

Árbol de cruz, sediento, el Cristo expira.
Árbol de siglos, se alza el Drago y mira
de un modo al Teide, que no sé decirlo.

Pero, desde esa sed a esa mirada,
Icod extiende, fiel, cada alborada,
la delicada música del mirlo.

1972

CONTEMPLACIÓN EN VALLDEMOSA

(A María Saltor, que adivinó mi paso
por la Plaza de la Cartuja)

Estás. Y no en la sombra. Aquí: delante
de nosotros, de mí. Rompe la mano
la escayola, el cristal, y en el piano
se hace otra vez candela crepitante.

Tu música, muchacho agonizante,
solloza en el marfil. Pregunto en vano
si alguien te ve, si alguien te siente. Ya no
estás, pero eternizas el instante.

Estás. Y no en la sombra. Da en la palma
su sola nota el ave. Se diría
que es tu dolor el de la tarde en calma.

Sobre el papel, la pluma que escribía
recomienza a vivir, mientras el alma
se te derrama en la caligrafía.

1972

PUERTO REAL

La soledad se llama compañía
en esta esquina mágica de España,
donde teje su música la araña
de la guitarra y arde la bahía;

donde la gaviota todavía
no sabe si se engaña o no se engaña
cuando se baña —cuando no se baña—
en sal, en sol, en mar, en río, en ría.

Venid aquí con vuestros desengaños
y apacentadlos junto a los rebaños
de olas, de pinos, que apacienta el Puerto.

Este Puerto Real que, cada día,
levanta el nardo azul de la alegría
e inicia en sol mayor su gran concierto.

1973

ANTE EL MAUSOLEO DE LOS AMANTES

(Teruel)

Mira cómo la piedra se levanta
rítmicamente, pecho que respira;
escucha cómo el corazón delira,
pájaro tibio y diminuto, y canta.

Nunca tuvo la piedra pena tanta
como esta que a la par vive y expira;
escucha el leve palpitir y mira
el trémolo que inicia su garganta.

Isabel de Segura está segura
de que el mármol conserva su hermosura
lo mismo que conserva su amor ciego.

Donde digo Isabel, digo tristeza
y donde digo amor, digo pureza.
Y donde digo ciego, digo Diego.

1973

LLANO MANCHEGO

«el pecho en ascua roja de la Mancha»
E. C.

El llano se estremece y se encandila
y, ave de vuelo cándido, se eleva
y en su plumón —en su canción— se lleva
hasta el azul el llanto de la esquila.

El llano es como un hombre que vacila
en una encrucijada: aquí, la esteva
y allí, la nube; aquí, la savia nueva,
y allí, el viejo raigón. La luz se afila

sobre estos yermos y estas soledades
donde la tierra dice sus verdades
y el corazón, blanco de Dios, se ensancha.

Y ensanchado (de Sancho, el escudero)
hiere de amor y espada el Caballero
el pecho en ascua roja de la Mancha.

1975

EN VALDEPEÑAS

Corazón de la Mancha. Campo llano.
Grito amarillo donde el tiempo cabe.
Puerta de los secretos, con la llave
colgada en la cintura del verano.

Sobre las verdes viñas va la mano
diestra de Dios, en tanto vuela el ave
buscando un horizonte que ya sabe:
la frontera del cielo castellano.

Pero nunca la alcanza. Tierra y cielo
se besan niñamente, y el molino
gira en la plenitud del mediodía.

El sol ha desdoblado su pañuelo
y se limpia el sudor, mientras el vino,
preso en su tinajón, los desafía.

1975

EN TEJEDA

(Gran Canaria)

Para Calaya y Manolo

Leche de paz los Pechos de Tejeda
manan sobre la tarde que declina;
el Roque Nublo, en pie, se difumina
en la calina que se desenreda.

Ya no queda camino. Ya no queda
sino la soledad. El mirlo afina
su negra flauta y, sobre la colina,
barre el silencio el escobón de seda.

Lejos, erguido, dentro de su nube,
el Teide tiembla y lentamente sube
hacia la luz revivificadora.

Y el taginaste, súbito, rojea,
y hasta el clavel salvaje centellea.
Y todo es de otro sueño y de otra hora.

1978

NACIMIENTO DEL GUADALQUIVIR

En Cazorla hay un tordo de agua pura:
de su garganta trinadora nace
un potro de cristal que pisa y paca
los trebolares de su escarpadura.

Aquí comienza un ave su aventura,
un corcel que en espumas se deshace,
un río que ya fue, y ahora renace
en el amanecer de su andadura.

Porque en esta Cañada de Aguas Frías
donde anidan al sol las totovías
y el ciervo capitán bebe de bruces,

antes que la Creación tuviera dueño
manaba ya, celeste como un sueño,
el padre de los ríos andaluces.

1981

ATARDECER EN ES VERGER

(Mallorca)

Desde este monte altivo, la bahía
brilla como un espejo azul y plata.
Se oye el silencio. Cruza una fragata
remota, como cruza la alegría.

Dueño y señor de la monotonía,
el grillo inicia ya su serenata.
La luna, atada al pino, se desata
como una corza delicada y fría.

Como una corza que huye y se alza luego,
cometa de cristal, arcángel ciego,
hasta la inmensidad del cielo raso.

Y el sol pierde de pronto la cabeza,
y todo se hace púrpura y belleza
rodando lentamente hacia el ocaso.

1990

CAMPOS DE MEDINA – SIDONIA

(En un cuadro de José Lapayese)

Una ventana, a veces, es tan sólo un espejo
que copia el sol, el aire, los campos de Medina,
un cielo que la mano de mayo difumina
y desnuda en el hondo milagro del reflejo.

El pulso de arroyo y el rastro del vencejo
tiemblan sobre la curva lustral de la colina.
El olivo se acuesta y el tejado se empina
y el viejo campanario dice su son más viejo.

Una concha de piedra bautiza la mañana
con un agua de siglos, y se torna cristiana
la roca donde puso su pie la morería.

Y en la gracia del lienzo donde el pincel no pesa,
libre ya de su azogue, se va quedando presa
el alma de este claro lugar de Andalucía.

1992

EL POETA RECUERDA A LA AMADA DESDE UNA PLAZA DE CARACAS

El azulejo en el samán no sabe
que estoy lejos y azul de mediodía,
embadurnado de melancolía,
encerrado de ti, pero sin llave.

Antes de que el octubre se me acabe
daré razón de que esa boca es mía.
Mas queda mucho octubre todavía.
Y en el álamo verde silba el ave.

Simón Bolívar lanza una paloma
con su mano de bronce, y se desploma
el aire a su tremor, truncado espejo.

Y estoy ceniza y lunes sin tus brazos,
roto, como ese espejo, en mil pedazos,
mientras canta en su rama el azulejo.

1994

BREVIARIO
(1958 - 1995)

1969

1974

1993



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

Escrito entre 1958 y 1968. Publicado en Caracas, en la colección «Poesía de Venezuela», en 1969, con el número 27. Doce poemas. En febrero de 1974, se hizo una segunda edición en Sevilla, en la colección «Aldebarán», con el número 9, recogiendo otros doce poemas más, escritos hasta 1973. En 1993, en la colección «Medialuna», de Pamplona, con el número 15, apareció una tercera edición, con treinta nuevos poemas, escritos hasta ese año.

Institución Gran Duque de Alba

TREINTA VERSOS PARA PABLO PICASSO

El genio, soplo mágico,
dispuso tus pinceles;
planos, formas, volúmenes,
lo gigante y lo breve,
lo que todos veíamos
y lo que solamente
tú veías, plasmóse
-pasmóse- para siempre.

Universal, tu mano
obedecía a quienes
con sus voces dictaban,
Pablo, el trazo solemne:
siglos de Andalucía,
Pablo Picasso, duendes
de Andalucía, ángeles
de Andalucía, ¿entiendes?

Y por si no quisieras,
Pablo, entenderlo, vuelve
tu mirada hacia atrás
y contempla, contéplate
por dentro, presta oídos
a tu sangre caliente
y escucharás rugir,
mugir a contrafiebre,

a contraluz de ideas,
tu corazón de siempre:
negro toro de España
corneando a la muerte.

1958

UN SONETO PARA PLÁCIDO FLEITAS

El tiempo y su rumor de arena ardida,
el son antiguo y fiel del oceano,
le cantan por la sangre y por la mano
buscan mágicamente la salida.

Un empuje ancestral abre la herida
de la memoria y ruedan por el llano
negros toros de Iberia. Más cercano,
Teide ve la materia sometida.

Plácido Fleitas toma ardientemente
la piedra y, en la tierra donde yace,
la posee y le siembra su semilla.

Y la piedra se yergue de repente
y de lo que le sobra se deshace
y alumbra la eviterna maravilla.

1964

RECADO URGENTE Y DOLORIDO PARA ANTONIO PADRÓN

Porque te has ido de repente.
buen amigo Antonio Padrón,
con tus pinceles y tus lienzos
y tu callar tan hablador,
con tus azules molinillos
y tu gallo madrugador,
con tus oscuras campesinas
tostándose de sol a sol,
con tus brujas y tus chiquillos
y tus santiguadoras, con
esa corcova sahariana
de tu dromedario arador;
porque te has ido para siempre
tirando de tu corazón
como un niño de su cometa
amarilla y naranja, por
aquella punta de Agaete,
por el largo Dedo de Dios,
por aquel mar de recia espuma
que contempláramos los dos
juntos, en una tarde hermosa,
por tantas cosas que no son
pero que fueron algún día
de mi pluma a tu pluma, yo
le pido al Padre que te ponga

con San Poeta y San Pintor
en un jardín de su celeste
ínsula de San Borodón.

1968

Institución Gran Duque de Alba

A VÍCTOR DE LOS RÍOS

Contemplando el hierro vivo de su «Cristo crucificado»

Estaba el Cristo alzado contra el muro desnudo
de tu estudio. Caía la tarde cenicienta
y en mil rojos relámpagos rugía la tormenta
mientras que yo miraba, emocionado y mudo.

En un rincón cualquiera, hacía su saludo
tu pastor. Yo sumaba: no salía la cuenta.
Hierro más barro: muerte. Pero a la muerte cuenta
tu Cristo adelantaba su pecho como escudo.

Aquí tu mano, Víctor, se llenó de ternura.
Y era el metal más firme, la materia más dura
lo que tú moldeaste e hiciste respirar.

Y era hierro la espina y era hierro el madero
y era hierro macizo tu Redentor entero.
Y era miel, sin embargo, su lento agonizar.

1968

SUEÑO DE BARJOLA

Una rosa entreabriéndose,
una madre peinando las trenzas de una niña,
un mirlo en un almendro,
un arroyo lavando la paz del mediodía,
una cesta de pan, una naranja,
una yegua, una yunta, una rama de oliva,
todo lo que es sencillo
y hermoso, se da cita
en tu noche y tu sueño.
Pero el alba regresa y, con ella, la vida.
Los monstruos del dormido, sus terrores, se alejan.
Vuelve al ojo y al lienzo la realidad más limpia:
bultos, sombras, muñones,
apagadas pupilas,
bocas a las que el grito deforma, cercenadas
cabezas que la sangre confunde y multiplica.
Escarban los pinceles tu paleta temblante
mientras clava la espátula su aguijón de ceniza
en el lienzo. Los sueños son los sueños,
te repites. Y olvidas.
Ante ti está tu mundo, tu verdad, tu modelo.
Y pintas, pintas, pintas.

1968

CONTEMPLANDO UNOS HIERROS DE LUIS ÁLVAREZ LENCERO

Puso el hombre los ojos sobre la gran distancia,
más allá
del horizonte; puso
el oído profundo sobre la tierra,
el pecho contra la soledad,
el corazón contra el ruido de la aguas;
puso el hombre la mano sobre la dura
materia
y supo que era bueno.
Y supo que era necesario
domarla, trocearla, compartirla,
hacerla una vez más, dios tenacísimo.
Así, cuando era el alba
y un tordo sangreante incendiaba las torres,
bajó a lo hondo y desterró al silencio.

Oh, el martillo, su negra
voz; oh, el yunque, su garganta;
oh, la chispa amarilla, viniendo de los siglos.
Puso el hombre la mano sobre la dura
pena
y el hierro se hizo carne y habitó entre nosotros.
Máscaras de estar vivos, puños de estar muriendo,
peces casi guitarras por un río sin cauce,
hombres amaneciendo bajo un cielo de cobre,

la furia ciega, el toro,
la guerra en una bota resuelta ya en pezuña,
el ojo casi fauce,
el llanto casi llanto;
y el vidrio de colores, como una bofetada.
—absurda, tierna— de poesía.

Puso el hombre la pena sobre la dura
mano
y supo que era bueno.
Y se echó a los caminos
y volvió el rostro atrás, mientras andaba,
a ver si esos sollozos,
si esas formas que había
sacado de la sombra,
a las que había dado la vida con su soplo,
rompiendo sus cadenas, le seguían.

Y el gran milagro fue.

1971

CONTEMPLANDO UNOS LIENZOS DE CARMEN PINTENO

Esta luz que se tensa, esta chiquillería
con la nostalgia misma colgada de los ojos,
este paisaje duro, estos tristes rastrojos,
esta precipitante montaña en agonía,

este sol que dispara su roja artillería
sobre un blanco de casas coronadas de abrojos,
estas mágicas llaves, estos claros cerrojos,
abren por tí la palma y el alma de Almería.

En estos lienzos fuiste dejando tu ternura,
quebrando tu alegría de niña lastimada
por la mano terrible del mundo y de sus cosas.

Y aquí está la amargura, mas también la hermosura,
porque tú llevas, Carmen, en tu limpia mirada,
el dolor de los cardos y el temblor de las rosas.

1972

DIGO AHORA DE FERNANDO CALDERÓN

Con tres versos de Ausías March

*Los peces por la tierra irán vagando,
Fernando Calderón, si tú lo quieres;
si lo quiere el cuchillo con que hieres
lo que en el lienzo vas desentrañando.*

Gallos, navíos, pájaros cruzando
manos de niños, ojos de mujeres;
perfiles que proclaman tus dos seres:
hombre Fernando y semidiós Fernando.

*Si acaso de improviso un viento viene,
es que Fernando Calderón lo tiene
dormido en su pincel, y lo despierta.*

Busco el asombro, mas lo llevo puesto.
Busco la puerta, mas no existe puerta.
Sin ojos puedo ver, no hay duda en esto.

1973

GREGORIO PRIETO, AQUÍ

Por Valdepeñas pasan los caminos
que entran en Grecia y circunvalan Roma:
el camino que lleva a la paloma
y el que lleva a las fuentes y a los pinos.

Arcángeles –muchachos– campesinos
sostienen el pincel que se desploma
de tanta luz. Encima de la loma,
sanandresean, blancos, los molinos.

Y todo está en el lienzo, como un llanto
–clara mancha en La Mancha–, como un canto,
junto a la fiel cardencha y a la espiga.

Lo mismo que está aquí Gregorio Prieto,
en los catorce versos del soneto,
junto a la borrachera del Auriga.

1972

VEO LA HUELLA DEL TIEMPO EN UNOS CUADROS DE EDUARDO NARANJO

En los espejos que recubre el polvo,
tras de las puertas que no se abren nunca,
bajo tejados que se desmoronan,
pinta Eduardo.

Caen los recuerdos como lluvia mansa,
va la ceniza poseyendo el mundo,
es la vejez el norte de las cosas,
y él lo comprende.

Una maleta encierra veinte siglos,
un retrato amarillo se deshace,
una muñeca se suicida y habla
con Eduardo.

Rostros que nunca fueron, manos rudas,
cerrojos que chirrían y se arrastran,
relojes que resbalan sin ruido,
se le rebelan.

Pero él los toma, los doblega, doma
sus colores, conforma sus perfiles.
Y el tiempo es ya un cachorro que camina
tras Eduardo.

1973

SONETO CASI MÁGICO PARA LORENZO GOÑI

La mosca, el cigarrón, el alba bruja,
el ojo que no es ojo sino gajo,
la campana que pierde su badajo,
el búho que bucea en su burbuja,

todo es materia que una mano estruja,
raja, baraja y maja en su dornajo,
mientras que el gato se hace escarabajo
y un dedo que no existe lo dibuja.

Lorenzo Goñi gañe, engaña, guiña
su ojo frontal, y la pintura es niña
que escapa de su cueva de gigante.

Y Cuenca, encaramada en su barranca,
se arranca como un toro, brava y blanca,
y se lleva a Lorenzo por delante.

1973

VAMOS A ENTRAR EN CASA DE CELEDONIO PERELLÓN

Vamos a entrar en casa de
Celedonio Perellón;
vamos a pisar muy despacio, para no desvelarlas,
estas losas albinegras,
desnudas de alfombras pero colmadas de rotos
deseos,
y vamos a hacer como que no
vemos la gran pámela que este quicio no alcanza a ocultar,
la máquina de despertar los sueños, que una muchacha
—dormida, claro— cuida a la altura del techo,
el maniquí que se despereza en un rincón, de su dueño tal vez olvidado.

Y lo primero que miramos —vamos a entrar, etc.— es el centauro que succiona
la boca, el corazón de esa misma muchacha
—¿o es su reflejo?— y, más allá, el rostro, en primer plano, de la bestia.
Llueve el tiempo su asombro, su ácido que corroe,
tiembla la mano en su muñón, vacila
la equilibrista.

¿Y esa escalera
que no termina nunca (porque nunca ha empezado,
porque el peldaño inicial es un sollozo, quiero decir una sonrisa),
adónde va, qué anuncia, qué señala?
Espectador sin rostro, conoce él su secreto,
pero lo calla.

Vamos

a entrar en casa de este etcétera,
a sorprenderle con su esfera, su cubo y su sombrilla,
colocando en sus nichos
torsos, senos, zapatos,
vestidos, piernas, sombras, pelucas, polvo, quién
lo diría,
arrinconando monstruos, mendigos, peces, vamos
a entrar en casa de este Celedonio
Peleón -a batallas
de amor, con una pluma
le basta-, a descubrirle
el miedo de saberse ya memoria,
lágrima de otro mundo, madrugada
insomne,
y vamos a tener mucho cuidado
de sembrar de migajas el bosque donde arrumba
sus alucinaciones,
su casa de ogro antiguo con botas de mil yeguas,
para que si los pájaros del entendimiento
no las pican, las comen, las hacen
desaparecer.
encontremos sin dudas la salida, el boquete
de su desesperanza, el sumidero
de su imaginación,
bullendo al fuego lento de su tanta cordura.

Vamos, por tanto, a entrar en casa
de Celedonio Perellón,
con una alondra en una mano y un soplete en la otra,
en la seguridad de que si tropezamos,
al final de un pasillo o detrás de una puerta,
con el mar, por ejemplo,
él estará sentado en sus orillas, con barca y remo y algas y musgo por los hombros,
sonriendo, tranquilo,
porque el mar es un juego de niños y él lo sabe.

1973

VEO INMERSO A NASSIO BAYARRI EN SU GUERRA TOTAL

El cielo, negro. La tierra,
lejana y sola. Se enfría
(paréntesis) la bravía
cuerna de la luna. Guerra
total. Un planeta yerra
por el hondor sideral
y una mano terrenal
trata de llevar la nave
-¿cómo?- a un puerto que no sabe
ni existe. Guerra total.

Guerra total. Se resiste
-dura, tenaz- la madera
y el hierro se desespera
y el mármol se pone triste.
Hay un puerto que no existe.
Nassio lo conoce. Mira
su mano, donde delira
-pájaro fiel- la herramienta
y antes de que se dé cuenta
huye, se va.

El mundo gira.

Gira al revés, lentamente.
Nassio lo sabe y se asoma

a su olvido. Una paloma
viene y se posa en su frente.
Turbio, el cuervo, de repente
—¿no era paloma?—, levanta
el vuelo. De su garganta
crece la música astral.
El cosmos: guerra total.
Y Nassio Bayarri canta.

1973

SONETO MÓVIL PARA JESÚS SOTO

La mano firme, el pulso progresivo,
la vibración, la vibración, la luna
de la materia móvil, la cieluna,
la penetrable esencia de lo vivo.

La espiral del silencio fugitivo,
una sombra cualquiera que es ninguna,
la t de torre, de tremor, de tuna,
el cubo que me criba lo que escribo.

Todo tiembla en los pájaros de Soto,
y el mundo se derrumba, rojo y roto,
y él, Orinoco fiel, lo reconstruye.

Y el agua se desnuda y se levanta
-la vibración, la vibración- y canta
y luego como helada cierva huye.

1974

ÁNGEL ÚBEDA FOTOGRAFÍA EL OTRO LADO

Este Ángel, expulsado de no se sabe dónde,
pupila vagabunda,
célula cuerdiloca, trompo mago, no sé,
este
roedor insaciable,
rodador incansable,
rondador de lo ignoto,
toma
lo que sólo él vislumbra
—el revés de las cosas,
los perfiles del sueño...—
y sobre el terso blanco nos lo ofrece,
funeral, negro puro,
noria
que otra vez gira,
aspa
molineando,
turbio,
chirriante carrillo,
polea, rueda, cándida
cadena, arado en paz,
mientras ríe y se evade, Colón del otro lado,
fiel a su travesura que es ya su travesía,
camino de los cerros inefables
de su apellido.

1974

MIRO A MIRÓ

nde
las mayúsculas
o:
yo la A
rte;
o la P
tura;
nque

e a sacar,
chorreante,
propicia,
ura nace y muere y nace,
ola.

Miro a Miró, macero mi memoria,
cometas, ojos, dedos, estrellas codifico,
le veo romper la M (Muerte, Miró, no existen),
descolgar de la noche la gran C de la luna
y alumbrar la cerámica.
Le
veo
hacer, luego, la V con dedos semimágicos:
Vida,

Victoria,
apunta.

Y el gallo, erguido, canta
encima de la mesa.

1974

CON SOROLLA

(Martínez Campos, 37)

En la mañana fría,
cuando el invierno agonizante, aferrado a vivir,
clava sus garras en la niebla y sorbe,
he visto el sol crecer, cantar como un muchacho
desnudo,
cabrillear, indemne, sobre el mar,
bañar paredes, torsos,
dorar la vía muerta, el pitacal, la viña,
playear, rebelarse,
vencerse luego.

Iba
tu mano por los bronce,
por las consolas olvidadas,
tronzando el amarillo laurel de tu paleta,
siendo verdad de nuevo.
Y en el jardín la fuente murmuraba
y una muchacha -roja su blusa entre los pinos-
bendecía un lejano
atardecer
que nunca llegó a noche y que fue tuyo.

1975

TERCETILLOS POR JUAN ESPLANDIÚ

UNA calle hacia el tiempo;
gentes, farolas, autos,
olvidos y recuerdos.

La prisa ciudadana:
la pincelada leve,
lengua de la elegancia.

Ausencia. Paz. Otoño.
El silencio es de plata.
Los árboles, de oro.

Un barco que no existe
gana puerto y se aquieta
entre las olas grises.

Entre las grises alas
con que las gaviotas
desnudan la mañana.

¿Qué torre de qué pueblo
se empina –pies de piedra–
para asomarse al rucdo?

Este toro, esta brizna

de furia, ¿qué caballo
ciego empuja y derriba?

La pincelada alegre.
La paleta conjura
azules, rosas, verdes.

Juan Esplandiú bautiza,
profeta de lo efímero,
el claro mediodía.

Poeta de lo eterno,
su policroma estrofa
luce el verso más terso.

Y en la cima del gozo
cuelga, mágico y místico,
su cascabel sonoro.

1975

DÉCIMA (O CALLE) PARA QUE CRUCE DESPACIO FRANCISCO MATEOS

El desamor, la pobreza,
el dolor, el malvivir,
el eterno ir y venir
de la rabia a la tristeza,
no existen ya. La belleza
luce su máscara. ¿Ves?
Y cruza Mateos (pies,
¿para qué os quiero?), sin prisa,
muriéndose de la risa
de estar llorando al revés.

1975

DELGADO RAJA RETRATA A ANTONIO BIENVENIDA

La serenidad. El velo
de los presagios. La sombra
de la que nunca se nombra,
de la que siempre está en celo.
Casi tierra, casi vuelo,
fulgor en su tez morena,
la mirada tan serena
de Antonio se precipita
por acudir a su cita
en la esquina de la pena.

¿Quién aguarda allí, quién deja
en la frente del torero,
como un reguero agorero,
el hilo de su madeja?
¿Quién clava entre ceja y ceja
esa espina de agonía?
¿Quién con tal melancolía
pone rúbrica a una raza?
¿Quién en ese pliego traza
tan triste caligrafía?

Entre Antonios anda el juego.
Juego duro. Juego oscuro.
Juego de ese azar seguro

que hiela, con ser de fuego.
Mugido de toro ciego,
un silbo delgado raja
el aire. Delgado Raja,
con el alma en movimiento,
retrata el presentimiento
de la muerte y la mortaja.

1977

JUAN GUTIÉRREZ MONTIEL VIENE, VE Y VENCE

La tenuidad, los destellos
del sol del Sur, el donaire,
el gesto triunfal del aire
que despeina unos cabellos
de muchacha, yo, tú, ellos,
nosotros, vosotros, él,
el alma misma, la piel,
el helor, la calentura,
todo eso está en la pintura
de Juan Gutiérrez Montiel.

Y Andalucía. El gemido
secular, la sed, la gracia
de un quite, la aristocracia
del gesto justo y medido.
Punto y seguido. El latido
de un pueblo fiel, la altivez,
es decir, la sencillez...
¿Sabéis ya de dónde vino?
De donde el vino más fino:
de Jerez.

1978

GLORIA TORNER TRAE EL CANTÁBRICO HASTA SEGOVIA

Hasta el agosto espeso,
hasta los oros cálidos,
hasta la lumbre mansa de Segovia,
Gloria Torner se trae sus azules,
sus palomas posadas en la frontera fiel del entresueño,
sus flores sorprendidas, sus perfiles
adolescentes.

Va el Cantábrico
balanceando el pedestal de una casa del XV,
bañándose en la fuente de la plaza,
corriendo calle abajo,
resbalando, mejor, corvo y bravío.
Gloria se asoma a la ventana
del sosiego, y la niebla se desvae,
se deshilacha en pálpitos celestes,
salpica, en rojo, grises y nostalgias.
En la dársena, silba
un barco sin memoria
y arrastra mar adentro, por la Castilla seca,
su horizonte lluvioso.

Velas mórbidas,
hinchadas por la brisa de otra edad,
derraman el silencio del Eresma
sobre el poniente.

Gloria,

montañesa bajada de su risco,
pescadora paciente
arrebataada, al fin, de sus mareas,
pone
sus manos en la piedra segoviana
y todo es verde lento y ola sola
en la hora infinita.

1978

ÚLTIMO VIAJE DE GIORGIO DE CHIRICO

Por el costado de la Piazza Italia,
al otro lado
del muro de ladrillos,
humeante y silente, tibio y negro,
cruza un tren.

La almenas
del corazón se empinan, oteando
el firmamento verdiazul,
la tarde
que se desploma.

Dentro,
pañuelo al cuello, bata
listada, erguido y firme, el viejo Giorgio
de Chirico contempla
el paisaje que fluye, las estatuas
que se desnudan,
los caballos hermosos que bracean
junto al mar del verano,
los relojes
que no acuerdan su pulso, las palomas
inquietantes.

Un niño
juega a los sueños, pone
de pie la sombra amarga
de Adela, recorre
la casona de Volo,

enciende
melancólicas lámparas, se asoma
a las desoladoras campiñas de Tesalia.
Pero es el tren quien manda y reconoce,
quien arranca las máscaras oscuras,
quien se lleva a sus valles olvido y abandono.

Un hombre apacentando
su soledad, es cosa
de cada día.

Pero
si es una soledad la que apacienta
a un hombre, y lo conforma
y delicadamente lo somete
a su cruel tiranía,

¿quién callara
que no hiciera traición a su memoria,
quién pudiera vivir con ese signo?
Claras columnas, soles
apagados, ausencias
que no ceden, lorigas
sin pecho que cubrir, van derramándose
a medida que pasa
ese tren, esa nube, viento abajo.

Y el pasajero mira
por vez última el tierno
pradal de primavera. Toma y besa
el rostro oval de Andrómaca,
que va con él, pero no está,
y descubre en los lentos soportales,
o en la fuente sin prisa,
el ajolote blanco de la pena.
Todo se ha consumado. Por los cerros,
la luna rueda y rompe el vidrio múltiple
de la esperanza.

Un río
serpentea entre sauces,

refleja el tristeado atardecer,
rumorea y se oculta.
Andrómaca –Isabella– ha prendido en su pelo
una flor amarilla
y flamea un pañuelo en cada andén de cada
estación.

Mas la mano
del viejo Giorgio no
corresponde.
Sobre el cartón, va apareciendo el trazo
perfecto, el rasgo sólido, el perfil
definitivo.
Y el tren silba y avanza, sosegado y solemne.

1978

ESA MUJER

En los ochenta años de Henry Moore

Esa mujer
que se reclina entre la sombra o bajo
la luz del mediodía,
que se acompasa al ritmo
planetario,
falda de pétalos, escorzo,
trazo fugaz, que arropa
la estatura del hijo,
la flor que va naciendo desde el bronce,
desde el fulgor del alabastro,
desde el olmo o la piedra
de Hornton o Ham Hill;
esa mujer que entona
la canción de la especie,
que briza, arrulla, acoge
la soledad que bulle a su costado
y que prolongará sus agonías;
esa mujer que araña
dóciles humus, úteros rebeldes,
cárceles cóncavas, remotos
pálpitos,
esa
mujer,
marga asomada a la cornisa astral;

colgando
desesperadamente hacia el abismo,
es la feble burbuja
que habitamos,
la ceniza estelar que nos habita.
la vieja Tierra Madre
que un día paseara las callejas de Castleford.

1978

CON LA PINTURA DE MIGUEL ACQUARONI

Ese asnillo que asciende
una calle remota
de Sanlúcar,
ese limón que brilla
como un sol madrugante,
esas bañistas que se llevan toda
la atardecida en la cintura,
y esa ventana, esa ventana, esa
ventana
desamorando la geometría,
abriéndose a otros cielos,
reflejando la espalda de las cosas,
¿de dónde vienen, qué
fulgor de Italia funden con el fuego
de Andalucía,
qué guadalquivires
asumieron, qué chispas
de memoria solar
procuraron al manso playerío?
Peces plateadores,
uvas lustrales, jarras, caracolas,
veladores oscuros, fruteros, molinillos,
tazas, se arremolinan,
es decir se sitúan, se ordenan en el lienzo,
mientras la balconada de la torre de Arcos
despliega su paisaje de azoteas

y, en Vejer, un molino maquilero
bendice el aire.

No

golpeará los ojos tal delirio,
ni esas baldosas rosas ni esas noches azules
quebrarán el sosiego.
Pincel en mano, densa
la negra barba,
Miguel vigila.

1979

PALABRAS PARA GOYA

Este loco genial,
este cuerdo profundo,
a caballo de un siglo que moría,
de un siglo que empezaba,
puso sus garras sobre el lienzo,
revolvió la pintura,
derribó rigideces,
afiló
los colores sombríos,
desentrañó —ceniza, malva, plata—
las delicias de ayer,
se asomó a los balcones
de mañana,
arrancó colgaduras y trofeos,
se echó a vivir sobre las frías losas
de la pena.

Bamboleante —y firme—,
fue y vino del desván de los terrores
hasta las alamedas del soñar,
del desnudo sereno
al manchonazo blanco de morir,
del coro de alabanzas
al caño sucio de las despedidas.
Oyó, nítido, el paso
de las legiones espectrales

y tras su huella anduvo, fiel rebelde,
ciego
de amor.

Palpen sus manos lentas
lo que los siglos han
respetado,
recorran
la desesperación de la alegría,
conserven, ya plegadas, su razón
y su cántico.

Nadie le inquiete, nada
turbe el reposo de sus huesos
que, como cirios, arden
sepultos.

Pero a su lumbré vea toda la humanidad
lo que uno de los suyos arrancó de su dentro
con la cuchara turbia de su paleta,

con
su corazón indómito, que el delirio habitara.

1979

CONTEMPLO UNOS CUADROS DE MATISSE CON UN LIBRO DE QUEVEDO BAJO EL BRAZO

La música que viene de este violín descalzo
va encendiendo la tarde como el cuchillo enciende
el vientre del durazno, el cuello esquivo de la pesadumbre,
el corazón del ojo que vibra en la retina
caliente;

de ese abrazo,
de esa doncella que medita y oye
y en su cuerpo redondo refugia la respuesta
a lo que nadie preguntara,
va surgiendo una luz, una mano segura,
un palpito que ausenta la agonía,
que da vida al velado atardecer y a unos senos serenos
perfila su turgencia.

*Si de cosas diversas la memoria
se acuerda, y lo presente y lo pasado
ruedan juntos lo mismo que el orgullo
y la más honda amargura,
sepa quien nunca se haya detenido a pensarlo
que un hombre puede, sólo con una aguja
—o un pincel o un escoplo o un pedazo de tiempo—,
marcar en el reloj de la tristeza
universal, la hora
que ya no pasa, que va a quedarse quieta para siempre,
apuntando al rotundo mediodía*

del desolvido, como
hacia el norte la brújula y hacia la tierra el beso.

Esa muchacha –Katia– vestida de amarillo,
esa color de rosa y azucena
bajo la planta verde,
esa bañista exenta que, entre juncos,
corvas lunas de azul le clava al río,
gritan como la sangre gritaría
si le arrancaran venas y mordazas.
El hecho negro es ese helecho negro
que espanta los limones, y a una mujer que espera
le brinda el antifaz de no haber sido.
Pero en medio está el pulso
que no duda, que sabe
cómo resbala una naranja o astro
entre los dedos, hija
de su propia belleza natural,
y arrastra sueño abajo, piedra mortal de Sísifo,
algunos enemigos pensamientos.

Ese pulso abrió un día,
en la pared que un niño ceñudo desconchara,
una ventana súbita, un relámpago, un soplo
de libertad, y al punto
temblaron los umbrales y la puertas
y los colores florecieron, violentos, posesivos,
y se desparramaron por los lienzos cansados
y sacudieron ramas que habían renunciado a sus otoños.
Desde entonces, recóndito, el silencio
llena las casas
y al borde de un arroyo o en un jardín de Issy
pueden crecer el sol, una espalda, una fuente,
un lirio roto, el mundo.

La música que viene de este violín lejano
retumba en Niza o en Collioure,
vuelca un frutero, extrae

una odalisca –un cofre– de un sombrero de copa
y a la luna lentísima que levanta noviembre
sobre Madrid, le cuelga
los labios de Amarylis, botellas y granadas.
Sepa quien nunca se haya detenido a probarlo,
que si contempla el fuego lustral que le rodea
–retratos, torsos, lluvias, desnudos, interiores–
no hallará cosa en qué poner los ojos
que no sea memoria de la vida.

1980

DEL RÍO DE LAPAYESE DEL RÍO

Una vieja zanfoña está sonando.

Cuelga
de la nostalgia,
armella tibia, cáncamo
terral.

Llega su música
desde otro tiempo y es posible,
no cansa, no sorprende.

Está pendiendo
—la zanfoña, la música— de una clara pared
trabajada, vencida
su cáscara de cal,
horadada de olvidos,
presa de sogas, verjas, hierros.
En esa pared se abre,
tal un palomo hacia la libertad,
una ventana lastimada,
sedienta de horas, dedos,

cántaro
derramando el silencio y la agonía,
junto al ojo del buey de la paciencia
de un pueblo chico y blanco
del sur, de la meseta, del bravo norte fosco.
Y es por esa ventana por la que un hombre mira:
desde dentro hacia fuera,
desde fuera hacia el hondo

corazón de la casa,
donde un pan, un tañido, una fiera espetera,
un azulejo manso, un azumbre de polvo,
se arraciman, reposan.

Y abajo pasa un río;
o arriba, por el cielo que los naranjos sajan.
Un río que no muge, que no ve nadie, que
no tiene orillas, meandros,
pero que está, que existe, que inunda y se apodera
de cuanto es, de cuanto somos.

Río

arrasador, rebelde,
con un agua de siglos que no copia tan sólo
olmas, álamos, sino
la soledad, la vastedad, el alma
de quien lo sabe y lo conduce,
de quien por él se deja
llevar,
río estuoso
de la pintura madre,
volcado en estas manos que corona la espátula,
que en la espátula encuentran el sexto dedo, el índice
que señala al futuro.

1980

UNAS POCAS PALABRAS PARA JOAN REBULL

Maricel de Mar. Sitges.

28 de febrero

Están ahora hundiéndote en la tierra, Joan
Rebull,

atándote las manos para siempre.

Pongo las mías sobre la cintura
de esta muchacha que arrancaste un día
de la piedra,

y escucho

la lengua de tu escoplo,
el tartamudear de tu martillo,
haciendo el son al manso mar,

salvándote

de las garras del tiempo.

1981

JULIO DE PABLO, ENTERO Y DIVIDIDO

Por la escalera en sombra que la luz envolvente no respeta,
Julio de Pablo baja
de la encina del sueño hasta el blanco impaciente
y vuelca en él la noche que se vuelca
sobre el mar solitario,
el cielo ardido, el vívido relámpago del miedo,
planetas rotos, ciegas nebulosas,
pálpitos, hilos.
La cólera de un rojo,
el alarido de un azul sesgado,
el doliente amarillo que fulge como un ala
diabólica, el gemido
de un gris que aterciopela su cadencia,
el golpetazo súbito de un negro sideral,
estallan en la tela, cauterizan la tabla,
manchan de espanto y lumbre la historia del papel,
y en la ventana desde la que otea
Julio venablo el olear bravío,
ponen como una mano
cautiva, como un pájaro de fuego
y lluvia sosegante,
que el acero solar del horizonte
corta en dos, y separa.
tal la líquida lámina deja arriba la vela
y abajo el pez, su abismo silencioso.

1981

LA CENICIENTA

(Cecilio Pla)

Cose la niña. Calla. Mira. Espera.
Hay una luz azul en su pupila
y la estancia se azula y se encandila
—otoño ya— de tanta primavera.

Hace sólo un instante, alguien le diera
lino, aguja, dedal, hilo... Deshila
sus horas el reloj. Dulce sibila,
la niña hilvana el tiempo a su manera.

Las doce. Hay una súplica en el viento,
una sombra que danza un vals muy lento,
muy lento, un vals que gira y se desmaya.

Hay un zapato de cristal perdido,
un doncel confundido y encendido...
Y una niña que espera y mira y calla.

1985

WALDO AGUIAR PINTA PAISAJES Y MUCHACHAS

Waldo Aguiar tensa el lienzo con su mano que trina
como un pájaro mágico al final de una rama
y la luz tempranera y altiva se derrama
como una lluvia de oro que empieza y no termina.

El oro, ya azulado, a su lado se empina
y es colina y es niebla que, lenta, se encarama
y es lumbré que se aduerme y es nube que se inflama
y es muro que se yergue y es árbol que se inclina.

O es mujer que se pliega como una rosa oscura,
o que se abre y se ofrece como poma madura,
como concha rizada, rumorosa de mar.

Y ante tanto milagro y ante tanta belleza,
como una inmensa fuerza de la naturaleza,
Waldo Aguiar tensa el lienzo y se pone a pintar.

1989

MONET EN GIVERNY

Esa mano que fija la luz de las ninfeas
sobre un espejo claro, sobre un agua parada
y tan fugaz, tan yéndose, esa mano sapiente
que alumbra la glicina y el lirio y peina al sauce
su melena solar, esa mano remota,
por Giverny perdura como un copo de hoguera
y aún toma los pinceles y aún los moja en el sueño
para manchar con ellos la tela delgadísima
del cielo azul y oro, mientras recorta el puente
la ternura de Alice, su sombra lastimada.

1991

UN SONETO PARA GINÉS LIÉBANA

Pinta Ginés en la pared oscura
de la memoria, pinta la alegría,
el hilo mago de la poesía,
el ovillo caudal de la hermosura.

Pinta desde el umbral de la cordura,
loco de tanto amar a Andalucía.
Córdoba es una gran melancolía;
Valenzuela, una larga calentura.

Pueblan sus lienzos seres repentinos,
jaulas, uvas, granadas, sueños, trinos
de un pájaro que es hombre y es quimera;

y una cohorte de sanrafaeles
que le van descubriendo a sus pinceles
el otro lado de la primavera.

1994

DESARROLLO SONÉTICO PARA LUIS CARUNCHO

La luz, hecha silencio, se desliza
por el lienzo, resbala lentamente
sobre la soledad, luna creciente,
trazo estremecedor, trozo de tiza.

Aquí la perfección se mondrianiza.
El mismo plano se hace diferente
y el espacio se torna de repente
urna donde el prodigio cristaliza.

Luis, el nordestal, toma la regla
y arregla el mundo, o bien lo desarregla
a su modo, es decir, lo reconstruye.

Y el frío es ya pasión, la noche, día,
mientras renace la geometría,
río caudal que de sus dedos fluye.

1994

DANIEL MERINO JUEGA CONTRA SÍ MISMO UNA PARTIDA DE AJEDREZ

En un tablero azul, juega Merino
contra Daniel, sin torres ni caballos;
turbios noviembres, tormentosos mayos,
peones son que obturan el camino.

Cada escaque es un aspa de molino
que dispersa relámpagos y rayos.
Reina sin rey, alfiles en desmayos,
ruedan sin son, sin rumbo y sin destino.

Pero lo encuentran. Ruge el argavieso
y anega el corazón y empapa el hueso
y es arroyo que artolla y que tritura.

Mas, de repente, reaparece el mago,
el agua cede y se remansa en lago,
y el sol de abril alumbra la pintura.

1995

U N O
(1977 – 1984)
1985

*A Bartolomé Mestre,
poeta y amigo mío.*

023
(1277 - 1281)
1281

1281 - 1282
1282 - 1283



Institución Gran Duque de Alba

Escrito entre 1977 y 1984.
Publicado en Las Palmas de
Gran Canaria, en la colec-
ción «Piélago», en 1985.
Treinta y dos poemas de un
solo verso.



Institución Gran Duque de Alba

«¿Comprendes ya que un poema
cabe en un verso?»

G. A. Bécquer

I

POETA

Vas adonde no sabes, pero no te desvías.

ÉL

Yo no escribo mi verso. Él se escribe y alienta.

MIRLO

Canta, memoria, y náceme de nuevo.

CON EL ROSTRO HACIA EL AYER

Los años por venir dirán si soy.

VERSO DORMIDO

(Escrito en sueños)

El recuerdo es un niño con los brazos cortados.

**LOS ARRIATES GUARDAN LA SOMBRA
DE ESA MANO**

El agua que me empapa es la que ella llovía.

OCTUBRE

Se ha tendido el otoño en sus espejos.

PLAYA DE LA MEMORIA

No pisarás las huellas de aquel niño.

UN CUERPO DE MUJER QUE NO FUE MÍO

Desnúdate, y abrígame con tu gran desamparo.

LUZ

Perro y bastón no bastan si tú cierras los ojos

DIME

(Con Carroll)

Cruza el espejo y dime que el sueño es otra cosa.

ADOLESCENTE COMO UNA CORZA

Los años que no tienes son los que me encadenan.

SILLÓN ROJO EN LA PENUMBRA DE MARZO

No digas nunca que quererme es triste.

HIJO DE TU SILENCIO

Voy a gritarle al mundo, amor, cuanto te callas.

FURTIVO

Como el ciervo acosado, así bebo en tu boca.

AMANECER DESDE UNA TERRAZA

Cuando se acabe el mar, ven tú misma a decírmelo.

CULPA DE DOS

Sólo la soledad es inocente.

JAURÍA

Quien rastrea mis huellas, tenaz, es el olvido.

TIERRA

(Homenaje a Quevedo)

Cuando ya no sea, seguirán amando –libres– mis cenizas.

CABALLOS

Galopan, mas no temas. La muerte viene a pie.

II

COMPASES PARA UNA SINFONIETA GRIEGA

LLUVIA EN EL EGEO

(A borde del «Hermes»)

Me va calando el sueño de los siglos.

NAUPLIA

(Amanecer)

Los dioses te conserven, mar, espejo, impasible.

OLIMPIA

Sea mi solo trofeo esta anémona indómita.

REBAÑO EN KATO AHALA

La ternura lanar, el tiempo manso.

RIO PIROS

Naranjales de Piros, hermanos de la sed.

DELFO, 1

(Pitonisa)

Dime el nombre que quiero que me digas, y olvídame.

DELFO, 2

(Ruinas)

En este acabamiento quisiera yo empezarte.

DELFO, 3

(Fuente de Castalia)

Nada podrá apagar mi sed de ti.

MONASTERIO DE OSSIOS LUKAS

Habla el silencio, calla el ave de oro.

CABEZA EN BRONCE DE JEAN MOREAS

La soledad, poeta, el dulce desencanto.

MAPA DE GRECIA

(Atenas, 21 de marzo)

La primavera tiene otra vez tu tamaño.

**UNA MISMA COSA
(1974 – 1982)**

Premio «Villa de Martorell», 1983

1989



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

Escrito entre 1974 y 1982. Premio «Villa de Martorell», 1983. Quince poemas. Al no estar prevista la edición oficial ni hallar editor propicio, el libro se desmembró, integrándose determinados poemas en otras obras en proceso de creación. Cuando, años después, el Patronato de Cultura del Ayuntamiento de Martorell decidió publicar en un solo volumen todos los libros galardonados, sólo permanecían inéditos algunos poemas de la primera parte, que fueron los que finalmente se dieron a conocer en dicho volumen, aparecido en abril de 1989.



Institución Gran Duque de Alba

«Car l'Amour & la Mort n'est q'une mesme chose.»

Pierre de Ronsard

A UNA MUCHACHA QUE SE BAÑABA DESNUDA EN EL RÍO

La nieve se hizo olvido en esta esquina
del día atardeciendo, y aún luciente;
sol cegador doblado en la corriente
de lo que empieza a ser cuando termina.

Desmelenara el sauce, repentina,
su verde cabellera transparente
y silbaran las cañas blandamente
cuando tu ropa armó la tremolina.

Huésped familiar de la costumbre,
vino a quedar de ti sólo la lumbre
que solivianta el sueño de los peces.

Lumbre cautiva y muda en el arrullo
del chamariz, cercano al cuerpo tuyo
que ha doblegado al río tantas veces.

LA TARTAMUDA

Tus manos. No. Tus hombros. No. Tus senos.
(Senos propicio, Dios, en esta hora.)
Tú, Tú, Tú, Tú... Silencio, mi señora.
Más, menos más y menos más, es menos.

Ojos claros, airados y serenos.
Yo, Yo, Yo... Yo ya sé que no es traidora
la mirada que dice que es ahora
la hora mejor, que están los labios llenos.

Es tiempo, mira... *Pero, pero...* Calla,
deja que sea sólo yo quien diga,
yo quien haga, tropiece, pise raya.

Es que, que no, que, que... Deja que siga,
déjame ganar solo esta batalla,
solo contigo y con tu lengua, amiga.

MUCHACHA EN LA ORILLA

El mar está de plata: plateante.
Rueda el agosto sobre la escollera
y una muchacha, ayer azul, libera
con delicada mano el seno atlante.

Y se queda desnuda y palpitante
sobre la arena mansa. La madera
de la barca dormida y marinera
cruje. Desde poniente hasta levante

todo se torna mágico y distinto
y una yegua de espuma se adelanta
y cocea la tarde y la bahía.

Alumbra el caracol su laberinto
y la muchacha por la orilla canta
y me destierra la melancolía.

AMANECER EN SITGES

Hay unas lentas huellas por la orilla,
que besa y borra el mar y se las lleva.
El agua es de metal, de plata nueva,
y el sol es una pámpana amarilla.

Vengo de los sequeros de Castilla
y no hay Mediterráneo que se atreva
conmigo. Seco estoy. Dices: «Que llueva».
Llueve de la manera más sencilla.

Van la lluvia y el mar y hacen pedazos
mi corazón, y la memoria crece
hacia los arenales del olvido.

Y estás desnuda y tibia entre mis brazos,
y el tiempo es ya tu boca, y amanece
como si nunca hubiera amanecido.

ATARDECER EN EL PUERTO DE SANTA MARÍA

Bate, cercano, el mar. En esta ola
que rueda mansamente por la orilla,
hubo una vez un pez, la maravilla
—nácar y sueño— de la caracola.

Tú estás al otro lado, tibia y sola,
y es este mar quien besa tu rodilla.
Una nave regresa. Rojo, brilla
y muere el sol, igual que una amapola.

Todo está en paz, todo está azul (te quiero),
claros tu amor y tu recuerdo, pero
(te quiero) van volviéndose sombríos.

Llegará un día en que este mar se acabe:
ni ola, ni pez, ni paz, ni azul, ni nave.
No lo verán tus ojos. Ni los míos.

INTERIOR CON DESNUDO (I)

Desde la estancia que el poniente azula
se ve la mar, la tarde inmensa, el vuelo
del alción, el resol de la bahía,
la mansedumbre de los olivares;
dentro, tu cuerpo, como un ascua, fulge
y se derrama, silenciosamente.
Una mujer desnuda es como un viento:
quiebra el concierto monacal del bosque,
hace tremar cuchillos y espadañas,
enceguece a la rosa, enluta al nardo.
Pero tú fluyes dócil, desprendida
del alto roquedal de las edades,
hebra de lluvia, gota de nevero,
río, pues, que no cesa de ir pasando
entre las dos orillas de mis ojos.
El espejo te dobla y te desvela.
Nunca cristal guardara tanta nieve,
nunca tanta claror se hizo a sí misma.
Hija de ti, celeste cierva, escucha
cómo rueda la luna por el cueto
y cae al mar, sonora y amarilla.
Todo tiene el color de la distancia.
Menos tú, que eres agua y permaneces.

INTERIOR CON DESNUDO (2)

(y la «Serenata nº 1», de Brahms)

«con un mirlo debajo de la piel...»

Blas de Otero

Mademoiselle Isabel, desnuda y fría,
siente vibrar a Brahms bajo las sábanas.
Una mano de fuego le recorre
la sangre, da a sus pechos mandarines
aromas de azahar y malvasía
y hace cantar al mirlo que se esconde
bajo su piel de azándar. *Mademoiselle*
Isabel —¿pero está?—, profunda y tibia,
ve enredarse la tarde en los castaños
y enciende con sus ojos la penumbra
maga. Fluye el *adagio* como un río
y ella, niña de nuevo, se sumerge
en sus aguas sonoras.

¿Quién diría
que esta lumbre que asciende por sus muslos
son las flautas oscuras, los violines
que nadie pulsa, sino amor y el viento?

INTERIOR CON DESNUDO (I)

Desde la estancia que el poniente azula
se ve la mar, la tarde inmensa, el vuelo
del alción, el resol de la bahía,
la mansedumbre de los olivares;
dentro, tu cuerpo, como un ascua, fulge
y se derrama, silenciosamente.
Una mujer desnuda es como un viento:
quiebra el concierto monacal del bosque,
hace tremar cuchillos y espadañas,
enceguece a la rosa, enluta al nardo.
Pero tú fluyes dócil, desprendida
del alto roquedal de las edades,
hebra de lluvia, gota de nevero,
río, pues, que no cesa de ir pasando
entre las dos orillas de mis ojos.
El espejo te dobla y te desvela.
Nunca cristal guardara tanta nieve,
nunca tanta claror se hizo a sí misma.
Hija de ti, celeste cierva, escucha
cómo rueda la luna por el cueto
y cae al mar, sonora y amarilla.
Todo tiene el color de la distancia.
Menos tú, que eres agua y permaneces.

INTERIOR CON DESNUDO (2)

(y la «Serenata nº 1», de Brahms)

«con un mirlo debajo de la piel...»

Blas de Otero

Mademoiselle Isabel, desnuda y fría,
siente vibrar a Brahms bajo las sábanas.
Una mano de fuego le recorre
la sangre, da a sus pechos mandarines
aromas de azahar y malvasía
y hace cantar al mirlo que se esconde
bajo su piel de azándar. *Mademoiselle*
Isabel –¿pero está?–, profunda y tibia,
ve enredarse la tarde en los castaños
y enciende con sus ojos la penumbra
maga. Fluye el *adagio* como un río
y ella, niña de nuevo, se sumerge
en sus aguas sonoras.

¿Quién diría
que esta lumbre que asciende por sus muslos
son las flautas oscuras, los violines
que nadie pulsa, sino amor y el viento?

AMOR

Quien amó alguna vez, bien cierto sabe
que el amor es un agua que se apura
a borbotones, que es un agua impura
que rompe el corazón, porque no cabe.

Quien entró en el amor y echó la llave,
quien se perdió con él en su espesura,
quien halló la razón en su locura,
quien descifró la clave de su clave,

ése sabe que amor es una hiena
que ríe cuando busca el roto hueso,
la piel vencida, el desgarrón sangrante.

Amor que vive a espaldas de la pena,
que embiste al labio que incitaba al beso
y que se lleva al hombre por delante.

**TRÍO PARA CUERDOS
(1981)**

Premio «Jorge Manrique» 1981

1989



Institución Gran Duque de Alba

Escrito en 1981. Premio «Jorge Manrique»
del mismo año. Publicado en Gijón, en la
colección «Clepsidra» de Colectivo Multi-
Media, con el número 2, en febrero de 1989.

Un solo poema en tres tiempos.

Institución Gran Duque de Alba

«Porque no está en el destino del hombre
escapar a la muerte
ni aunque su stirpe viniera de dioses.»

Calino de Efeso

(ANDANTE)

Cuando un hombre termina, un hombre empieza.
Enmudecer de pronto es como el golpe
de la luna en el cielo del poniente,
roja y rebelde. Un hombre
comienza a agonizar desde que nace,
alienta entre estertores,
cubre con una máscara su terca calavera
y, bajo un pecho que respira, esconde
la podre fiel del corazón, la piedra
de los errores.

Pasea a un niño de la mano,
ama a quien no conoce,
engendra a algunos seres a los que entrega el nombre suyo
que ellos cambian por otro nombre,
hilvana unas paredes, construye unas palabras,
tímidamente pone
candelas amarillas en mitad de la sombra
para alumbrar sus hondos corredores,
y un buen día, cansado, asciende la escalera
de su más alta torre
y, desde allí, sin ira, vuelve atrás

la cabeza, desoye
las voces que le incitan a seguir caminando,
sus oscuras razones,
y posa la mirada sobre el paisaje yermo,
sobre valles, ejidos, cerros, montes
desnudos, lentos páramos
en donde el verde se hizo cobre;
ve lo que fue, lo que está siendo,
lo que va a ser en el instante en que se paren los relojes
y separen sus ojos de un solo tajo, frío
como el metal de las constelaciones.
Y, vencido, renuncia;
resignado, renuncia y reconoce
que no está en su destino escapar a la muerte
ni aun llevando en su sangre la sangre de los dioses.
Como el pez que en la punta del anzuelo,
huésped del aire que lo acaba, rompe
su cuerpo contra el duro roquerío
inútilmente, contra el borde
de la desesperanza estrella, ciego,
sueño y razón, vida y locura, el hombre.

Cuando un hombre termina, un hombre empieza
en su lugar de entonces
—de cuando respiraba— a respirar
—firmes escamas, branquias jóvenes—,
lejos de cebos y de redes,
temblor de plata, pez insomne.
Pero la muerte acecha sobre el agua,
como la estrige sobre el bosque.

(ADAGIO)

Pero la muerte acecha sobre el viento,
azor acerbo, puma solitario;
todo lo que se mueve sobre la tierra, pende
de su vuelo o su salto.

La muerte es una hogaza de la que el hombre come,
una hontana fluyendo de la que bebe, un árbol
cuyos frutos arranca, cuyo zumo
lleva, sediento, hasta los labios;
la muerte es la pradera por la que el hombre cruza
seguro y confiado,
el mar en el que, libre y gozoso, bracea,
el sueño que le cierra cada día los párpados.
Porque el hombre es la muerte:
la lleva en los oídos, resonando,
clavada en las entrañas,
colgada de las manos,
creciendo lentamente hacia el futuro,
hacia el polvo implacable para el que ya naciera destinado.

Dice el hombre «la muerte»
y cree estar diciendo algo
ajeno a su palabra, a su sangre y su esencia,
algo que va a salirle al paso
en un camino, en una esquina, en una
noche en la que alguien ponga una tibia cintura entre sus brazos.
Pero el hombre es la muerte:
ese cuerpo, ese cántaro

de arcilla dulce al que se aferra,
esa sangre, ese palpito,
son la muerte. No sabe,
tahúr empedernido, con quién se está jugando
las cartas, las monedas,
la calderilla de los años.

Por eso canta y sigue:

engendra algunos seres a los que cree estar cediendo su legado,
construye unas palabras, hilvana unas paredes,
enciende candelabros
para alumbrar sus hondos corredores,
oye silbar un tordo en el tejado
y asciende la escalera.
sale al cielo de mayo
por el que va la luna,
roja y rebelde, resbalando,
y posa la mirada sobre el paisaje yermo,
sobre los lentos páramos
del corazón, y acepta,
vencido y resignado.

Como el pez que en la punta del anzuelo,
huésped del aire que lo va acabando,
rompe su cuerpo contra el duro filo
de los azules aguacantos,
así el hombre destroza, contra el borde
de la desesperanza, su pasado.

Mira al mundo: y el mundo está vacío.

De esta manera aprende –tarde, para su daño–
que en la plaza mayor de estar viviendo
nada ha tenido nunca sino su desamparo.

(FINALE. PRESTO)

La mayor maravilla es la locura.
Ella, igual que la muerte, va en la entraña
del hombre, cuelga tibia de sus manos
como la fruta de la rama.
Pero, como la fruta, sólo dura
lo que su tersa piel, lo que su pulpa amarga.
Ver andar sobre el mar a una niña de lumbre,
mirar al cielo y sorprenderlo colmado de naranjas,
descubrir que un arroyo es un árbol de música,
encontrar una cierva de luna por la playa,
es olvidarse de que existe
esa hoz, esa garfa,
esa pantera repentina,
silente y sanguinaria.
La mayor maravilla es la ternura
de la locura, la ventana
que abre a otros horizontes, imposibles
pero calados por la leve mollizna celeste y candel de la esperanza.
Por ella el hombre sale a la alegría,
sacude de los hombros la ceniza de la nostalgia,
pone fuego a sus ojos, diques a la memoria,
andariveles a la infancia.
Contemplar una alondra con un olmo en el pico,
escuchar con los labios el manso repicar de una campana,
acariciar las crines del sol, cazar al vuelo
la mariposa de la madrugada,

es olvidarse de que existe
esa voz, esa garra,
ese dedo de sombra que sobre el muro de la pena señala la salida
aun a sabiendas de que hay llaves deformes, tiránicos cerrojos, gruesas
[puertas selladas.

Pero la muerte acecha sobre el tiempo.
Y el tiempo es una balsa,
una cobra reptante,
una lentísima nevada:
algo que no camina pero corre velocísimamente,
que, sin haber llegado nunca, pasa.
Por eso la mayor maravilla del hombre es la locura:
desconocer que un hombre empieza cuando un hombre se acaba.
Porque el tiempo es la muerte;
porque el tiempo es el hombre con las alas intactas
y la muerte es el hombre con las alas inútiles,
tundidas y tronchadas.
Llevar una sirena, como un dije en el cuello,
hallar en un espejo la historia de las lágrimas,
descubrir en la lluvia la estirpe de los dioses
y en el fuego el idioma de las dalias,
es olvidarse de que no se puede
olvidar el pasado.

Ni el mañana.

1981

DE UN VIEJO CANCIONERO

1992

Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

Escrito en febrero de 1992 y publicado, en octubre del mismo año, en Málaga, con el número 1 de la colección «Breviarios de Vizland & Palmart», en edición numerada de 250 ejemplares, a cargo de Carmen Peralto.



Institución Gran Duque de Alba

1

Las avellánicas
del verde avellano
cogía la niña
para su galano.

Prendas le pedía
y ella se las daba:
las avellánicas
que el peto celaba.

2

Por el río abajo, madre,
mis amores vanse.
¿Quién me los alcanzare?

Por el río arriba
se me va la vida,
madre.
¿Quién me la salve?

3

Del alto collado
baja la serrana.
Nadie la acompaña.

La faz encendida,
las teticas blancas.
Nadie la acompaña.

De sus ojos negros
corrían las lágrimas.
Nadie la acompaña.

4

Pastora, el rebaño
se fue de sus tréboles.
¿En qué te entretienes?

Pastora, sin tino
camina el rebaño.
¿En qué andas folgando?

5

Ya amanece el gallo
de la rectoría.
Despierta, mocica.

Ya vienen las dueñas
a misa del alba.
Despierta, galana.

6

Miraba la monja
por la su ventana
a los leñadores
de la madrugada.

Conventico triste,
¿do guardas la virgen?

Miraba la monja
por su celosía

subir los pastores
a la pradería.

Conventico aleve,
¿do guardas su vientre?

7

A la ventolé
de la ventolera,
el mozo en la era.

A la ventolé
del trigo dorado,
la moza en el prado.

El mozo y la moza
bailando en la era,
a la ventolé,
folgando en la era
han perdido pie.
A la ventolera
de la ventolé.

8

A la oliva verde
me llama mi amore.
No temo la noche.

A la oliva verde
mi amore me llama.
No temo celada.

9

De la tierra no vienen mis males,
que vienen del aire.

Aquesta paloma
me trajo mensaje.
Un moro cetrino
hiriera a Alvar Fáñez,
mi señor marido.

Aquesta paloma
de pico torcido
me trajo su sangre.
Que mis males me vienen del aire.

10

Ese caballero,
madre,
prendió su mirada en mi talle.

Bailaba yo el dondolino
y ese caballero fino
prendió su mirada en mi talle.

Y prendida la llevo,
madre.

11

Bajo el alamillo
dormía la virgo.

La viera Recuero,
galán y escudero,
bañarse en el río.

—El cielo no hiciera
pechicos más lindos.

Dormía la virgo.

12

Madre, mis amores
las olas los llevan.

Las olas más altas,
las olas más fieras,
llevan mis amores
a la Inglaterra.

Con las olas van.
Las olas los vuelvan.

13

Nuño Cerrada
perdió su espada.

Hoja de acero,
puño de plata,
perdió su espada.

A la cabeza
de la mesnada,
en lo más duro
de la batalla,
perdió su espada.

Salvó la vida.
No la salvara.

14

Pájaro dormido
no abandona el nido.

Apoya tu frente
sobre mi almohada,
amor mío, y duerme.

Que no te desvele
la luna de mayo,
amor mío, y duerme.

Que no te despierte
la voz que te llama,
amor mío, y duerme.

Pájaro dormido
no abandona el nido
que bien le retiene,
amor mío, y duerme.

y 15

Hermana, a la fiesta
de Carnestolendas
no traigas tu amado,
que me ha namorado.

Le viera en la fuente
cuando te rondaba,
y no me miraba;

cuando te seguía,
y no me veía;

cuando te decía
mozuela galana
y era la mañana
que resplandecía.

Hermana,
tu amado,
que me ha namorado.

Mejor no lo traigas.

RINCÓN DEL DUENDE



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

Escritos entre 1968 y 1981, estos poemas se reúnen aquí por vez primera bajo un título común, si bien algunos de ellos aparecieron ya integrados en el libre *Clave* (Santander, 1972)



Institución Gran Duque de Alba

GUITARRA EN LA NOCHE

Desde el patio en penumbra
llega, larga, la pena.
Es un quejido inmenso,
una voz que se quiebra,
un estertor —¿un gozo?—,
un pozo de tristeza.
Junto a la voz, la música
de la guitarra suena
melancólicamente
solemne y compañera.
Pero la voz se rompe
como el cristal y cesa
su lágrima. Viniendo
como la primavera
desde el invierno oscuro
con lluvia y llanto y niebla,
el tembloroso hilo
de la guitarra queda
resonando en el pozo
encalado, en las trenzas
de una niña dormida,
por las enredaderas
subiendo y resbalando
y bajando, doncella
entregando y rindiendo

sus redondas caderas
en donde anidan ángeles
y duendes y planetas.

1968

GITANILLO CANTANDO

La voz resbala como un río, fluye
como un río, camina lentamente
hacia el mar de la pena. Lleva encima
una luna redonda y solitaria,
una piel desgarrada en los breñales,
un corazón martilleando el yunque
de los siglos. La voz despierta al mundo,
duerme a las aves y a los lirios, pone
temblor en los escombros, fe en el barro.
Canta un niño de bronce en el lluvioso
atardecer. Con el dolor por techo,
y olvido y mugre, va arrancando música
de donde sólo frío. Lejos, arde
—hermosa— la ciudad. Cines, muchachas
esbeltas, oro, risas, autos, luces,
anuncios y campanas, gente sola
de tanta compañía. Nadie escucha.
No llega aquí la voz, el grito, el rito,
la «soleá», la soledad de un hombre
de apenas diez diciembres. Un anciano
le hace el son, sonllorando y sonriendo,
la colilla apagada entre los dientes
amarillos. Despacio rueda el mundo.
Y una guitarra que no pulsa nadie,
rompe, raja, rasguea, reverente,
retumba en el tambor de la tormenta
y echa a rodar por dentro el corazón.

1969

PEPE PINTO DICE EN VOZ BAJA UNOS CANTES SOBRE PASTORA

Aquel hombre decía
su soledad de triste varón acorralado,
en mitad del bullicio, de las risas estériles,
de las copas llenándose –vaciándose– y sonando.
Con el oscuro son de ayer y todavía,
aquel hombre decía su dolor viejo y nuevo
hilvanando unas rimas que él mismo compusiera,
con la lágrima a punto,
en tanto reclinaba su espalda en esa esquina
última de la pena,
que un farol –sombra viva– alumbraba, irredento.

Al final de sus ojos una mujer cantaba.
Nunca temblara tanto el mundo como oyéndola.

1969

OYENDO TEMBLAR, EN ARCOS, LA VOZ DE MANUEL TORRE

En el pueblo otra vez y sin la pena
que pone la distancia en el ausente
de lo suyo más hondo.
a sol vivo cayendo por calles y tejados,
a tantos del estío del Sur, en paz conmigo,
con Dios y con los otros,
en las manos un libro de quien no conocieras
ni hubieras conocido nunca -Saroyan,
alguien que iba buscando lo que tú mismo, hombre,
si por otro camino-,
en el pueblo otra vez, digo, de pronto,
como un chorro de música tronchada,
como un disparo de quejumbre, de frente y bien certero,
tu voz, hombre, tu sombra, viniendo de los años,
sembró la guerra en mí, que nunca antes de ahora
la escuchara.

(Oh poderoso símbolo, oh cadencia temblante,
oh callejón oscuro por el que cruza un niño
sin madre para el miedo, oh seguriya bruja
de Jerez...

«Si cien años viviera en el mundo»
te oiría, redoma
donde la pena borbollea y cuaja,
carcoma
que la madera de los sueños vence,

paloma
que a un hombre, pura tierra, alas presta y arrullo).

Álamos tuvo tu niñez y un pétalo
de Amapola tu muerte,
al filo de esos días que tanto señalaste
de Santiago y Santa Ana.
De calle a calle, hombre, de Jerez a Sevilla,
tu garganta surgió, creció y quebróse.
Voces que te enseñaron, nombres que bien supiste
—digo Manuel Molina, Paco la Perla, el Viejo
de la Isla,
y un hombre de este pueblo, con buitres y torcaces
en la garganta, el Nitri—,
conformaron tu cante, éste que estoy oyendo
signado por tu duende
único.

Torre esbelta
repicando a compás de bulerías,
soleares, tarantos, martinetes
y —punzón de marfil— la seguriya
volteando a morir en la espadaña
negra de soledades y vencejos.

Escucha, hombre, por el campo vienen
los segadores,
los vendimiadores,
los vareadores
de la aceituna. Y cantan.
Con tu voz misma, con tu misma letra
que entra porque es de sangre:

«Son tan grandes mis penas
que no caben más...»

No caben más espigas,
no caben más racimos,
no caben más sollozos olivares

en su piel ni en tu piel (y eras tan alto
como una torre campanera),

hombre

de Andalucía, galgo
de la nostalgia,
gallo alboreante,
niño
de Jerez.

Como duele la esperanza
cuando se pierde, como duele el beso
que no se da y se queda entre los labios
maduro y bien propicio,
como duele y amarga la lágrima sorbida
por quien, fiel, la vertiera,
así duele tu cante, va doliéndome
tu palabra remota, tu roto corazón.

Hombre, la tarde cede. Y el sol. No tu garganta,
el negro chorro de tu angustia
sonora.

Por mi pueblo pasa el río
del olvido. Por mí, tu voz que asusta,
despierta los recuerdos
y los remueve y los afila, piedra
girando dulcemente.

Cierro los ojos, guardo entre las manos
el libro que no puedo ya leer
y te escucho.

Que todo va cediendo
—la tarde, el sol y yo—, no tu garganta
ni tu ancha voz, que se me va clavando,
que se me va metiendo bien adentro,
funeral y distinta, hombre,
como un cuchillo, como una flor, como absolutamente
nada en el mundo.

1969

RECORDANDO A TOMÁS EL NITRI

(En Arcos, nuestro pueblo)

1

Por esta pinas callejas
que empiezan en Dios y acaban
en un arroyo, lloraban
las voces gitanas viejas.
Patios, tapias, tejas, rejas
vieron tu melancolía
llorar también. Todavía
por estas piedras te pierdes,
niño de los Caños Verdes,
descalzo y sin compañía.

y 2

Ahora que tiembla el rocío
sobre el verdor de las viñas
y van las pupilas niñas
del verano por el río,
el oscuro escalofrío
de tu voz seguriyera
hiela la piel, de manera
que está el mundo tiritando
mientras te voy recordando
en Arcos de la Frontera.

1970

ESPINELAS (CON DUENDES) PARA VICENTE ESCUDERO

¿De hierro? De soledades
tu baile, fiel Escudero:
las verdades del barquero,
las cuatro solas verdades.
¿Las bailarinas de Gades?
¡El sol de Valladolid!
Quijote del aire, Cid
por esos mundos de Dios
probando que dos y dos
son cinco. ¡Duendes, abrid!

Duendes del baile más fino,
más armonioso y más recto,
más hijo de lo perfecto,
abrid, salid al camino.
Vicente va, peregrino,
con cañero y en camisa,
embajador de la brisa,
diciéndole a medio mundo
cómo se baila en profundo.
¡Aprisa, duendes, aprisa!

Sobrio, pastueño, afilado,
con acento y con estilo,
pendiente siempre del hilo

del arte, bien asentado,
bailando en hombre, tocado
por la gracia, un caballero
pasó por aquí el primero
y lo hizo de tal manera
que si Vicente volviera
yo sería su escudero.

1974

LA VOZ TIZNADA

Es como un chorro negro
que alumbra.

Como una luz de luto.

Como un disparo de quejumbre.

Sale blanda,

rebota

en los angostos paredones,
absorbe sombra de la cueva,

gira,

terrón primero, pedernal después,
entra en el pecho y daña.

Oigo

la voz tinada, el cuajarón cordial
del hombre de la mina.

El vaso está vacío.

El mundo está vacío y él lo llena.

Parpadea el candil. Suda la noche

—¿o es el día?—. Se arrastran las arañas
ciegas.

¿Quién va?

¿Quién reza, escarba, hunde
los brazos en la entraña del planeta,
quién hoza en la penumbra?

El árbol del averno da su fruto

y la podrida poma prisionera
proclama, pudorosa, pan y polvo,

pena y pasión.

Mordiéndose la ira.
vacío el vaso, el mundo, canta un hombre.
Bruna la voz y la garganta,
sabe

que no,
que siempre
mañana es nunca,

que
la leche mineral que lo amamanta
es zaratán, rabioso
cuchillo, perro infame.
Existe el sol, un prado verde, un río,
una avispa de oro en el cantueso,
un pájaro, una torre.

Pero el turbio
agujerón reclama,
exige su ración de vida, su
tributo.
Pico y marro
hacen el son y el llanto se acompasa.
Lombriz gigante, verme
gélido,
la soledad se arrastra por el pozo,
dibuja su lendel, su lenta baba,
destroza el cangilón de la memoria,
roe.

Si lo umbrío refulge,
si lo lóbrego encuentra su ventano
de claror,
si la esperanza enciende su feble candelilla,
por la voz es, por el desgarró
de un pecho que la angustia zamarrea,
combate, tunde.

Lo que dice
es lo que sangra. Rojo
—tuvo ese nombre un hombre—, corre el vino
por las venas del tiempo.

Y, sin embargo, el vaso
está vacío, el mundo
está vacío.

Y él lo llena. Cantando.
Es decir, golpeando la piel de la tiniebla,
jugándose la frente
contra el muro,

emergiendo
del hondón asesino,
alta la voz tiznada,

como bandera incólume,

como hoguera inmortal.

1975

ANTONIO «FOSFORITO» CANTA POR DERECHO

El desgarrón, el estremecimiento,
la desesperación devastadora,
el dulce lamentarse de Pastora,
Torre y su son, Silverio y su tormento;

la desolada sed del sentimiento,
el yunque fiel, la soledad sonora,
el fiero azor de Azhara que se azora
y hasta el Guadalquivir en movimiento,

todo eso está en la voz solar de Antonio,
fósforo y lluvia, arcángel y demonio,
azalea y clavel, luna y candil.

Y el trite corazón de la alegría.
Y el mirlo secular de Andalucía.
Y el duende oscuro de Puente Genil.

1981

ESPINELAS PARA CONCHA PIQUER

Se puso en pie Andalucía
cuando el viento de levante
se hizo copla y se hizo cante.
Y en pie sigue todavía.
El viento que ella traía
—olas, alas, soles, sales,
ya caricias, ya puñales—
enredado a su garganta.
«Así se siente y se canta»,
repetían los cabales.

Y aún lo repiten. Perdura
su voz en el mismo viento
como un alto monumento
levantado a su figura.
No hubo garganta más pura
que la de Concha Piquer.
Hoy, mañana, como ayer.
Se fue, pero se ha quedado.
Mira mi verso tatuado
con un nombre de mujer.

1991

INVITANDO A TOMAR UNA COPA A JUAN VALDERRAMA

Al cumplir sus 75 años.

Porque cantó con un mirlo
bailándole en la garganta
y enseñó cómo se canta
a todo el que quiso oírlo;
porque es preciso decirlo
para que se entere bien
quien nunca se entera, quien
en su sordera se arropa,
a ver, sirve aquí una copa
para don Juan de Jaén.

1992

ESPINELAS URGIDAS PARA RECORDAR A LOLA FLORES

Veréis: Érase una vez
un ramo de yerbabuena,
un injerto de azucena
en tallo de morenez,
un milagro de Jerez
lento como un natural,
raudo como un vendaval
dentro de una caracola,
a la que llamaron Lola
en la corte celestial.

Aquí, en la corte terrena,
también Lola la llamaron,
y los duendes la ayudaron
a armar la marimorena.
Con la noche en la melena,
nardo, clavel, amapola,
Lola de las flores, Lola,
yertos los brazos abiertos,
un día se fue a los muertos
y España se quedó sola.

1995



INSTITUCIÓN GRAN DUQUE DE ALBA

El Gran Duque de Alba es una institución que se dedica a la promoción y desarrollo de la cultura y las artes. Su objetivo principal es fomentar la creatividad y el talento de los jóvenes, así como proporcionarles una formación integral que les permita alcanzar el éxito en sus carreras y en la vida.

La Institución Gran Duque de Alba ofrece una amplia variedad de programas y actividades, entre las que destacan:

- Programas de formación en artes escénicas, música y danza.
- Programas de formación en artes plásticas y diseño.
- Programas de formación en ciencias y tecnología.
- Programas de formación en idiomas.
- Programas de formación en emprendimiento y liderazgo.

Además, la Institución Gran Duque de Alba organiza una serie de eventos y actividades culturales, como conciertos, exposiciones y festivales, que permiten a los jóvenes disfrutar de la cultura y las artes de una manera única y especial.

Si deseas más información sobre la Institución Gran Duque de Alba, puedes contactar con nosotros a través de nuestro sitio web o por correo electrónico.

HOMENAJES

Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

Poemas escritos a lo largo de
treinta años, en circunstancias
y ocasiones diversas, pero con
una común intención. Aparecen
juntos por primera vez.



Institución Gran Duque de Alba

UN SONETO PARA TOMÁS BORRÁS

Borrás, el cuentacuentos, nació un día
aquí, en Madrid —¿o acaso no naciera,
o nació ayer, como la primavera,
o nacerá mañana?...—. Mas decía

que fue en Madrid. Un siglo se moría
cuando amarró su barca a la ribera.
Llegó, escribió y venció. Mármol o cera,
su mano está escribiendo todavía.

Alguien puede pensar que hay dos Tomases,
o veinte o cien o miles de Borrases,
pues que su pluma en flor se multiplica.

Pero su pluma es una y sola. Esa
que siembra triunfos —libros— en la mesa,
trébol, diamante, corazón y pica.

1967

CON CARMEN CONDE

Aquí tenéis el pulso
en hervor, la palabra
traspasada de dardos y agonías,
la arcilla devorante y como en celo,
la hembra rebelde.

Aquí tenéis la voz que no ha cesado
nunca de proclamar guerra y exilio,
amor y muerte, tempestad y ausencia.

Al otro lado de lo que es eterno,
justo cabe el brocal de la esperanza,
aquí tenéis, arcángel derribado,
Eva sin paraíso, herida sombra,
a una mujer que anduvo por el agua
de nadie, en soledad y compañía.

Hija ignorada de su cruel ternura,
jaguar, paloma, delirante espejo,
*aquí tenéis la lumbre, la que lo coge todo
para quemar el cielo subiéndole la tierra.*

1977

VELINTONIA, 3

(Con cuatro versos de
«Antigua casa madrileña»)

*Dura es la mano del que alzó esta piedra.
Blanda la del que vino a darle savia.
Abierta estuvo siempre, y permanece,
como sus ojos.*

*En la esquina final, dos ventanitas
azules van posándose en las cosas
de otros, en tanto verso adolescente
e ilusionado.*

*Todo hacia dentro es vida. Y hacia fuera.
Colmenas como labios, mundo pleno.
Sirio contempla a Sirio y atardece
sobre esta calle.*

*Antigua casa madrileña, templo
de la amistad y de la poesía.
Hacer es vivir más, dice Vicente.
Y el tiempo cesa.*

1977

EL TIEMPO QUE ESA BOCA RECONSTRUYE

(Releyendo los *Poemas de la consumación*)

«Vivir mucho es oscuro, y de pronto saber
no es conocerse.»

V.A.

Porque una boca vive mientras besa
los silencios, las frases
balbucidas,
escucho
esta boca que fue,
viviente —y cómo— aún, dejada y lúcida.
Escucho y reconozco.
Saber no es conocer, sino ir cayendo
en lo más pleno y nunca conseguido,
en lo sin fondo y sin edad.

Mas pesa
el tiempo que esa boca reconstruye,
el borbollón que alumbraba, que es lo claro
vivir mucho.

Pesar, besar, ¿quién puede
decidir, elegir, poner un sello
—*esto es*— a lo que ignora?
La memoria de un hombre está en sus huesos
y, si amó, entre los labios que un día tuvo.
Allí su huella para siempre, tibia.
Allí su porvenir, gozoso y alto.

Mas si tejió en palabras su experiencia,
si en papeles volantes volcó el cielo,
la lenta luz que palpó y quiso, nadie
podrá impedir que en otro pecho tiemblen,
resuenen, se hagan sitio, sangre ajena.
En la noche profunda.

1978

MANO PARA UN POEMA

(Eladio Cabañero)

Esa mano rugosa,
abierta y noble, signo
terruñero,
que va sobre las pámpanas,
acaricia los trigos, dobla
las esquinas, los picos
del gran pañuelo del amanecer,
esa
mano
que una cintura de muchacha ciñe
con igual devoción que el brazo de la esteva,
es la misma que traza
—sobre una acera, un surco, un poniente amarillo—
el verso que podría salvar a una persona,
el verso fiel de Eladio Caballero,
de Eladio Compañero,
poeta por la gracia
del sol y la llanura.

1981

EL LEGADO

«Yo dejo todo esto —colores y sonidos—
a ese mortal que habrá de sucederme un día
asomado al cristal de mi misma ventana.»

Guillermo Díaz-Plaja, *Ventana sobre el parque*

Está la tarde oscureciéndose.
No queda sol ni quedan pájaros.
Miro a través de tu ventana
cómo la luz se va posando,
cansada y mustia, en el tremor
amarillento de los álamos.
Un aire tímido desciende
los toboganes solitarios
y todo el parque es como un niño
que se fuera desamorando.
Pero la vida bulle. Veo
lo que tú viste, el mismo cuadro,
oigo, remoto y sometido,
el mismo son, el mismo cántico,
y aunque es otoño, guardo, viva,
la primavera entre las manos.
Una muchacha ríe. Un perro
ladra a las sombras. Un muchacho
pasa estrechando una cintura
y amaneciendo... Todo es cálido,

todo está haciéndose de nuevo,
todo está virgen y empezando.
Pongo mi frente en los cristales,
sorprendido y enamorado,
y siento que alguien, a mi espalda,
impaciente, va reclamando
—con voz que suena a mucho tiempo
y soledad— sitio y legado.
Ayer fue mía su impaciencia.
Y hay luna ya sobre los álamos.

1984

RECADO PARA ÁNGEL CRESPO

(con su «Libro de Odas»)

«Escribo bajo la amenaza
de una luz...»

A. C.

Deja venir la sombra.
La sombra lleva dentro
su llama viva.

Deja
que esa bandada tórpida
pero esencial, descansa
en tus ojos, tus hombros,
haga nido en tu mano
tenaz.

Desde el espejo
mírate, reconócte,
no temas que el futuro
te invada, ni que el fuego
—leña tú— te consuma,
ni que la ausencia vaya
a silenciarte. Diosas,
bosques, tapices, climas,
vientos, retratos, mitos,
te cerquen, atenacen
tu voluntad, oscuros

luminescente tu seno
y verás cómo el tiempo
—dios inviolable— cede
y da a tu fuego forma,
«no de mármol, de estrella».

1985

luminescente tu seno
y verás cómo el tiempo
—dios inviolable— cede
y da a tu fuego forma,
«no de mármol, de estrella».

1985

luminescente tu seno
y verás cómo el tiempo
—dios inviolable— cede
y da a tu fuego forma,
«no de mármol, de estrella».

1985

luminescente tu seno
y verás cómo el tiempo
—dios inviolable— cede
y da a tu fuego forma,
«no de mármol, de estrella».

1985

PIEDRA PARA CÉSAR VALLEJO

«...¿Una piedra en que sentarme
no habrá ahora para mí?»

C.V.

Ahora que invierno se enceniza
y se pone a llover sobre las tejas más insomnes
y azota y tunde el hueso,
ahora que el turbio culebrón del desamparo
zigzaguea, descalzo, por las vértebras,
tú y yo y aquél
que pasa y mira y nada sabe,
vamos
a buscar una piedra para César Vallejo,
un pedernal amorfo,
un canto que dé chispas si el eslabón funéreo lo hiere,
un desgarrón de roca,
algo
donde él pueda sentarse a repasar
sus húmeros, sus números,
sentarse
a reposar sus lunes diferentes,
las llagas de sus pies que tanto tiempo llevan
apagadas,
sentarse
a urdir los años otros,
los látigos del frío,

las mordazas que nunca llegaron a su boca,
sentarse de una vez en una esquina
o en un camino, qué sé yo,
ateridas las manos,
supurantes los ojos,
comido
de prójimas miserias,
y no marcharse más,
uncido de memorias vagabundas
y ocasos,

una piedra
que puede ser verduzca y diecisiete,
o arder, negra, montada sobre otra blanca y sola.
o, mejor, que recuerde la piedra de estar juntos
en un hogar con bulla o unos huertos con sol,
donde un día fue sombra y amargo y compartido.

1988

AL ANDAR

Para Camilo José Cela

Nadie da nada nunca.

Nadie

regala letras de oro a quien las letras
alineas, jugando, sin cubrirlas
de ese sudor que el corazón desprende
cuando se exprime.

Fuera

así —y a veces es— y quedaría
—y queda en casos tales—
en oropel que borra y desvanece
la lluvia fiel de la verdad.

Que nunca

nadie tuvo corona perdurable
si se tumbó en la yerba a ver pasar las nubes,
o en falsos plintos sustentó su nombre.

Tú caminaste sin descanso, hiciste
de tripas tu canción,
de entraña viva tu palabra.
Y por eso perduran.

Conviene que lo sepan:

Se hace Camilo al andar.

1990

LEYENDO EL «CEMENTERIO MARINO» DE PAUL VALÉRY

Por estos versos vuela un ave oscura.
Su sombra va sobre lo claro, mancha
la colina dorada, el mediodía,
la piel de la arboleda, pero esplende:
brilla como un carbunclo, tiene dentro
la luz mediterránea, la lumbre
súbita del relámpago.

¿Quién puso
en el aire este ser —un ala ardiente
y otra de luto— y le colgó en el pico
mármoles ciegos, letras funerales?
Diga el viento su nombre y se eche luego
a dormir, perro fiel, sobre las tumbas.

1991

PARA CONCHA ZARDOYA Y SU LIBRO «PATRIMONIO DE CIEGOS»

Quieta, en la copa, está el ave,
hija de la amanecida.
Concha que todo lo sabe.

Y el misterio, intacto, al pie
del milagro de la vida.
Concha que todo lo ve.

Concha que nunca deserta.
Concha que nunca se olvida
de abrirle al verso la puerta.

Porque ella tiene la llave.
Concha que todo lo sabe:
lo que será y lo que fue.
Concha que todo lo ve.

1992

ROMANCE DEL QUE UN DÍA FUE LUMBRE

(Frente al mar del Puerto de
Santa María)

«alguien en la mar llamándome,
su voz de muerto me invoca,
mi amigo mejor, mi amigo
de juventud, sombra sola».

Juan Ruiz Peña

De «Romance del mar del Puerto»

1

Me llama la voz del mar,
en la voz del mar me nombra
alguien que tuvo mi nombre
en el filo de la boca
del corazón, sombra amiga,
sombra amarga, sombra sola.
Un día fue luz, fue lumbré
por la orilla rumorosa
del Guadalete, la misma
que vio resbalar mis horas,
lumbré, luego, por los álamos
del Arlanzón, por las olmas
del Tormes que, manso, arrastra
un sueño de oro en sus ondas.
Raíz le dio Andalucía,

Castilla, ramas frondosas
y tronco firme, árbol serio
con un jilguero en la copa.

2

Desde el agua que fue tuya
tu voz de muerto me invoca,
tu voz de Juan lejanísimo,
tan cerca de mi memoria.
Mi amigo mejor, mi amigo
de una juventud remota
que es ya ceniza en mis manos
y es ya ceniza en tu fosa,
pisa la arena amarilla
de esta playa que se otoña
y mira el sol que se pone
de luto sobre las olas.

1992

RECORDANDO A RAFAEL FERNÁNDEZ POMBO EN PRIMAVERA

«Que bien sé que la muerte nos separa...»
R.F.P.

Yo sé bien que la muerte nos separa
de muchas cosas, Rafael, que es fiera
que no perdona, loba traicionera,
menos avara cuanto más avara.

Porque, al cabo, nos junta. No sé para
qué, pero lo hace. Amigo mío, espera.
Verás qué pronto, en otra primavera,
pasearemos por la orilla clara.

Puebla se puebla con el calofrío
de tu vacío, y Mora se recuesta
en la pared de su melancolía.

Espérame un momento, amigo mío,
que se ha enredado mi soneto en esta
cardencha de tu amor en lejanía.

1992

ESPINELAS DECEMBRINAS PARA PEDIR LA VUELTA DE RAFAEL DUYOS

«¿Tierra adentro?... ¡Qué silencio!
¡No! ¡No!: ¡enterradme en la playa!»
R.D.

En la playa. Frente al mar
que, azul, mediterranea,
al compás de la marea,
al ritmo del olear,
allí quiso deshojar
la última rosa del sueño
quien fuera señor y dueño
del verso más encendido.
Miradlo ahora, dormido
en el aire navideño.

Almuédanos y campanas
dicen su nombre de arcángel
mientras un ángel con ángel
repica por sevillanas.
Las marquesas, las gitanas,
la propia infanta Isabel
y, en medio del redondel,
Pepe Luis, el valiente,
piden al Dios-Presidente
la vuelta de Rafael.

1993

A LEOPOLDO DE LUIS

«Somos obreros de esta mina»

L. de L.

Somos obreros de una misma mina.
Llevamos mucho tiempo en sus entrañas
con la sombra colgada en las pestañas.
Pero una misma luz nos ilumina.

Una muchacha mueve la cortina
y van cayendo al suelo las arañas.
Alguien dijo que había dos Españas.
Y hay una, que ni cede ni declina.

La que tú y yo soñamos y guardamos
dentro del corazón, la que añoramos,
la que queremos. Cava, amigo, cava.

Oye batir mis versos compañeros.
Bien sabes tú que somos dos mineros
de una mina de amor que nunca acaba.

1994

GUILLERMO MORÓN CUMPLE SETENTA AÑOS

En el reloj azul sonó la hora:
número siete, sí, número cero.
Setenta son, amigo y compañero,
los años de quien fue niño en Carora.

De quien es hombre y capitán ahora
de un barco con un solo pasajero:
Guillermo Fiel, Historiador Primero
de América Latina y Latidora.

Gallo feliz con las espuelas de oro,
antólogo de aldeas y ciudades,
gran catalogador de las mujeres.

Grecia y Roma por ti canten a coro.
Proclamen en cien lenguas tus verdades.
Que el mundo entero sepa bien quién eres.

1995

MEMORIA DE RUBÉN DARÍO

«Mi alma frágil se asoma a la ventana oscura»

R.D., El reino interior

Metapa fue tu etapa primera. Amanecía
y bajo el cielo indómito y azul de Nicaragua,
un herrero celeste encendía su fragua
y golpeaba el hierro de la melancolía.

De sus chispas de fuego un poeta nacía.
Venus celaba, púdica, la punta de su enagua
y los ojos de fauno de Rubén por el agua
seguían ya la estela de la diosa que huía.

Luego se hizo viajero. Poseyó mares, diosas,
doncellas, peces, pájaros, gacelas, mariposas,
lunas de ajeno y gloria, la pena y la pasión.

Y murió. Desde entonces, tenaz, cada mañana,
su alma frágil se asoma a la oscura ventana
a ver por dónde rueda su viejo corazón.

1995

JORGE LUIS BORGES ALCANZA EL OTRO LADO

A Eduardo García de Enterría

«Nada esperabas ver del otro lado».

J.L.B.

Con unos ojos que la misma muerte
borró de sombra y desbordó de vida,
has visto ya la Nada presentida,
el Espejo donde reconocerte.

Verte en su luna fue como no verte:
luna en su cuarto, luna no crecida,
luna en tu cuarto oscuro de suicida
de dos -de Dios-, dejado ya a su suerte.

Por una senda que desconocías
van ahora tus noches y tus días
hacia una luz a la que nunca llegas.

Nada esperabas ver del otro lado.
Pero el Todo final ha deslumbrado
con su reflejo tus pupilas ciegas.

1996



POEMAS MAYORES



Institución Gran Duque de Alba

POESÍAS MAYORES



Institución Gran Duque de Alba

Escritos entre 1967 y 1988, estos poemas son por completo independientes unos de otros, tanto por su tema como por su intención, pero considero poseen suficiente entidad para valerse por sí mismos. Dejados –por ésta u otras razones– al margen de mi bibliografía poética, se agrupan aquí por vez primera.



Institución Gran Duque de Alba

VUELVO A TU CUERPO

INSTITUCIÓN GRAN DUQUE DE ALBA



Institución Gran Duque de Alba

Vuelvo a tu cuerpo como vuelve el río
cada noche a la mar, como al tejado
la golondrina que emigrara, como
al invierno la lluvia, a agosto el sol.
Vuelvo al arrullo fiel de tus palomas
gemelas, a la sima de tu vientre,
a la redonda cima de tu vientre,
al horno vivo de tu vientre, donde
vas cociendo a los hijos, conformando
su corteza y su miga candeal,
para un día ofrecérmolos —a mí
y a la vida— como una hogaza tierna.
Vuelvo al final de cada día, hombre
vencido, a tu regazo. Mira el signo,
mujer, mira las huellas de los golpes,
mira el plomo en mis alas. Cicatriza,
restaña las heridas, recomponme
para nacer mañana nuevamente,
hunde tu mano en mis cabellos, hazme
dormir. La noche es larga como un sueño
y, como un sueño, efímera. Desnúdate,
mujer, y desnúdame de penas
y soledades.

Mira, como el río,
como la golondrina, como el sol,
como la lluvia, como un hombre, he vuelto.
Abre la puerta, acércale tu llama
a esos leños helados, y hazme un sitio
a tu derecha.

El mundo va a empezar.

1967



Institución Gran Duque de Alba

A ZAGA DE SU HUELLA

(Estrofas para invocar la vuelta
de San Juan de la Cruz)



Institución Gran Duque de Alba

ALFONSO DE AGUIAR

ALFONSO DE AGUIAR

 Institución Gran Duque de Alba

La memoria de amor muy lastimada
y el corazón punzado por la pena,
vuelve la gracia alada,
la soledad sonora, la música serena.

Vuelve Juan de la Cruz, su presuroso
paso, su cuerpo breve y lacerado,
su verbo luminoso,
el ansia de su verso de amores inflamado.

Vuelve a nosotros quien se fuera un día
por las altas veredas celestiales:
Juan de Santo Matía.
con una Cruz que horadan los clavos cardinales.

Al norte, Dios; al este, la esperanza;
al oeste, el amor; al sur, el verso.
Descalzo, un hombre avanza
mientras retiembla y cruje la piel del universo.

Avanza, como un agua que pasea
dentro de sí la tarde y, remansada,
en ámbar perfumea
y crece su marea, su mar maravillada.

Avanza, casi lumbre y casi vuelo,
por soledosos campos de ternura;
cielo en los ojos, cielo
en los labios y un cingulo de cielo a la cintura.

Calma de Fontiveros, silencio de Medina,
oro de Salamanca, palomar de Duruelo,
Pastrana, miel divina,
y Alcalá, donde forja novicios el Carmelo.

Ávila amurallada... Una campana
traspasa el aire de la Encarnación.
Acacia soberana,
álamo negro, parra secular... La oración

se yergue en este patio como un lirio
y un revuelo levísimo de tocas
se siente, y un delirio
de amores va signando las frentes y las bocas.

Olvidos de Toledo... Cárcel fría
donde un hombre se quema de su llama.
Rueda de la agonía,
el hielo como lumbre y el suelo como cama.

Y abajo el Tajo, su afilada lengua
azuzando la débil voluntad.
Oh, ventanal sin mengua,
abierto hacia la noche y hacia la libertad.

Después Andalucía, ese Calvario
que, con su cruz, Juan de la Cruz asciende.
Y un campo millonario
de olivos que, a sus plantas, verdeando, se tiende.

Alba de Beas, tarde de Baeza,
y, en la fiel madrugada de Castilla,
Ávila su cabeza
levanta en piedra noble a la luna amarilla.

Por sus calles se escucha nuevamente
la pisada de Juan, el andariego.
Un hombre, simplemente,
con la piel de ceniza y la entraña de fuego.

En San José, Teresa está esperando.
Punzan los hierros de su celosía
y con Juan dialogando
ve que llega la noche y se reclina el día.

Ve que llega el adiós. Granada aguarda
y al frente de sus Mártires le quiere.
La muerte, cuánto tarda
para el que va muriéndose de amor porque no muere.

Sobre la Alhambra en flor canta el jilguero
al par de los levantes de la aurora.
Versos, para qué os quiero
ayer, mañana y siempre, ahora y en la hora.

Ahora y en la hora en que se aquieta
el Aljibillo y va hacia el Avellano
la sombra del poeta...
¡Fuente que mana y corre lamiéndole la mano!

A zaga de su huella y de su sino
de caminante, llega hasta Sevilla
y, eterno peregrino,
cruza otra vez los páramos serenos de Castilla.

Ir y venir, pasar y no quedarse
en ningún sitio nunca, cruel dolencia.
Y darse y entregarse
sabiendo que mañana será verdad la ausencia.

La Peñuela. Roquedos. Olivos. Encinares.
Ubeda, al fin. Dolor. Silencio. Llaga
de amor viva. Pesares.
Durísimo cilicio que toda deuda paga.

Blanda mano que rasga y que desvela
las más hondas cavernas del sentido.
Bálsamo que consuela
y desconsuela y tira del pecho malherido.

Un hombre vuelve, un hombre traspasado
por el rayo de Dios, una paloma
de pecho lastimado.
Y el azor vulnerado por el otero asoma.

Un hombre vuelve y su palabra viva
se enreda a esta palabra que lo invoca.
Llama definitiva
que alumbra cuanto alienta e incendia cuanto toca.

Juan de la Cruz, descalzo, está viniendo.
A zaga de su huella un ave canta.
Miradla ya diciendo
su vuelta con el trino mejor de su garganta.

1968

**A UNA MUCHACHA QUE LAVABA
EN EL TAJO, AL PIE DE TOLEDO**

Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

Enséñame la palma de tus manos,
tu oscura piel que la humedad repliega,
tus finos dedos que ahora frunce el frío
tacto del agua.

Álzalas hacia el sol que ya declina
en invisible púrpura bañando
la piedra fiel de la ciudad, Toledo
mágica y sola.

Blusas, pañuelos por tus manos iban,
hace un instante sólo, derramando
prodigios de blancor para la noche
de tus guedejas.

Ahora sobre la jara fingen nieve,
asustan a las flores del romero;
después tendrán, sobre tus pechos duros,
olor a campo.

Nise, Menuxa, Beatriz, ¿qué importan
tu nombre ni tu sangre ni tu olvido,
muchacha a cuyo breve pie susurra
la voz del Tajo?

Nadie te llame nunca, nadie diga
quién eres tú que lavas en el río
la holanda más sutil, la más suave
saya de seda.

No estás aquí, que estás sobre la puente
de Alcántara cruzando sin ruido
u oyendo crotorar a la cigüeña
de Santiago;

o mirando vivir el Miradero,
batallando en la cuesta de las Armas,
punzando corazones por la calle
de Alfileritos.

Si alguien dice tu nombre, no respondas,
muchacha por quien callan los relojes,
delgada y cimbreal como una espada
de tu Toledo.

Vengan a tu redil los amadores,
dénse en Zocodover cita de siglos,
requiebren en mil lenguas tu cintura,
su morenía.

Pero nadie te sepa nunca. Deja
a los que amor les dio su sed más honda,
beber la hiel, en esta esquina
del Pozo Amargo.

Y pónte tú a mirar salir las llamas
de esta casa con altos barandales,
en donde un hombre, con pinceles brujos,
quema los lienzos.

Quema los lienzos, es decir, los hace
vivir ardiendo eternamente, grito
vuelto clara oración, en tanto asciende
Santa María.

Oye mezclarse el son de los canteros
de San Juan de los Reyes, con los golpes
con que vence a los mármoles Victorio
sobre Tarpeya.

Oye el chisporroteo de la plata
en las manos de Arfe y en sus ojos;
oye silbar un mirlo en el palacio
del rey don Pedro.

Oye latir el corazón de España
sobre esta altiva roca cenicienta.
Oye fluir el río como un verso
de Garcilaso.

«Responde el Tajo, y lleva presuroso»
el sol que muere hacia la mar que vive
de la sorpresa de saberse pecho
que respirase.

Vuelves a la quietud donde solías
lavar tu pañolillo delicado;
tú, que no te moviste, vuelves mientras
se va la tarde.

Campanas son las que tu pena dicen,
las que pronuncian —claras— tu alegría,
muchacha con la luna lenta y sola
sobre los párpados.

Tomas tu cesta y toda la ribera
pone por ti sus tréboles de luto.
¡Puente de San Martín, quién te pasara
descalзадita!

Descalza vas, pisando primavera.
Marzo no sabe ya cómo prenderte
una flor amarilla por el pelo
y enciende a Sirio.

Toledo tiene aquí su cerradura,
en la Puerta del Sol, cerca del gozo.
Mira hacia adentro y calla cuanto veas,
no se despierte.

No despiertes jamás, muchacha, espejo,
ciudad donde se miran las ciudades.
Y venza Dios a tu águila bifronte
con su paloma.

1968

Institución Gran Duque de Alba

TRAIGO A MIS HIJOS A LA ORILLA DEL RÍO QUE RODEA A MI PUEBLO



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

«y más allá del Lethe mi memoria»

Quevedo

«la vida nueva, que en niñez ardía»

Quevedo

He vuelto, una vez más, a la alegría
del pueblo en vilo, a su milagro en vela,
al trebolar de su monotonía,
a su cancela.

He vuelto a su memoria sostenida
más allá de las aguas del Leteo.
Hundo mi mano incrédula en su herida.
Y veo. Y creo.

Hundo mi mano antigua en sus cristales
y advierto cómo la conoce el río.
¡Oh Guadalete entre cañaverales!
¡Oh tiempo mío!

La vida nueva, que en niñez ardía,
discurrió al mismo son de su corriente.
Agua jordán que ayer resbalaría
sobre mi frente.

He vuelto doctorado en soledades,
rico en malaventuras y en pobreza,
coleccionista de las tempestades
y las tristezas.

Pero no he vuelto solo. Estáis conmigo.
Multiplicado por vosotros, soy
un hombre diferente, fiel testigo
de ayer y de hoy.

Ayer soy yo; hoy sois vosotros; pero
mañana será el agua solamente.
Delante queda el mar, su embarcadero;
detrás, la fuente.

En medio queda el río susurrante,
yéndose siempre pero siempre quieto;
río yacente, río caminante,
río secreto.

A su secreto a voces os convoco.
Traéis en los ojos otro cielo,
otra distinta lágrima, que toco
con mi pañuelo.

Mas este río que a este pueblo abraza,
porque fue mío ha de ser vuestro. Dad
a vuestra vida el trazo con que traza
su libertad.

Poned sobre su azul, como yo un día,
anhelos, esperanzas, ilusiones,
y dejad limpios de melancolía
los corazones.

Quien tiene un río, tiene una paloma,
una clara campana en la cintura,
una ventana por la que se asoma
a la ternura.

Yo lo dejé detrás una mañana
y al cabo de los siglos he tornado;
y lo he hallado dormido en la besana,
junto al arado.

El río es un muchacho fiel. Y aguarda.
Siempre que regreséis, aquí estará.
Dirá con voz de espuma «¡Cuánto tarda!».
Mas no se irá.

Hijos, la tarde apunta su agonía.
El sol, sobre este río de mi infancia,
vuelca, como una rosa, su armonía
y su fragancia.

No dice nada el chamariz. No vuela,
limón manchado y músico, el jilguero.
El dulce verderol cerró su escuela
sobre el alero.

El gorrión se acuesta en el tomillo,
la codorniz se agacha en los rastrojos,
la totovía calla... ¡Es tan sencillo
cerrar los ojos!

Cerrad los ojos, hijos. Todavía
el río os correrá por dentro. Nada
podrá acallar su mansa melodía
desesperada.

Quien tiene un río, tiene un pueblo. Ved
sus nombres, como a fuego, en mi memoria.
Al otro lado de esa gran pared,
queda mi historia.

Cruzadla. Hacedla vuestra. Pueblo y río
sean savia y raíz, tronco que crece.
Hacedlo vuestro ya. Porque fue mío,
os pertenece.

1971



Institución Gran Duque de Alba

EVOCACIÓN EN COVARRUBIAS



Institución Gran Duque de Alba

INSTITUCIÓN GRAN DUQUE DE ALBA



Institución Gran Duque de Alba

«El conde don Fernando, este leal cabdillo,
Parescía entre todos un hermoso castyllo...»

«Non quede ay Castylla de ty desanparada...»
Del Poema del Conde Fernán González

Fue por el invierno. Gemían de frío las calles antiguas,
golpeaba el viento contra las ventanas, contra las veletas,
doblegaba afanes, nidos olvidados en las espadañas,
campanas, recuerdos.

En la colegiata donde, siglo a siglo, reza Covarrubias
—el órgano dulce temblando en las rejās y en el alabastro—,
tu sombra, serena como la paloma, fiera como el águila,
gigante, se erguía.

La piedra más sobria, la letra más breve... (San Pedro de Arlanza,
cuando cae la nieve sobre sus ruinas que el verdín corona,
se viste de luto, rompe sus ojivas, vela sus blasones,
reclama tus huesos.

Pero estás muy lejos: en este silencio, bajo de estas bóvedas.
La piedra más sobria te cubre los sueños, te cela, buen Conde.
La letra más breve dice tu ceniza, proclama tu muerte,
te clava a Castilla.)

Fue por el invierno y andabas despacio: la barba poblada,
la cerviz altiva, los ojos profundos, el músculo tenso.
Iban tus pisadas como rescatándote de tus soledades,
vibrando, sonoras.

Afuera se abrían las tierras de España, los cerros, las vegas;
corrían los ríos vistiendo de espuma la paz de los puentes,
mordían el cielo las duras almenas –murallas, castillos–,
como cuando estabas.

Como cuando estabas de pie, o a caballo, la espada en el cinto,
la cota de malla ciñendo el latido del fiel corazón
y en ristre la lanza, derecha apuntando la frente enemiga
que el yelmo guardaba.

Tú, Fernán Castilla, llevabas el alba clavada en los ojos;
iba amaneciendo por donde pasabas, por donde pisaba
tu cabalgadura. Piel de toro, turbia, tundida, sangrante,
España nacía.

La luna colgada sobre nuestras noches era media luna.
En el Sur florían mezquitas, azudes, jardines, serrallos.
Pero se afilaba, se aguzaba el hierro con salvaje cuido,
con saña exquisita.

Desmembrada España, tronzada, caía la sangre fraterna,
ardían los trigos, la calma miniada de los monasterios,
perdían las torres sus claras campanas, cedían las cruces
su sitio a la pena.

Tú, Fernán Rebelde, la brida en las manos y el azor al puño,
cruzabas los anchos campos de Castilla, los páramos solos,
y a veces te dieron, caudillo cansado, cobijo y compañía
los chopos del Duero.

Madinat al-Zahra supo de tu nombre; cantaron tu gesta
por los Pirineos, del Oja al Segura, del Ebro al Guadiana,
del Arlanza al largo camino celeste del Guadalquivir.
Pero tú seguías.

Pero tú seguías, capitán garrido, galopando leguas
y leguas de España, libre como el mismo gavilán roquero,
león enjaulado midiendo las frías torres carceleras:
haciendo la Historia.

La Historia te guarda cabezal y trono; los siglos, corona.
No ha venido el viento malo del olvido a borrar tu nombre.
Hermoso castillo, cabalgas al frente de las tus mesnadas
todavía. Y siempre.

Fue un día de invierno cuando vi tu sombra por la colegiata,
viva en Covarrubias. El órgano hablaba, la piedra dormía.
Afuera se abrían las tierras de España, los cerros, las vegas:
como cuando estabas.

Y estabas de nuevo. Dándole al silencio tu palabra fuerte,
a las venas rotas de España tu sangre, tu aliento a su boca
y el alma a Castilla, como cuando andabas sus serenidades
y sus parameras.

Que no quede nunca, ay, desamparada de ti y de tus manos.
Que tu escudo guarde la flor de su pecho, su vino y su pan.
Que las mozas vengan a vestir de mayo tu memoria escueta:
tu cuna, tu tumba.

«Aquí yacen –dice– los restos mortales de Fernán González,
Conde Soberano de Castilla»... Mienten la letra y el mármol.
De pie sigue el Conde, de pie o a caballo, la espada en el cinto.
Quien lo vio, la canta.

1971



Institución Gran Duque de Alba

EL LLANTO



Institución Gran Duque de Alba

EL ESTADO

 Institución Gran Duque de Alba

En mitad de la noche, llora el hijo.
Es como un chorro diminuto
de pena,
como una gota en el océano
de la tristeza universal: mas duele.
Digo: «Mujer, el niño llora».
Ella se alza, lenta, dulcemente,
con las uñas del sueño todavía
clavadas en el tímido tremor de su cansancio,
y se acerca al lugar donde, desnuda y sola,
late esta cosa nuestra, esta sangre trenzada,
esta esperanza que es el hijo.
Su mano va sobre la frente
sudorosa, da la vuelta a la almohada
buscando la frescura de la tela,
acomoda la sábana sobre esta cosa pura,
fiel cadejo de carne
desamparada.

(Pisa
sobre el tejado, gata negra
y ágil, la madrugada. Arriba,
la luna rasga el velo
del silencio, mas no se advierte.) Queda
la mano de la madre, como un ala propicia,
velando el respirar de esta nostalgia
que nació de nosotros
y a quien el mundo enseña
el amor, el dolor, tempranamente.
He abierto, sin ruido, la madera

de la ventana
por mirar a la calle en esta incierta hora.
Muere aquí la ciudad
y unos árboles dicen
su verdor, su ceniza. Nadie pasa.
Algo pasa si un niño se desvela,
si una madre susurra
una canción, que el trajinar del día
hace más débil. Algo
se quiebra muy adentro, se reconstruye, vuelve
a derrumbarse.
Con el martillar de la ternura
los relojes dan fe de que pasamos,
de que algo pasa: algo tan grande como un niño,
tan pequeño
como un niño que llora, creyéndose —sabiéndose—
solo.

Cruza

un carro, un manchonazo oscuro,
una vida borrosa. Y, a su rumor,
rebulle el hijo, llora
otra vez.
La noche rota de dos seres
que se quisieron como en un relámpago
y a su luz engendraron este sorbo
de agonía, se enciende y se desdobra
en el espejo turbio de no ser
sino olvido. Pues ¿qué lluvia
de qué próximo cielo aliviará
la llama, qué memoria
registrará los nombres
de dos amantes a los que el destino
condecoró con esta tibia espuma
de tiempo, que es el hijo?

Blandamente

crece la madrugada, muge el toro
rosa del alba, huye
el lucero. «Mujer,

descansa», digo. El niño duerme,
sosegado.

Ella se sienta al borde de la cama
que aún guarda su calor, la forma justa
del abrazo, y «Es hora de empezar —dice—,
no merece la pena». La alegría
del sol estira un brazo delicado
y pone un goterón de oro purísimo
sobre la colcha. Muevo la cortina
y el sol empuja y se derrama
como un cesto de dátiles. Escondo
su cabeza en mi pecho
y oigo cómo libera
su sollozo de madre tan cansada
sobre mi viejo corazón, en tanto
el niño duerme y se despierta el mundo.

1972



Institución Gran Duque de Alba

**RAMA DE ALMENDRO PARA UNA
MUCHACHA LEJANA**



Institución Gran Duque de Alba

INSTITUCIÓN GRAN DUQUE DE ALBA

Institución Gran Duque de Alba

Como la primavera, es decir, sin ruido,
sin levantar la voz ni bajar la cabeza,
regresa tu recuerdo.

¿Regresa? ¿Es que algún día
se fue, como te fuiste? (¿Quién conoce
la fuente de la pena, el roquedal del llanto,
su exacta geografía?) ¿De dónde, pues, que vuelva
lo que sigue aquí mismo,
dentro del pecho, garfio
acerado, zorzal
aleteante?

¿De dónde su memoria lastimada?

Eras como un pañuelo en la azotea,
como lluvia en la lenta atardecida,
como rama de almendro:
dabas la bienvenida al cielo claro,
lavabas las heridas de las cosas,
bendecías el pueblo.

Pero no lo sabías. El arroyo
ignora la canción que eternamente
repite, como el pájaro su vuelo.
Son. Nada más. Pero cada mañana
nos redimen un poco. Tú lo hacías
tan sólo con tender en las adelfas
la colada fragante,
con encalar la cal —la nieve dura—
o regar el jazmín, la hierbabuena
al pie del pozo.

¿Quién
gritó tu nombre allá en la lejanía
de tan terrible modo que ganó tu respuesta?
¿Quién te arrancó de aquí? (Iba a escribir *de mí*,
pero no fuiste nunca
mía.) Por estas calles de tu infancia
cruzaste una mañana –la bolsa entre las manos–
camino de otros cielos, de otras tierras.
Y allí sigues: hablando –balbuciendo–
en otra lengua, dándole a tus ojos
un brillo diferente:
tus ojos,
que no ven lo que estalla
a mi lado, a mi sombra: la gloria de febrero.

Mira:
Dios absuelve a la tierra,
envía su paloma
de paz, pacta la tregua, el alto el juego
del frío y de la nieve,
prende en el hombro de la serranía,
en el pecho del valle,
la condecoración de la esperanza: la flor sencilla del almendro.
Todo es ya necesario,
sosegado y profundo,
como el sol tras la lluvia, como el río ante el mar.
Las colinas albean, las palabras albean,
las tristezas albean, ceden su sitio al gozo
que por el ventanal de la pupila
se adentra –mano blanda, mano blanca–
desterrando el punzón del dolorido
sentir.

Troncho una rama
y la traigo a estos versos, que son tuyos,
y acaso nunca leas.

Muchacha, sueño, mira:
la flor invade los caminos
que tantas veces recorriste, empuja

a las puertas del pueblo, dice
tu nombre.
Yo lo repito. Canta un pájaro
en el alfoz, pronuncia la alegría.
Y yo guardo en un sobre flor y trino,
rama de almendro y brizna de nostalgia,
y pregunto por ti, lejana, y tiemblo.

1973



Institución Gran Duque de Alba

POEMA ESCRITO EN UN ESPEJO



Institución Gran Duque de Alba

CLAYTON W. H. O'NEILL



Institución Gran Duque de Alba

«El mar sale del mar y me hace doblemente claro»

Juan Ramón Jiménez

1

He vuelto al sur, miradme, con la esperanza puesta.
En el almendro canta un pájaro amarillo.
Qué trabajo le cuesta, qué trabajo me cuesta.
Oh qué difícil todo, Señor, y qué sencillo.

Qué trabajo le cuesta sostenerse en la rama,
sujetarse las alas, olvidarse del vuelo.
Qué trabajo me cuesta sofocar esta llama
que se levanta, viva, desde el suelo hasta el cielo.

El sol entra en mi vida de nuevo. La ventana
que estoy abriendo ahora, da al mar, eterno y mío.
Mar que viste de azul mi alma y la mañana
presas en la redonda ventura del estío.

He vuelto al sur, miradme, he vuelto al mar que fuera
espejo y luz ayer, al mar que será un día
espejo y luz intactos, al mar que ya me espera
—espejo y luz— soñando, sonando en la bahía.

El mar sale del mar y me hace doblemente
claro. En una azotea una muchacha canta.
Su voz y la del mar retumban en mi frente
y el pájaro se empina también en su garganta

y dice cuanto sabe, cuanto no sabe y cuanto
sabr  después, arriba, cuando su canto acabe.
Y yo no s  siquiera si me despierta al llanto
la voz de la muchacha, la del mar, la del ave.

He vuelto como siempre, con la esperanza puesta.
Lavo mi piel de olvidos, tristezas, soledades,
penas, desesperanzas... El sur es una fiesta.
Y el mar me va cantando –barquero– sus verdades.

Poned aquí la mano, en mi costado izquierdo.
Mirad en mis pupilas temblar un nuevo brillo.
Aquí en el sur me encuentro, aquí en el sur me pierdo.
Oh qué difícil todo, Señor, y qué sencillo.

y 2

Oh, Señor, qué sencillo y qué difícil todo.
Aquí en el sur me pierdo, aquí en el sur me encuentro.
Borrad de mis pupilas la noticia del lodo.
y buscad al que soy en mi centro, en mi dentro.

El mar me va cantando –Caronte– sus verdades.
El sur es una fiesta donde la pena danza.
Yo me visto de ausencias, tristezas, soledades,
y advierto que he olvidado ponerme la esperanza.

Canta el mar, canta el ave, canta alguna muchacha
entre los tendedores donde la ropa albea.
En mis oídos suena la cadencia del hacha,
verdugo de los mirlos que pueblan la azotea.

El mar sale del mar y tiembla oscuramente.
 Qu n dice, sin garganta, tan hermosa canción?
Yo no s  si es que tengo su ceniza en mi frente
o es que se me ha cerrado de golpe el corazón.

Mirad, se me ha cerrado, igual que una ventana.
Las olas van copiándose —espejo— en la bahía.
He vuelto al mar que fuera tan mío una mañana
y que está siendo ahora lo que yo seré un día.

El sol entra en mi vida de nuevo y se adormece.
Resbala la nostalgia como un escalofrío,
como una lengua de agua, como un volcán que crece
su lava en la redonda ventura del estío.

Lava que va lavando desde el cielo hasta el suelo,
que vive y se desvive por avivar su llama.
Olvidado del vuelo, condenado a su duelo,
un pájaro amarillo se sostiene en la rama.

Qué trabajo le cuesta, qué trabajo me cuesta.
Oh qué sencillo todo, Señor, oh qué sencillo.
He vuelto al sur, miradme, y el sur es una fiesta,
y la fiesta es un pájaro doliente y amarillo.

1967/1974



Institución Gran Duque de Alba

JEREZ, SEPTIEMBRE



Institución Gran Duque de Alba

1992, SEPTEMBER

 Institución Gran Duque de Alba

«Como beber la tierra milenaria,
desde el principio».

Eduardo Carranza, *Kasida del vino*

Una paloma de humo en una torre,
una campana por el mediodía,
un borbollón de música en el aire:
Jerez, septiembre.

Todo es verdad. El mundo canta. Sube
un escalón de fuego la belleza
y en la esquina del sol abre los ojos
Andalucía.

Sueño del almijar transfigurado.
La vareta de olivo en la canasta
presta un rumor de aceite a los racimos
que se solean.

Rueda por los redores la nostalgia
del pámpano secreto y lastimado
y el carbón del tabarro se marea
de tanto aroma.

¡«La transparencia, Dios, la transparencia»
del instante infinito! ¿Quién derrama
esta lumbre lustral en los alberos,
este alborozo?

El mosto es como un niño que balbuce
su palabra primera, como un duende
con alas de ángel, como un dulce grito
sin su garganta.

Busca acomodo en el tonel, apresta
su melena de siglos susurrados
y a la cintura se ata su dorada
melancolía.

Mañana se hará gozo, llama oscura,
flor de topacio, cárdena memoria,
émulo de la anémona transida
y del narciso.

¿Quién fija al vino su color, quién pone
el cascabel en su delgado cuello,
si es la luz la que dicta a cada hora
su tiranía?

Venga el pajizo pálido del fino,
el ámbar puro del amontillado,
el amatista fiel del oloroso,
sus tornasoles.

Venga al cristal la leve sinfonía
de su misterio, venga hasta los labios
el corazón furtivo de la uva,
claro y sumiso.

Jerez, septiembre, las paredes lisas,
el rosetón de hierro, el roble en vilo,
la penumbra inocente, el gran silencio
de la bodega.

Catedral del trasmundo, donde vibra
la semiluz enervadora, ¿cuándo
la araña de olvidar dio a tus rincones
su tibia seda?

Estas inmesas alas que aquí yacen
apagadas y quietas, son del tiempo:
tanto voló, tanto universo anduvo,
que ahora descansa.

El es, alto y remoto, el mejor guía,
el mejor bodeguero de estos pagos,
el que mejor conoce los esguinces
de la venencia.

El vino, potro rubio, le obedece,
crece a su voz, bracea a su mandato,
muere el bocado cuando escucha el silbo
de su costumbre.

El tiempo aquí en Jerez –septiembre, torre,
campana y hembra en pie, música y júbilo–
es inviolable como un dios, Dionisos
en carne y hueso.

Todo es verdad: sarmiento, cepa, pruina,
liño, trujal, vidueño, bienteveo.
yema, tineta, rodrigón, palabras
como candelas.

¿Pero todo es verdad? ¿Esta luz mansa,
San Miguel coronado de vencejos,
la nube en el azul, ese galope
por la Cartuja?

Ocurre a veces que Jerez, despacio,
comienza a despegarse de la tierra
y en cuanto se descuida se le marcha
el santo al cielo.

Pero vuelve Ginés a sus caminos,
a su sitio de siempre, a sus afanes
de capataz mayor de la vendimia
y la esperanza.

Todo es posible en estas claridades
donde roba perfume al oceano
el aire, o bien se prende unos jazmines
del Guadalete.

¿Quién dijo río, mar, viña dormida,
campaña en plenitud? ¿Quién dijo miedo?
Vengan a este lugar los amadores,
beban la gloria.

Pongan sobre la palma de la mano
la copa transparente. Ya resbala,
hecho murmullo cimbreal y copla,
el chorro cálido.

Beber el vino de Jerez es como
ingresar de repente en la alegría,
como beber la tierra milenaria
desde el principio.

1976

UN HOMBRE HA VUELTO



Institución Gran Duque de Alba

El libro de la historia de la ciudad de
la ciudad de la ciudad de la ciudad de
la ciudad de la ciudad de la ciudad de
la ciudad de la ciudad de la ciudad de

El libro de la historia de la ciudad de
la ciudad de la ciudad de la ciudad de
la ciudad de la ciudad de la ciudad de

LA HISTORIA DE LA CIUDAD

El libro de la historia de la ciudad de
la ciudad de la ciudad de la ciudad de
la ciudad de la ciudad de la ciudad de

El libro de la historia de la ciudad de
la ciudad de la ciudad de la ciudad de
la ciudad de la ciudad de la ciudad de

Institución Gran Duque de Alba

El hombre ha detenido
sus pasos. Lentamente,
va acostumbrando el cuenco turbio de sus pupilas
a tanta inmensidad, a tanta lumbre
desnuda.

La palma de la mano de un dios infatigable
y ciego
se abre ante él, despacio
se despereza, enciende
la mañana.

O es el atardecer lo que refulge,
lo que derrama sobre los terrones
gotas de soledad, miel de silencio.

Dice «la Mancha» y se le mancha el labio
de olvido o de alhucema o de paloma,
de algo que bien conoce y que no es suyo,
que es suyo y no conoce.

Grumos antiguos, arambeles
de polvo de memoria, paletadas
de escombros de vivir van resbalando
por sus hombros vencidos.

Amanece.

O es pleno mediodía, en la llanada.
Retiemblan los racimos,
se estremecen los surcos paralelos,
torpea entre los setos la picaza,
despierta el jarafz.

Canta la alondra

cabe el brocal de un pozo donde un día
desenredara el agua su trenza verdeante,
y una yegua sin ojos da vueltas a la era.
Aún el trigo es infante. O, amarillo, madura.
Cabecea a su flanco la amapola
o quizá ya no bulle sino su tierna ausencia.
El hombre no lo sabe; es decir, ha alcanzado
el total conocer.

No hay horizontes.

El tiempo es un pañuelo
que se puede doblar, guardar en un bolsillo,
que se puede llevar hasta la frente
sudorosa,
que se puede acercar hasta la lágrima
que los ojos alumbran.

O es que llueve.

O es que de pronto ha roto a llover sobre el carro
que rebota y renquea,
sobre el quiñón donde la sangre vibra,
sobre el molino anciano que aún cruje y gira y muele.
O aprieta el sol, desplómase implacable,
abrasando la flor de la cardencha,
el caz borboteante, la viña que se esponja.

El hombre torna a andar. Es la hora infinita.
Es un día de un año de un siglo sin fronteras.
Regresar es perderse entre los álamos
de ayer,
encontrarse de golpe con el que fuimos, con
el que seremos cuando

se rompan los relojes.

Pero el hombre que vuelve

estuvo siempre aquí:

se copió en los chilancos,
se tumbó en los barbechos,
se enterró con su gente bajo el ciprés insomne,
cavó, sembró, segó, bebió del vino nuevo,
tembló con el pedrisco, repicó el tamboril.

Dice «la Mancha» y gana sus raíces.
Apresura sus pasos, y es un niño
el que viste su pena y le recorre.

Arriba está la luna sobre un chopo.
O el sol.

Qué importa ya, si un hombre ha vuelto.

1977

VISIÓN DE CUENCA



Institución Gran Duque de Alba

INSTITUCIÓN GRAN DUQUE DE ALBA



Institución Gran Duque de Alba

Es como pretender tomar al aire
por los cabellos,
dibujar los perfiles del aroma,
averiguar de golpe el lenguaje del fuego,
descubrir los colores de un doblar de campanas,
la forma del silencio;
es como encaramarse al pretil de la aurora
o descender a la honda sima de los recuerdos.
Es decir, el milagro, lo que jamás acaba
de ser y está ya siendo.
Borbollones de cales, maderas, rocas, vidrios,
tejas, arbustos, hierros,
que ascienden a empujones hasta el cielo enlunado
o que se precipitan, víctimas de su vértigo,
pero que nunca pasan ni nunca vuelan ni
nunca se van al suelo,
sino que permanecen en su esguince,
estáticos, erectos.
Torres, muros, balcones,
puentes al borde del encantamiento,
columpian las miradas,
ganan sitio en el sueño
y sobre el gran tapete floral del mediodía
dan jaque y mate al viento.

Cuenca, fiel fugitiva, encadenada
a su propio misterio,
se corona de grajos y pezpítalos,
se condecora de vencejos,

y se pone a afilar sus finas hoces
segadoras del légamo,
allí donde jarales y torbiscos
abejean por dentro.
Sol de Carretería,
policromía de los Tintes, hueso
vertical de Mangana, pasadizo
por donde cruza aún Julián Romero,
murmullo del Tranquilo,
Ventano del Diablo donde aletea el cuervo
de los anocheceres, ¿qué conjuro
de qué Merlín remoto y ciego
os signó para siempre? Chopos, pinos,
nogueras, olmos, ¿qué secretos
estáis celando todavía,
qué canción aprendiendo?

Huécar y Júcar fluyen mansamente,
funden sus aguas y sus cuerpos,
arrancan chispas, lascas, polvo
de siglos, copian en su espejo
las anchas cresterías, los rudos roquedales,
algún álamo lento.
Cometa inmóvil, tira el Tormo Alto
de su mole. El bostezo
del cráter de la Torca del Ceñajo
despierta el universo.

Cuenca en pie, Cuenca en vela,
Cuenca en vilo y en vuelo,
arracimada y trepadora,
sostenida por unos dedos
que no la sueltan, candilico
plateador de sus reflejos.
Golpea aquí la sangre de Castilla,
su corazón entero,
y el pálpito caliente de la piedra
es música y jadeo.

¡Cuenca empinada sobre sus raigones,
desafiando al tiempo!

1977

ANEXO SI ADALARA CON LA COZ
EN LOS OJOS

 Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

ANDO GUADALAJARA CON LA LUZ EN LOS OJOS



Institución Gran Duque de Alba

INSTITUCIÓN GRAN DUQUE DE ALBA



Institución Gran Duque de Alba

«... donde Castilla se viste de perfume»

J. A. Ochaíta

«¡Oh, qué tremendo saber
el de España!»...

J. A. Ochaíta

Digo Alcolea. Entro
por Alcolea y su ancho pedregal,
por los terromonteros que el ábrego combate;
busco el pinar que alivia,
el dulce son del Dulce
y el Henares, el atrio
de Saúca,
la vega fiel de Pelegrina,
la añorada Salud de Barbatona.
Digo Sigüenza y me descubro:
oigo el fragor alárabe,
el brioso pasar de las mesnadas,
la voz del Cardenal que va acallando
corceles y lanceros, porque sueñe,
porque atienda mejor a su lectura
aquel muchacho de alabastro.

Queda

sobre las lastimeras barbacanas
algún jirón, algún gemido. Torres
más altas caerán, pero ésta dura,
como el duro festón de Palazuelos,
como el lunar desgarró de Santiuste,

como la brava Atienza, coronada
por la roca ceniza,
y en cuya fuente vieja va llenando
una moza su cántara terrera.

Ando Guadalajara con la luz en los ojos.
Cogolludo ducal, Jadraque altivo,
fantasmal Hita con el verso al cuello
como un dije liviano, tierras rojas
que las barrancas polvorientas rompen,
jugosas huertas repentinatas.

Subo

a las almenas de Torija, bajo
-arbolados rincones, rebaños tibios- hasta
Brihuega, de mercado y soportales,
Cifuentes, de ciprés y campanil,
y, al ritmo del Tajuña y al abrigo del páramo,
bordeo bosquecillos, acaricio encinares,
copudos olmos, mansos
olivos.

Busco Caspueñas, Valdesaz,
la molinera gracia del Ungría;
junto al tártago salta el herrerillo
y la trucha platera, coleando,
lucha con el anzuelo.

La Alcarria está temblando de belleza.
Se viste aquí Castilla de perfume
y la miel se arrebujá entre lo áspero,
ordena y manda.

Hontoba

triangula la muerte; la repudia,
desamorada y secular, Pastrana,
asomada a su coto verdeante;
y, sin embargo, allí la he visto, turbia,
segar de un tajo el gozo del poeta,
escapar luego aullando.

Auñón aguarda

cabe el Arlés, se enrisca.
Chilla la graja en Chillarón del Rey
y Sacedón despliega sus cerezos.
Córcoles alza su ruinosa herencia,
Alcocer, sus murallas,
Buendía, el mar, como si sonriese.

Ando Guadalajara con la lumbre en el pecho,
entro en su corazón. Santa María
me vale. ¿Quién recorre
estas calles y plazas a mi lado,
qué sombra es ésta, tierna y desvelada,
que, desde San Ginés hasta el palacio, lleva
de la mano a la mía?
Puedo quedarme aquí. No existe el tiempo.
O allá, en Molina, donde canta el Gallo.
O dejarme encantar en Mazarete,
al pie del alhumajo brujeriego.
Andar, andar, andar, pero quedarme.
Qué tremendo saber el de esta España,
qué inefable sabor, que largo pálpito,
venas arriba.

Digo

L'Quad al-Hajara,
surco

su piel,
trazo su signo en la memoria,
bebo la lluvia de sus pozos, fijo
su palabra en mi sangre.

Y todo es del color de la esperanza.

1979



Institución Gran Duque de Alba

ESTA ES LA MÚSICA: LA VIDA

(Oyendo el piano de Sergei Rachmaninoff)



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

«...a través de unas manos lloradas que se fueron»

Rafael Alberti

Tú eres la música esta tarde:
el soplo suave, el aire quedo;
tú eres el río entre los chopos,
la lluvia blanda en los helechos,
el borbollón de la calandria,
la brama cálida del ciervo,
la brava calma del agosto,
la brasa cándida del tiempo:
cárcola azul de la que pende
la lanzadera del silencio.
Va tu piano por las cosas
como la noche por el sueño;
quiero decir que va por fuera
cuando sabes que va por dentro
dasamorando las nostalgias,
poniendo en punto los recuerdos,
adelantando los relojes
de la esperanza, sometiendo
a su armonía los sollozos
del chamariz en el barbecho,
los alhelíes de la ausencia,
los maretazos del deseo:
olas que llegan hasta el filo
del roquedal, y abren el fuego
de sus espumas y se aferran
como al anciano tronco el muérdago.

Tú eres la música esta tarde.
Nace la música en tus dedos,
hermano mágico del mirlo,
hijo celeste del misterio.
Quema el resol de las escalas
el playerío. En los espejos
hay una luz de otras edades,
sombas que un día refulgieron,
hombres que cruzan lentamente
corredores y embarcaderos,
muchachas tibias y desnudas
regresando y atardeciendo.
Por las esquinas de la pena
pasea un niño su secreto:
la niebla larga se deshace
y el esquilón del desaliento
llama a seguir, cita a tristeza,
dice de olvidos y destierros.

Nada es la música. Y lo es todo:
un océano en movimiento,
una gacela despertando,
una garganta amaneciendo,
un manantial desenredándose,
un dolor dulce y pasajero.
Ella acompasa las esferas,
el respirar del universo,
el galopar del potro, el pico
del ruiseñor en el enebro,
y altera el pulso de la sangre
y la médula de los huesos.
Nadie es la música. Y, con todo,
tú eres la música, el destello
de este crepúsculo cencido,
eternal y perecedero.
Azucenales, canchaleras,
bajíos mansos, verdes huertos,
claro y profundo correntío,

paisaje tuyo, mío, nuestro.
Esta es la música: la vida,
el mañana del hombre nuevo.
Todo es posible, si en el golpe
definitivo del gran péndulo
-tal esta tarde- hay un piano
bajo unas manos que ya fueron.

1979



Institución Gran Duque de Alba

BAJO LAS PUENTES VA EL ALMA

Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

«Quien pasa por esta puente
no vuelve a sentir amores...»

Pongo la mano en esta piedra, palpo
la hiedra madre, el beso de los siglos,
escucho el son del Nora,
el sollozo del roble,
la sacudida mansa del castaño;
van, por Colloto, Eulalia y su belleza,
el agua y su terniza caminante,
mientras silba el malvís bajo la puente
que Roma alzara.

Dora

el nuevo sol los pastos, se afianza
la amanecida.
Después será Poncebos. Crece, tersa,
la mañana.
Aquí se funde el Duje con el Cares,
galán de Panderruedas, mozo de Valdeón;
una muchacha cruza el arco tenso,
tras un asno cansino, y espumea
el borbollón caudal.
Si alguien quiere escalar los altos Picos
de Europa, sorprender
el salto del rebeco,

el manantío fiel, la nieve viva,
venga a esta puente y se santigüe,
ascienda luego.

La Jaya, al mediodía.
El Cares otra vez, y su garganta
que acompaña al pandoiro,
su canción monorrítmica,
su danzón ancestral.
Digo Sotres, trepando hacia la cumbre,
Tielve y sus hipocaustos,
Bulnes pastor, los pueblos cabraliegos.
Seis mujeres y un hombre bailan, juegan
a entregarse y a huir, mientras levantan
la rama de laurel y se persiguen.

La Riera. El Deva fluye, y hay un niño
que se asoma a su puente
y ve cruzar la trucha plateando.
Digo aquí Covadonga y me arrodivo;
Pelayo, y me descubro.
Asturias pulsa fuerte en esta fronda
donde el oso y la corza compadrecen,
en esta roca donde empieza España
a ser verdad y grande y elegida.
Torreones ruinosos aún alertan.
Y la calzada acaba en los hayedos.

Cangas de Onís. La Corte. Cae la tarde.
El Sella salmonero verdineo.
Firme, la puente anciana
va sosegando al agua peregrina
que busca el mar, el cántabro mugido.
Rumia el buey del poniente,
huele la pomarada a vida nueva,
bebe el lebrelo en la fontana
y el milano, en lo alto, se corona
de sol, y acecha.

El Nalón, río macho, se hace hombre
en Pola de Laviana, y va a la mina.
Junto al puente del Arco se remansa
por ver lavar su ropa
a las mozas astures.
Esta que hunde la mano en su corriente
y saca, tibio, el aguacanto
y lo lleva a su falda,
hórreos y paneras guarda al fondo
de sus pupilas;
pupilas con un valle, con un río,
con un bosque de helechos compañeros,
en las que van poniendo su negrura
las alas del carbón.

La noche, en Olloniego. Fantasmales
sombras de los Quirós, cabe la torre
truncada.

¿Quién hiciera
desviarse al Nalón, burlar la puente
romana, trazar curso
diferente? La yerba va estirándose
por donde ayer el agua y su memoria,
y la luna se posa en el nogal
como la estrige, sin ruido.
Ojos que ya no véis venir las ondas,
llorad por lo que hubísteis antaño.

Quien estas puentes pase, no podrá
sino sentir amor, su garfa dulce
hurgando el pecho, socavando el alma.
Puentes de Asturias, que la Mano, un día,
sembró, como semilla, entre lo verde,
por vosotras pasé, quedé prendido,
prendado y vuestro.

Cante
mi verso tan celeste hechicería.

1981



Institución Gran Duque de Alba

MAESTRA EN SOLEDADES



Institución Gran Duque de Alba

MAESTRO EN INGENIERIA

 Institución Gran Duque de Alba

«...But where I say
hours, I mean years, mean life.»
G.M. Hopkins

Porque vacilo a ratos
y otras veces tropiezo,
porque el cabello empieza a grisear,
la piel a hendirse de infidencias,
los ojos a nublarse y amargura,
me vuelvo a ti, lejana,
pongo a pulsar el corazón, lo aseo,
lo despojo de polvo y desmemoria,
anda, le digo, y échame una mano,
y camino a tu encuentro, confiado en su larga vecindad,
en su fugaz propósito de enmienda,
como el gazapo sorprendido,
galgos por medio y ralo rastrojal,
busca la madriguera salvadora,
la hura caliente, el familiar ostugo.

Si vieras lo que duelen ya los golpes,
la ingratitud, el otra vez será,
la sonrisa amical que es sólo máscara,
la olvidanza fraterna...
Maestra en soledades,
en lustros y en ausencias, qué voy yo
a decir
a quien lo tiene ya todo aprendido.

Llego, pues, silencioso,
me aproximo a tu silla
de ruedas,
y la echo a andar, andamos, mira el tordo
en el alero, mira el retamar
ardiendo en amarillos, los rosales,
la yegua, las carrascas
crujiendo ya de mayo y verderoles,
mira el rumor del agua en el chopal,
mira el amanecer aunque anochezcas,
soy yo y estoy contigo, yo te empujo,
yo te guío y te llevo,
y eres tú quien tendrías
que sostenerme, mira el sol rodando
por la moheda, escucha
la cancamurga de los chamarices,
el ladrido del can.

Canta la noria
y en el vacío de los atanores
melifica la abeja.
Tantas horas sin ti, y estoy diciendo
años, toda una vida, tanta sed,
tanta distancia y desarrimo, tantos
tuecos en tu madera y mi madera,
y, ya ves, paseamos,
hablamos del azar, de un arriate,
del viento que ahora, terco, se despierta
—cíñete bien la toca, no te enfríes—,
como si nada.

La casa quedó atrás. Desde esta lomba,
contemplarla es ungir con sangre nueva
su escalofrío.
Centellea la cal, murmura el pozo,
puéblanse patio y corredor de sombras
que cuesta ya reconocer,
y en la azotea, fantasmal, se agita
la ropa blanca.

Fulge en el comedor el son del vidrio,
la música serena de la loza,
humea la sopera,
se multiplica el sol de las naranjas,
ríe, silente, la sandía.
Desde esta lomba se ve el mar, el mármol
de la consola, el caracol marino
que allí, en su cofre, guarda su canción,
y el luto reverente del piano
que nadie toca, y suena, y todavía.

Bajemos, anda, de este mirador,
borremos la pizarra con la mano mojada,
y regresemos.

Sí, sé que las ruedas
saltan, hacen temblar
tu silla, pero no
temas, son los terrones, los pedruscos
del recordar, no llueve, es otra cosa,
te llevo bien sujeta,
préstame un poco tu inmovilidad,
siéntame en esta silla, tengo frío,
arrópame de ti con esta toca
que se resbala de tus hombros, anda,
abrígame y condúceme
como ayer, no te vayas, no me dejes,
que estoy muy solo, madre.

1988



Institución Gran Duque de Alba

POEMA FINAL



Institución Gran Duque de Alba

INSTITUCIÓN

 Institución Gran Duque de Alba

RELOJ DE ARENA

Si yo pudiera
cuando todo acabara
darme la vuelta...

AYUDA DE VIVIENDA

El presente es el
resultado de la
evaluación de la
situación de la vivienda



Institución Gran Duque de Alba

EPÍLOGO
por
Carlos María Maínez



Institución Gran Duque de Alba

EXPOSICIÓN
por
Carlos María de Castejón



Institución Gran Duque de Alba

Parece incuestionable que todo poeta siente querencia especial por alguna de sus obras, incluso por alguno de sus poemas. Esta querencia no presupone, por fuerza, la bondad de la obra en cuestión, mas sí una interioridad distinta, un íntimo estado de catarsis difícil de explicar de no haber mediado en ese momento la escritura. Me refiero, en suma, a «ese diáfano estado de excepción/ al que nos vamos/ desacostumbrando» (Mario Benedetti), quizás por desidia, quizás porque es más fácil claudicar ante lo que nos rodea. Es entonces cuando el poeta ha de ganar la batalla, y lograr que sus semejantes la ganen, con un chispazo deslumbrador, y con los ojos perdonados de hastío y desconsuelo.

Surjo de esta reflexión después de haber releído *La cítara en la cítara* de Carlos Murciano, antología que recoge únicamente, y por deseo expreso de su autor, *lo* no publicado en sus antologías anteriores. Quiere ello decir que en el presente florilegio se reúne –salvo excepciones– *lo* previamente expuesto a desaparecer, o, como mal menor, condenado a sobrevivir en sus cuadernos manuscritos.

Me sorprendió en un principio que Carlos Murciano, escritor autoexigente hasta el límite, se hubiese decidido por esta alternativa. Después de leída su palabra previa a *La cítara en la cítara*, me resultó comprensible. Por una parte, y como él afirma, «el tiempo ha ido revelando ciertas constantes (en su lírica), conformadoras al cabo de unos poemas (estos) capaces de incardinarse en un tronco común»; por otra, ¿quién, ya por nostalgia, ya por ese destello íntimo al que aludía al principio, no quiso alguna vez dar a la luz sus versos inéditos? Se trata de probar a salvar del olvido asombros, inquietudes, días indeclinables, tal como consta en el poema que abre esta selección: «Estarás donde no estuve,/ verás lo que yo no vi./ pero dirás lo que dije/ no para ti,/ para aquéllos/ que ahora te tienen consigo/ y que al vivirse te viven/ y al hacerse te hacen eso,/ eso tan sólo: quedar».

LOS POEMAS CAMINANTES

«Andar España, el mundo, es hermoso, necesario y confortador», sentencia

convencido Carlos Murciano. Y a fe mía que ha dado ejemplo de su convicción. Andariego pertinaz, sus ya lentos ojos, como él gusta de decir resignado, han recorrido en cuarenta años desde la célica Ronda hasta un jardín de Bhopal (India), desde Matasejún (Soria siempre en el corazón) hasta el Rockefeller Center neoyorkino. Y estos gozos de la vista se han ido plasmando paulatinamente en versos sencillos y entrañados, ora traspasados por el punzón del recuerdo vivo, ora elaborados al pie mismo del paisaje o de la ensoñación. Canciones y sonetos constituyen esta primera zona de *La cítara en la cítara*, y vuelven a mostrar la inobjetable perfección formal que detenta nuestro autor desde sus primeros escarceos poéticos, allá por el año 1950. Porque Murciano no hace el verso, lo cincela. Y si a esta sutil artesanía unimos su dominio del vocabulario, de lo intrínseco de la palabra, hemos de hallar, y hallamos, en lo referente a las canciones, orfebrería digna de la mejor literatura popular. ¿Firmara don Iñigo López de Mendoza, Marqués Santillana, al amparo de su lumbre medievalina, la «Serranilla de Valdejudíos»?

Pero continúa siendo el soneto la forma de las formas con la que el escritor arcense alcanza plena madurez estética. «Sonetos, todavía. Y siempre», declara en «Algunas notas para una Poética». Su primer poema, cuando apenas contaba dieciocho años, fue un soneto. Su último, fechado en este diciembre, también. Aquí radica el secreto: Para él, el soneto no los tiene. Es algo así como una simbiosis, un pacto con el aire donde pululan las ideas para que éstas vengan a estructurarse prosódicamente al modo que les dicta el sentimiento. En estos sonetos caminantes, en los que, por lógica, el lenguaje descriptivo prevalece, la magia toma cuerpo a raíz del hallazgo de la otra realidad. El poeta ve y oye lo que los demás no, acaso porque aquello estuvo pero ya no está, acaso porque aún no existe. Es así, por ejemplo, como se logra adivinar lo que él vislumbrara en su «Contemplación en Valldemosa»:

«Estás. Y no en la sombra. Aquí: delante
de nosotros, de mí. Rompe la mano
la escayola, el cristal, y en el piano
se hace otra vez candela crepitante.

Tu música, muchacho agonizante,
solloza en el marfil. Pregunto en vano
si alguien te ve, si alguien te siente. Ya no
estás, pero eternizas el instante.»

UN LIBRO DE HOMENAJE: BREVIARIO

El motivo de la contemplación es fundamental a la hora de analizar esta poesía. He apuntado hace unas líneas cómo es posible envolver en lo mágico la visión de las cosas. Pues bien, esta visión suele ser preludio del proceso creativo. El esquema básico y categórico de este proceso se completaría: Visión: Contemplación: Interiorización sensual del objeto contemplado: Exteriorización de ese objeto a través de los sentidos: Recreación de la experiencia. No se tome esta teoría como causa sino como axioma. Los *stilnovisti* italianos del *duecento* ya recurrían con frecuencia a la fenomenología de la física amorosa, donde hallaba su inefable sitio el corazón herido a través de los ojos. Troquemos el objeto contemplado por la sujeto amada, y la secuencia arriba expuesta no cesará de repetirse con el discurrir de los siglos. De esta forma, al par de la bellísima canción «Al cor gentil rimpaira sempre amore», de Guido Guinizzeli (la personalidad más sugerente del *Stilnovo* prescindiendo, como es obvio, de Dante), cabría concluir que «Al corazón gentil remedia siempre el arte».

En el bloque primero de *La cítara en la cítara*, Carlos Murciano requiere como pre-texto contemplativo los espacios naturales. En este segundo, *Breviario* (libro escrito, en su origen, entre 1958-1968, y que se ha ampliado posteriormente), se nos revela diáfano conocedor del ámbito cerrado de las plasmaciones artísticas. ¿Aprehensión intuitiva o percepción cabal de ellas? Sea como fuere, Murciano nos adentra en un universo que ha hecho suyo en soledad y casi sin aviso. De golpe, el hombre comienza a intuir, a percibir, tal un milagro, lo que a la vista se le ofrece. Colores, figuras, alcanzan definitivamente su significación, y es entonces el poeta quien se dispone a desvelarla por diferente cauce. Y con densa armonía plásmanse —pásmanse—, *uno* y *diverso*, el negro toro de España, de Pablo Picasso; o un sueño de Bajorla; o la mosca, el cigarrón, el alba bruja, de Lorenzo Goñi; o la guerra total de Nassio Bayarri; o, en fin, una ventana lastimada, sedienta de horas, de Lapayese del Río.

Dícese, por consiguiente, del cuadro, pero también del artista, del pintor amigo, del maestro admirado, tal indica José Camón Aznar en su prólogo a *Breviario*: «...estos versos nos entregan versiones ingenuas —toda la belleza es ingenua— no sólo de la obra de arte sino de la personalidad siempre misteriosa de los creadores del misterio de las formas».

Se alternan en *Breviario* las estrofas de corte tradicional con el verso libre, tendido. En este punto, torno a «Algunas notas para una Poética» de Murciano, y subrayo: «Domina la forma y olvídala. Irá contigo —velada o no—, fiel, siempre». No he de hacer comentario de esta nota, sino una sugerencia: Revísele el poema

titulado «Vamos a entrar en casa de Celedonio Perellón». Es una suerte de equilibrio total entre la sensación imaginativa y el lenguaje expositivo, una lid de igual a igual entre la emoción sostenida y la contención lingüística. Y esto se explica porque el verso, en ese instante mágico, ha nacido dos veces: de sí mismo, y de la pluma de su autor.

UN UNIVERSO DISTINTO: UNO

No es frecuente el poema de sólo un verso, mas sí frecuentemente suscitante de perplejidad. «¿Comprendes ya que un poema/ cabe en un verso?», pregunta Gustavo Adolfo Bécquer. Y, simultáneamente, está respondiendo sobre el porqué del mundo dentro de ese poema, sobre por qué el amor, la muerte, el tiempo, Dios, caben dentro de ese verso único.

Carlos Murciano ha aprendido bien esta lección a la hora de pergeñar su *Uno*, ese su Uni-verso latente donde se expande poderoso el aroma exacto de la almendra, el amargo destello proveniente del abismo de ser hombre, el relámpago de la felicidad o su reflejo.

Treinta y dos poemas, divididos en dos partes, componen esta obra singular. Y a uno se le antojan treinta y dos pulsos efímeros –constantes– de la conciencia del hombre con la vida. Cerrando uno de sus sonetos –«Para releer *Cantos de vida y esperanza*»–, Eladio Cabañero puso este endecasílabo: «y por fin salve un verso a una persona». Pareciera imposible mejor regalo que el doblegar con fuerza tan aparentemente débil el poderío del destino. El poeta se aplica afanoso a la tarea. Está tranquilo pues sabe perdida la batalla de antemano, mas le sirven de consuelo esas pequeñas joyas que va extrayendo del cajón de su experiencia. Ellas solas han de bastarse para iluminar distintamente la estancia de los sentidos. Me remito al poema «Luz», preclara síntesis de lo que supone la ceguera eterna del amador: «Perro y bastón no bastan si tú cierras los ojos».

UN SONETO

En su libro *Una misma cosa*, Carlos Murciano incluyó un soneto escrito en el verano de 1982, «Atardecer en el Puerto de Santa María». No es sólo uno de sus buenos sonetos, no. Es sencillamente antológico (quizás por ello esté aquí recogido). E insisto en el tema apoyándome en el juicio de José Gerardo Manrique de Lara: «Burlador del soneto con esa manía miope del orfebre que se regodea en

los detalles, en una minuciosa tarea que deja sin aliento cualquier análisis crítico, este gaditano, tocado de gracia por mor del verbo, se siente como pez en el agua, como Perse en el poema, como Azorín en su lírica prosa, como Verlaine en su espeso subconsciente». Aserto incuestionable, mas me resisto al desaliento, y por ende, me extendo en mi apunte sobre «Atardecer...»:

El binomio Tiempo-Muerte (Amor-Muerte en este poemario, a tenor del decisivo verso de Ronsard que lo encabeza y nomina) es pilar esencial en la trayectoria lírica de Murciano. Emparejemos esta ínsita preocupación ontológica a su capacidad contemplativa –referida anteriormente– y averiguaremos este «Atardecer...». La dialéctica que se entabla entre el conocimiento de nuestra fugacidad y la necesaria reciedad lingüística con la que ha de tratarse tan doloroso anatema, se sintetiza indefectiblemente en un cosmos espiritual que entra en actividad a raíz del amor, lenitivo tan necesario como insuficiente. La última línea de este «Atardecer...» condena un estero de sabiduría vital, y hace del horizonte de los días una entelequia aún más inalcanzable:

«Todo está en paz, todo está azul (te quiero),
claros tu amor y tu recuerdo, pero
(te quiero) van volviéndose sombríos.

Llegará un día en que este mar se acabe:
ni ola, ni pez, ni paz, ni azul, ni nave.
No lo verán tus ojos. Ni los míos.»

He cifrado en esta sola pieza la glosa de un libro que, como Murciano apuntara en su día, «tuvo fortuna competitiva, no editorial», y que, en su mayor parte, acabaría por desmembrarse, integrándose sus poemas en otras obras entonces en proceso de creación. Pero cualquiera de los que sobrevivieron a aquel trance, es decir, los aquí recogidos, merecería comentario pormenorizado, dadas su precisión y belleza.

CON JORGE MANRIQUE AL FONDO: TRÍO PARA CUERDOS

La razón recurrente de la Muerte se manifiesta de nuevo, si con otro acento, en esta elegía conmovedora. La desaparición de la figura paterna, lleva al poeta a infringir su pacto consigo mismo, a desertar de entre los pacíficos, a tratar de traspasar la frontera sellada de lo tangible. Mas lo realiza, eso sí, con serena rebeldía

y sosegado pensamiento. Indica Leopoldo de Luis en su prólogo a *Trío para cuerdos* —ineludible si se pretende asimilar éste convenientemente—: «...es un poema tierno y amargo, atribulado y tangente al círculo helado de la desolación, quizás fruto de un momento de crisis. No es un poema de pura estética, sino de índole moral: el ser y el no ser, el qué hacer y el cómo vivir. Y aún el cómo morir. Bien entendido que, con todo, la estética no le abandona nunca, sobre que, además, tratar los temas desgarradores y trágicos con serenidad y armonía es un problema estético».

Trío para cuerdos se divide en tres tiempos, signados cada uno con terminología musical (Andante, Adagio, Finale. Presto), y a los que corresponden otras tres claves: la muerte, el desamparo y la locura.

El primer tiempo brota de las cenizas del hombre. Ese hombre que «comienza a agonizar desde que nace», posee juntamente entidad exclusiva y paradigmática. Con exquisita pulcritud expositiva, Carlos Murciano se acerca sin ambages a la evidencia de la nada, al par que la poesía emana como un hilo de agua cristalina, acostumbradamente. Y es este contraste lo que turba y estremece, y también lo que le enlaza más estrechamente a Jorge Manrique, esto es, la desnudez expresiva, el enfrentamiento descubierto con la adversaria. Y, sin embargo, y he ahí la paradoja, los recursos literarios (el simbolismo, la metonimia, la comparación) son los que ahorman el discurso y lo esclarecen, lo cual trae consigo un desafío explícito ante esa dudosa tendencia a la concentración poemática, tan al uso en la lírica de la nueva era. El segundo tiempo de *Trío para cuerdos*, Adagio, implica el desamparo. Porque la muerte es del hombre, «el sueño que le cierra cada día los párpados». No hay consolación. Es por ello por lo que señalaba más arriba que aquí la Muerte se manifiesta con acento desigual al de obras precedentes de Murciano. Recapitulo a partir de su primera entrega, *El alma repartida* (1954), y enumero: *Viento en la carne* (1955), *Poemas tristes a Madia* (1956), *Tiempo de ceniza* (1961), *Desde la carne al alma* (1963), *Un día más o menos* (1963) y *Libro de Epitafios* (1967). En todos ellos, Dios se declara como presencia. Hay de por medio una difícil y paciente búsqueda que abarca todo un ciclo cronológico, y que concluye con el presunto hallazgo de lo que se buscaba. El mismo *Libro de Epitafios* aparece presidido por una muerte que se entrevé, se siente, y es comunicada por el poeta con palabra esperanzada.

Pero el alma no se aquieta: *Yerba y olvido* (1976) supone una ruptura terminante con el pasado. La raíz nihilista prende en la conciencia, y se difunde con el vértigo que la certitud conlleva, hasta arribar ahora al cedimiento: el hombre

«mira al mundo: y el mundo está vacío.
De esta manera aprende –tarde, para su daño–
que en la plaza mayor de estar viviendo
nada ha tenido nunca sino su desamparo».

El Finale. Presto contempla el elogio de la locura. Reaparece en este tiempo la veta surrealista a la que el poeta nunca ha cesado de acudir, si espaciadamente, desde *Viento en la carne*. Porque la locura es estado surreal del vivir humano, trance inmediatamente ajeno a la muerte, su pertinaz olvido. Deviene, pues, en «la mayor maravilla» del hombre, en lo que le ilusiona descubrir para, al punto, «desconocer que un hombre empieza cuando un hombre se acaba».

Al hilo del verso asonantado (al igual que en los tiempos anteriores), se logra «escuchar con los labios el manso repicar de una campana./ acariciar las crines del sol, cazar al vuelo/ la mariposa de la madrugada». Tal algarabía sinestésica condición *sine qua non* para olvidarse de que se existe, reto el más eficaz para posibilitar una tupida red de claridades que apresen el futuro. Así lo reconoce poeta; y, trasunto de esa locura, se ha de reconocer en la poesía el poder de lo ignoto, capaz de redimirlo del infame palor definitivo.

DE UN VIEJO CANCIONERO

Un breve comentario para un breve cuaderno: quince cancioncillas que dan fe de la frecuentación de Carlos Murciano del cancionero medieval –cuna de nuestra mejor poesía– y de su total dominio de las formas.

Lo curioso reside en cómo fueron escritas: en un solo día de febrero de 1992, y en ocasión de atrevesar el autor una grave crisis ocular, que le condujo a una delicada intervención quirúrgica. Privado casi por completo de visión, estos versos fueron plasmados como al dictado de una voz remota, en uno de esos misteriosos procesos creativos que todo poeta experimenta, de una u otra manera, a lo largo de su trayectoria.

La ligereza, la gracilidad y un cierto tono pícaro, en muchas de sus piezas singulares, caracterizan este cuaderno de pulcra edición, ceñido al tema amoroso, que el poeta ha cultivado siempre, y que, como él mismo ha escrito, se entró en su obra desde sus inicios, «como un río serpenteante –¿serpiente, a fin de cuentas?–, bañándola con su agua poderosa hasta en aquellos instantes en que ni siquiera parecía oírse su paso». «Una joya por fuera y todo un collar de perlas por dentro», dijo de esta *plquette* Torcuato Luca de Tena. Y Leopoldo de Luis la glosó en un soneto del que transcribo su tramo final:

«Viene el poeta de hoy, y desentierra
el poema perdido por la sierra,
el son alegre de un ayer lejano.

(El idioma en sus ritmos infantiles
se borraba en los clásicos atriles
y lo volvió a escribir Carlos Murciano)».

RINCÓN DEL DUENDE

A estas alturas del presente epílogo, siga creyendo el lector que el autor de «El verso caminante» tiene todo que ver con el de *Trío para cuerdos*, y que el hacedor de «Atardecer en el Puerto de Santa María» ha la misma entidad que el de este «Rincón del duende» del que paso a ocuparme.

Si no con la insistencia y vocación de su hermano Antonio —experto contrastado en la materia—, Carlos Murciano no ha sido ajeno a ese insoslayable resquicio de pureza dentro del arte: el cante flamenco. Al andaluz que se precie, le hierve en la sangre el duende del *quejío*, la voz nómada y apesadumbrada del cantaor. Hay una acompañante indeleble de esa voz, un hechizo saliente de otros ecos: la guitarra. A una y otra, guitarra y voz, el poeta rinde devoción y homenaje con el deje entrañado que ambas propician, tal ocurre en «Guitarra en la noche», o en «Gitaniño cantando», o en «Oyendo temblar, en Arcos, la voz de Manuel Torre», probablemente el más significativo del conjunto.

Es el olvido del silencio lo que propone Carlos Murciano en estos poemas, la historia de una raza que canta sus secretos y en ello pone el alma. Y hay poco lugar para la alegría. El poeta atempera su verbo y lo acompasa —ya en verso libre, ya contenido en las formas tradicionales— al doliente dictar entre las sombras, al inefable lamento y al rumoroso sonido que lo envuelve. La soledad, la pena que es un mar hacia donde «la voz resbala como un río», «el negro chorro de la angustia», definen la identidad arcana e inabarcable de un pueblo sin fronteras.

HOMENAJES

El poema-ofrenda tiene sitio importante en el hacer de Carlos Murciano. Recuérdese su libro *Clave* (1972), centrado por la música; o *Breviario*, aquí representado, en el que pintores y escultores son los destinatarios de sus versos.

En esta misma antología, el apartado anterior, «Rincón del duende», sitúa en el mundo del flamenco y de su gente el punto de mira del poeta.

Y, junto a las artes, las letras. En 1966, la editorial malagueña de Angel Cafarena dio a la luz un cuidado volumen, *Plaza de la Memoria*, en el que Carlos Murciano, junto a su hermano Antonio, brindaba un amplio abanico de homenajes a poetas de ayer y de hoy. En tal línea se instalan éstos, escritos en el cuarto de siglo que media entre la aparición de ese libro compartido y el que ahora epílogo.

Palpable resulta en nuestro poeta su facilidad para interiorizar cualquier tipo de lírica y otorgarle su esencia exacta. Y ello siempre –sugerido queda en el epígrafe precedente– dentro de un modo de hacer marcadamente suyo, fácilmente detectable para quienes hayan seguido, aun de manera parcial, su trayectoria. De ahí que resulte un punto cómico la sorpresa de determinados Jurados –integrados por algunos de sus inevitables detractores–, al premiar, baja plica, este o aquel poemario de Murciano, y estallar seguidamente en descalificaciones, sintiéndose, según ellos, burlados. Jamás el poeta intentó tal cosa. Lo que sucede es que esos contumaces tienen formada una idea previa, estereotipada y errónea, de su poesía, que no acostumbran a leer, y en consecuencia ignoran la evolución propia de quien, entregado a un constante ejercicio poético, experimenta las lógicas evoluciones formales, estilísticas y temáticas inherentes a todo creador auténtico. Pero, eso sí, insisto, sin perder nunca voz y acento peculiarísimos.

Y a los homenajes aquí seleccionados me remito. Por ejemplo a «Un soneto para Tomás Borrás», en el que la oposición paradójica, el juego de contrarios («Borrás, el cuentacuentos, nació un día/ aquí, en Madrid –¿o acaso no naciera./ o nació ayer, como la primavera,/ o nacerá mañana?...») acentúa la dicotomía vida-muerte, exclusivo destino del ser humano, y cuyo tratamiento, reitero, vertebra el «corpus operi» de Murciano; o a su «Mano para un poema (a Eladio Cabañero)», el cual desvela, por enésima vez, su pertinaz militancia en la selecta orden de los mimadores del lenguaje y de sus formas («el verso fiel de Eladio Caballero,/ de Eladio Compañero./ poeta por la gracia/ del sol y la llanura»).

Se alternan, en este puñado de ofrendas, la devoción, la amistad y el reconocimiento a los maestros y colegas, algunos desaparecidos (César Vallejo, Vicente Aleixandre, Carmen Conde, Guillermo Díaz-Plaja) y otros felizmente entregados a impulsar o culminar su obra en marcha: Camilo José Cela, Leopoldo de Luis, Guillermo Morón. Y todas ellas signadas por una lucidez lingüística irrefutable.

¿Poesía circunstancial? ¿Y cuál no lo es? Así como el pintor deja sobre el lien-

zo la efigie del personaje al que retrata, así el poeta encierra en sus estrofas la del que por una u otra razón desencadenó su escritura; en sus estrofas o en sus párrafos, que no siempre recurre al verso para esbozar un rostro, un alma: tal Rubén, en *Los raros* o en *Cabezas*; Juan Ramón, en *Españoles de tres mundos*; Alcixandre, en *Los encuentros*. Sin olvidar que todos ellos acudieron también al verso para efigiar a sus admirados.

Menester este, pues, con tradición sobrada, que es lo que, entre otras cosas, pretendo dejar sentado.

LOS POEMAS MAYORES

Así los llama el autor por su extensión. Poemas largos no acogidos en volúmenes precedentes, mas con motivos sobradamente explícitos. El intimismo, la contemplación, el misterio de la existencia, reinciden en esta última zona de *La cítara en la cítara*. Y también las figuras son las que el poeta ha sentido siempre más cercanas: La amada, la madre, los hijos, la muchacha, ocupan estos versos que, además de poseer la «suficiente entidad para valerse por sí mismos», como el propio Murciano indica, vienen a ratificar los rasgos esenciales de su poética.

En este punto, me detengo en «Maestra en soledades», poema materno de teji-do lírico, por premonitorio. Salvatore Quasimodo explicitó, en su «Lettera alla madre», el tránsito del poeta que aspira a ser digno de su estirpe: «...So che non stai bene, che vivi,/ come tutte le madri dei poeti, povera/ e giusta nella misura d'amore/ per i figli lontani. Oggi sono io/ che ti scrivo». Desde este eco ancestral, Carlos Murciano acude y torna repetidamente a lo largo de su obra, a la que fuera causa de su destino, al ser que lo concibiese. Recuértese, v.g., «Miro sobre el piano las manos de mi madre». O «Como un patio», de *Meditación en Socar*; en el que declara: «Porque sé que ese día.../ en una calle que no pasa,/ me aguarda incólume ese patio,/ esa/ mujer,/ tú sola,/ madre». Y en esta «Maestra en soledades» (1988), al punto ya la muerte y acechante, se desvive porque la madre, candidez encarnada, exclusivo puente que le hace retroceder a los días incruentos de la infancia, se le está yendo a ras del tiempo y mansamente. El centro látil donde el cobijo no haya fuerza de atracción, se vence sin remedio hacia los vértices, y es entonces cuando el hijo comprende el helor del vacío sobre sus hombros, y vanamente pide: «...abrígame y condúceme/ como ayer, no te vayas, no me dejes,/ que estoy muy solo, madre».

No cabe duda de que este poema, por su condición entrañable, por su ajenidad a cualquier «circunstancia», podría haberse integrado en alguno de los

libros publicados por el poeta. Tal ocurre asimismo con el titulado «Vuelvo a tu cuerpo» (que, en efecto, formó parte de un poemario que nunca vio la luz y cuyo título repetía un verso saliniano, *Que hay otro ser por el que miro el mundo*), o con «El llanto», ambos cargados de ternura, de amor hacia la esposa y compañera.

Destacaría también, por insólito en el hacer del poeta, «Evocación en Covarrubias», poema épico de sosegado discurrir, pero vibrante siempre, en el que su maestría formal se pone de relieve una vez más. Tres versos de dieciocho sílabas, cerrados por otro de seis, componen una estrofa inédita, cadenciosa y sonora, a través de la que la figura remota de Fernán González toma cuerpo y palpito.: «Tú, Fernán Castilla, llevabas el alba clavada en los ojos:/ iba amaneciendo por donde pasaba, por donde pisaba / tu cabalgadura. Piel de toro, turbia, tundida, sangrante./ España nacía». Ese poderío formal ya mencionado tiene ejemplo también en el «Poema escrito en un espejo», donde los serventesios alejandrinos de la primera parte aparecen reflejados —y, por ello, al revés— en el azogue de la segunda.

CODA

Reitero, pues que el autor ya lo señaló en su prólogo, que esta antología es el complemento de otras anteriores, abarcadoras de una treintena de libros. Quiere ello decir que Carlos Murciano es un escritor prolífico y polivalente, y que de su oficio ha hecho razón de vida. En el capítulo titulado «La Poesía», de su libro *La Calle Nueva* (1965), interroga, desvelado: «¿Cuántos (años) hubieron de pasar para que yo, Poesía, te encontrase? ¿Por qué evitaste dar tu veneno dulce al niño que, sin saberlo, te llevaba? ¿Por qué aguardaste a su hombridad para entregarte de una vez y para siempre? ¿No temiste que el impacto terrible lo acabase?». Testimonio tremante, que delimita la actitud entregada de nuestro poeta, su incondicional vocación.

Esa entrega plenísima es la que ha hecho posible una obra de la amplitud y la categoría de la suya. Ejemplos hay en la misma generación del 50, a la que Carlos Murciano pertenece, de magníficos escritores que no han dado a la imprenta más de cinco, seis libros. Son maneras diversas de plantearse la escritura, lo cual no implica que la calidad vaya asociada en relación inversa con la cantidad de líneas que se escriben, o viceversa. ¿San Juan de la Cruz o Lope? Los dos, claro. Y hago este comentario porque la profusa obra de Murciano ha llevado a un sector de la crítica a minusvalorarla, cuando no a ignorarla por mor de oscuras conveniencias u oficialismos. Pero esa turba de zoilos no hallará

entre los textos del arcense ni uno que no resulte, al menos, digno, tamaño es su dominio de la palabra. Y es que a Carlos Murciano le hace falta una condición imprescindible para ser inscrito entre los mejores poetas de esta era finisecular: ser leído.

Carlos María MAÍNEZ
diciembre 1996

RESEÑA BIOBIBLIOGRÁFICA

1931. Nace el 21 de noviembre de 1931, en Arcos de la Frontera, Cádiz. Carlos Murciano es Intendente Mercantil, y durante treinta y un años fue gerente de una firma de rango internacional. Es miembro de la Real Academia de San Dionisio, de Jerez, Hispano-Americana, de Cádiz, San Telmo, de Málaga, así como de las de Córdoba y San Fernando. Miembro Correspondiente de las Academias Venezolanas de la Lengua y de la Historia, de la Belgo-Espagnola d'Histoire y de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Narrador, conferenciante, traductor y crítico literario. Ha sido traducido al inglés, francés, italiano, ruso, lituano, serbo-croata, macedonio, coreano, hindi, tailandés, así como al esperanto.
1949. Funda, con su hermano Antonio y varios amigos, el grupo y la revista «Alcaraván».
1954. Publica su primer libro, «El alma repartida» (Lírica Hispana. Caracas), y obtiene el accésit del Premio «Adonais» con su libro «Viento en la carne» (Rialp, Madrid, 1955).
1962. «Un día más o menos». Premio «Ciudad de Barcelona». (Punta Europa. Madrid, 1963).
1965. La Fundación March le otorga una Pensión de Literatura para escribir su libro «Clave», que obtendría posteriormente el Premio «Ciudad de Palma» (La isla de los ratones. Santander, 1972).
1966. «Los años y las sombras». Premio «Ausias Marcha». Ayunt. de Gandía/ Diput. de Valencia. Se edita en Madrid.
1967. «Libro de epitafios». Premio «Juan Boscán». Instituto de Estudios Hispánicos. Barcelona. 2ª ed. Plaza & Janés. Barcelona, 1970.
1970. «Este claro silencio». Premio Nacional de Poesía. (Ed. Cultura Hispánica. Madrid).

1973. «El revés del espejo». Premio «Ciudad de Zamora». (Ed. del Ayuntº de Zamora). «Antología 1950-1972». (Plaza & Janés. Barcelona).
1974. «Triste canta el búho». Premio «Ciudad de Irún». (C. A. P. San Sebastián).
1975. Se le otorga la Medalla de Oro de su ciudad natal.
1977. «Yerba y olvido». Premio «González de Lama». (Col. Provincia. León).
1978. «Del tiempo y soledad». Premio «Francisco de Quevedo». (Ed. del Ayuntº de Madrid).
1981. «Trío para cuerdos». Premio «Jorge Manrique». (Colectivo Multi-Media. Gijón, 1989).
1982. «El mar sigue esperando». Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil. (Noguer. Barcelona, 1983). S. M. El Rey le otorga la Cruz del Mérito Naval de 1ª Clase con distintivo blanco.
1983. «Historias de otra edad». Premio «Leonor». (Diputación de Soria, 1984). Se le concede la Gran Cruz de la Orden Militar y Hospitalaria de San Lázaro de Jerusalén.
1986. «Quizá mis lentos ojos». Premio «Ibn Zaydun». (Ed. del Instituto Hispano-Arabe de Cultura. Madrid). El Gobierno de la República de Venezuela le concede la Orden «Andrés Bello».
1987. Renuncia voluntariamente a su puesto de trabajo para dedicarse por entero a su obra literaria.
1988. Es nombrado Hijo Adoptivo de Fontiveros, pueblo natal de San Juan de la Cruz.
1989. «Cuesta del Perro». Premio «Felipe Trigo». (Bitácora. Madrid, 1990). «Antología Poética 1950-1988» (Plaza & Janés. Barcelona). Es investido Caballero del Imperial Monasterio de Yuste.
1994. «De Roble y Seda». Premio «Ciudad de Segovia». (Ed. de la Asociación de Escritores. Madrid). El Círculo de Escritores de Venezuela le otorga la Medalla «Lucila Palacios».
1995. «Sonetos de la otra casa». Premio «Feria del Libro». (Endymión. Madrid, 1996). Obtiene el premio «Miguel de Unamuno» de cuentos.
1996. Ediciones Hiperión publica «Un ave azul que vino de las islas del sueño», su sexto libro de poesía infantil.
1997. Su libro inédito «Concierto de Cámara» obtiene el Premio Internacional de Poesía «Antonio Machado», que se otorga cada dos años en Collioure (Francia) Su libro inédito «Diminuto jardín como una araña» obtiene el Premio «San Juan de la Cruz», que anualmente se otorga en Fontiveros (Ávila).

BIBLIOGRAFÍA POÉTICA DE CARLOS MURCIANO

- EL ALMA REPARTIDA. Escrito entre 1950 y 1953. Publicado en Caracas, en la colección «Lírica Hispana», con el número 140, en octubre de 1954. Treinta poemas.
- VIENTO EN LA CARNE. Escrito entre 1953 y 1954. Accésit al Premio Adonais de ese año. Publicado en Madrid, en la colección «Adonais», con el número CXVI, en febrero de 1955. Treinta poemas.
- POEMAS TRISTES A MADIA. Escrito entre 1953 y 1955. Publicado en Arcos de la Frontera, en la colección «Alcaraván», con el número 1, en agosto de 1956. Treinta poemas.
- ANGELES DE SIEMPRE. Escrito entre 1952 y 1954. Publicado en Caracas, en la colección «Lírica Hispana», con el número 188, en octubre de 1958. Treinta poemas.
- CUANDO DA EL CORAZÓN LA MEDIA NOCHE. Escrito entre 1954 y 1956. Publicado en Granada, en la colección «Veleta al Sur», con el número 3, en marzo de 1958. Treinta y dos poemas.
- TIEMPO DE CENIZA. Escrito entre 1956 y 1958. Publicado en Santander, en la colección «La isla de los ratones», con el número 14, en febrero de 1961, Veintinueve poemas.

- DESDE LA CARNE AL ALMA. Escrito entre 1956 y 1960. Premio Selección Grupo Atalaya, 1963. Publicado en Jerez de la Frontera, en la colección «La Venencia», con el número 4, en marzo de 1963. Veintidós poemas.
- UN DÍA MÁS O MENOS. Escrito entre 1959 y 1962. Premio «Ciudad de Barcelona», 1962. Publicado en Madrid, en la colección «Punta Europa», en noviembre de 1963. Treinta y dos poemas.
- LA NOCHE QUE NO SE DUERME. Escrito entre 1954 y 1964. Publicado en Sevilla, en la colección «La Muestra», con el número 9, en noviembre de 1964. Quince poemas.
- ESTAS CARTAS QUE ESCRIBO. Escrito entre 1952 y 1957. Libro inédito, del que fueron seleccionados cinco poemas, que se publicaron con tal título en Málaga, en la colección «Cuadernos de María José», con el número V, en mayo de 1966.
- LOS AÑOS Y LAS SOMBRAS. Escrito entre 1960 y 1963. Premio «Ausias March», 1965. Publicado en Madrid, en edición patrocinada por el Ayuntamiento de Gandía y la Diputación Provincial de Valencia, en abril de 1966. Catorce poemas.
- LIBRO DE EPITAFIOS. Escrito entre 1964 y 1966. Premio «Juan Boscán», 1966. Publicado en Barcelona, en edición del Instituto de Estudios Hispánicos, en octubre de 1967. Una segunda edición apareció también en Barcelona, en marzo de 1970, en Plaza & Janés, con el título de *Los premios «Juan Boscán» de poesía (1962-1966)*. Veintidós poemas.
- EL MAR. Escrito en 1958. Premio «Virgen del Carmen» 1968. Publicado en Las Palmas de Gran Canaria, en la colección «La fuente que mana y corre», con el número 5. Un poema, dividido en tres partes.
- BREVIARIO. Escrito entre 1958 y 1968. Publicado en Caracas, en la colección «Poesía de Venezuela», con el número 27, en 1969. Doce poemas. En febrero de 1974, se hizo una segunda edición en Sevilla, en la colección «Aldebarán», con el número 9, recogiendo otros doce poemas más, escritos hasta 1973. En 1993, apareció la tercera edición en Pamplona, en la colección «Medialuna», con el número 15, incorporando treinta nuevos poemas.

- VEINTICINCO SONETOS. Antología. Publicado en Madrid, por Ediciones Literoy, en la colección «Voz del viento», con el número 3, en 1970.
- ESTE CLARO SILENCIO. Escrito entre 1964 y 1969. Premio Nacional de Literatura, 1970. Publicado en Madrid, en la colección «Leopoldo Panero», con el número 16, en octubre de 1970. Una segunda edición apareció en la misma colección en enero de 1971. Veintinueve poemas.
- CLAVE. Escrito entre 1964 y 1970, con una Pensión March de Literatura otorgada en 1965. Premio Ciudad de Palma, 1970. Publicado en Santander, en la colección «La isla de los ratones», con el número 63, en mayo de 1972. Treinta y tres poemas.
- EL REVÉS DEL ESPEJO. Escrito entre 1966 y 1972. Premio Ciudad de Zamora, 1972. Publicado por el Ayuntamiento de dicha Ciudad, en marzo de 1973. Treinta y siete sonetos.
- ANTOLOGÍA (1950-1972). Publicado en Esplugas de Llobregat (Barcelona), en la colección «Selecciones de Lengua Española», de Plaza & Janés, en junio de 1973.
- DOS DEDOS DE LA MANO. Escrito en noviembre de 1974. Impreso en edición limitada, con seis aguafuertes de Fernando Calderón, por Casa Cuevas, de Santander, en 1974. Un poema, dividido en seis partes.
- YERBA Y OLVIDO. Escrito entre 1973 y 1974. Premio «Antonio González de Lama», 1976. Publicado en León, en la colección «Provincia», con el número 35, en febrero de 1977, por la Institución Fray Bernardino de Sahagún, de la Diputación Provincial de León. Cincuenta y cinco poemas.
- LA NOCHE SANTA. Escrito entre 1954 y 1976. Publicado en Palencia, por Abad-Herrero Editores, en febrero de 1978. Cuarenta y dos poemas, incluyendo los quince que componían *La Noche que no se duerme*.
- DEL TIEMPO Y SOLEDAD. Escrito entre 1973 y 1978. Premio «Francisco de Quevedo», 1977. Publicado en Madrid, en edición del Ayuntamiento de esta ciudad, en noviembre de 1978. Cuarenta poemas.
- MEDITACIÓN EN SOCAR. Escrito entre 1975 y 1978, incorporando un poe-

ma de 1972 y otro de 1974. Accésit al Premio Mundial de Poesía «Fernando Rielo», 1981. Publicado en Madrid, por la Fundación Fernando Rielo, en 1982. Catorce poemas.

- HISTORIAS DE OTRA EDAD. Escrito entre 1977 y 1983. Premio «Leonor», 1983. Publicado en Soria, en edición de la Diputación Provincial, en mayo de 1984. Catorce poemas.
- UNO. Escrito entre 1977 y 1984. Publicado en Las Palmas de Gran Canaria, en la colección «Piélagos», en 1985. Treinta y dos poemas de un solo verso.
- LA BUFANDA AMARILLA. (Infantil). Escrito en 1983. Publicado en Madrid, en la colección «Infantil y Juvenil», de Editorial Escuela Española, con el número 51, en 1985. Premio C.C.E.I., 1986. Reeditado en la colección «Caballo de Cartón», de la misma editorial, con el número 60, en 1989. Una nueva edición, incorporando quince poemas inéditos y titulada *La bufanda amarilla y Don Abecedario*, ha sido publicada en Madrid, en la colección «Catamarán», de Ediciones SM, con el número 22, en septiembre de 1990.
- QUIZÁ MIS LENTOS OJOS. Escrito en 1985, excepto su poema final, que data de 1977. Premio «Ibn Zaydun», 1985. Publicado en Madrid, por el Instituto Hispano-Arabe de Cultura, en la colección «Ibn Zaydun», en 1986. Diez poemas.
- LA RANA MUNDANA (Infantil). Escrito entre 1987 y 1988. Mención de Honor en el Premio «Pier Paolo Vergerio», Padua, 1989. Publicado en Madrid, en la colección «Altamar», de la Editorial Bruño, con el número 7, en 1988. Veintiséis poemas.
- TRIO PARA CUERDOS. Escrito en 1981. Premio «Jorge Manrique» del mismo año. Publicado en Gijón, en la colección «Clepsidra», de Colectivo Multi-Media, con el número 2, en febrero de 1989. Un solo poema, dividido en tres tiempos.
- UNA MISMA COSA. Escrito entre 1974 y 1982. Premio «Villa de Martorell», 1983. Quince poemas. Al no estar prevista la edición oficial ni hallar editor propicio, el libro se desmembró, integrándose determinados poemas en otras obras en proceso de creación. Cuando, años después, el Patronato de Cultura

del Ayuntamiento de Martorell decidió publicar en un solo volumen todos los libros galardonados, sólo permanecían inéditos algunos poemas de la primera parte, que fueron los que finalmente se dieron a conocer en dicho volumen, aparecido en abril de 1989.

- LA NIÑA CALENDULERA. (Infantil). Escrito entre 1987 y 1988. Publicado en Madrid, en la colección «Cuentos de la Torre y la Estrella», de Ediciones SM, con el número 40, en 1989. Doce poemas.
- ANTOLOGÍA POÉTICA (1950-1988). Publicado en Esplugas de Llobregat (Barcelona), en la colección «El Ave Fénix», de Plaza & Janés, con el número 131, en noviembre de 1989.
- DUENDE O COSA. (Infantil). Escrito entre 1988 y 1990. Publicado en Zaragoza, en la colección «Ala Delta», de Edelvives, con el número 103, en 1990. Veintiún poemas.
- FRONTERA DEL DESVÁN. Antología Mágica. Publicado en Madrid, en la colección «Nueva Imagen», de Altorrey Editorial, en julio de 1990. Dieciséis poemas.
- VASO TERCERO. Escrito en fechas muy dispares, el último de sus sonetos en febrero de 1991, se publicó en junio de ese año, en Valdepeñas, con motivo del homenaje rendido a su autor en el ciclo «Vinos Nobles», del Grupo A-7. Ocho sonetos.
- DE UN VIEJO CACIONERO. Escrito en febrero de 1992. Publicado en octubre de dicho año, en Málaga, en la colección «Breviarios de Vizland & Palmart», con el nº I, en edición a cargo de Carmen Peralto. Quince canciones.
- DELL'AMORE E DI ALTRI AFFANNI. (Del amor y otros duelos). Antología bilingüe. Publicada en Bari (Italia), en la colección «I Quaderni di Abanico», con el nº 16. Traducción y prólogo de Michele Coco. Levante Editori. Veinticuatro poemas.
- NOVENARIO. Escrito entre 1979 y 1993. Publicado en noviembre de 1993, en Málaga, en la colección «Breviarios de Vizland & Palmart», con el nº IV, en edición a cargo de Carmen Peralto. Nueve sonetos.

- DE ROBLE Y SEDA. Escrito entre 1982 y 1989. Premio «Ciudad de Segovia», 1993. Publicado en Madrid, en la colección «Julio Nombela», de la Asociación de Escritores y Artistas Españoles, con el nº 22, en abril de 1994. Veinte poemas.
- ME LLAMO PABLITO. (Infantil). Escrito en 1989. Publicado en Zaragoza, en la colección «Ala Delta», de Edelvives, con el nº 186, en 1995. Dieciocho poemas.
- SONETOS DE LA OTRA CASA. Escrito entre 1990 y 1995. Premio «Feria del Libro de Madrid», 1995. Publicado en Madrid, en la colección «Endymión», de la editorial del mismo nombre, con el nº 216, en marzo de 1996. Treinta y seis sonetos.
- UN AVE AZUL QUE VINO DE LAS ISLAS DEL SUEÑO. (Infantil). Publicado en Madrid, en la colección «Ajonjolí», de Ediciones Hiperión, con el nº 10, en 1996. Treinta y cinco poemas.

OBRA EN PROSA

Ensayo

Las sombras en la poesía de Pedro Salinas. Colección «La isla de los ratones». Santander, 1962.

Una monja poeta del XVI. La R. M. María de la Antigua. El Guadalhorce. Málaga, 1967.

Hacia una revisión de Campoamor. Punta Europa. Madrid, 1967.

25 poemas de la Hermana Madeleva. Selección, versión y prólogo. Edición Ángel Caffarena. Málaga, 1969.

Hervás y Panduro y los mundos habitados. Candil. México, 1971.

De letras venezolanas. Academia Nacional de la Historia. Caracas, 1985.

España eterna. Lunweg Editores. Madrid, 1991.

Narración

La aguja (Cuentos). Colección «Prosistas Españoles». Editora Nacional. Madrid, 1966.

Cartas a Toby (Novela corta). Editorial Prensa Española, Madrid, 1972.

La escalera (Cuentos). Libro Joven de bolsillo. Editorial Doncel. Madrid, 1973.

Triste canta el búho (Novela corta). Colección «Premios Literarios Ciudad de Irún». C.A.P. San Sebastián, 1974.

Las manos en el agua (Infantil). Mundo Mágico. Editorial Noguer. Barcelona, 1981.

El mar sigue esperando (Infantil). Cuatro Vientos. Editorial Noguer. Barcelona, 1983.

- Los libros amigos* (Infantil). Fundación Germán Sánchez Ruipérez. Salamanca, 1984.
- Tres y otros dos* (Infantil). Caballo de Cartón. Editorial Escuela Española. Madrid, 1985. 2ª ed. Punto Juvenil. Magisterio. Madrid, 1990.
- Cuento con Tigo* (Infantil). Mundo Mágico. Editorial Noguer, Barcelona, 1986.
- Apriétame la mano más que nunca* (Cuentos). CajaLeón. Gráficas Baraza. Oviedo, 1986.
- Los habitantes del Llano Lejano* (Infantil). El Barco de Vapor. Ediciones SM. Madrid, 1987.
- Lun* (Infantil). Ala Delta. Edelvives. Zaragoza, 1987.
- La niña enlunada* (Infantil). Cuentos de la Torre y la Estrella. Ediciones SM. Madrid, 1988.
- Las sayas en las hayas* (Infantil). Unicornio. Ediciones Júcar. Gijón, 1988.
- Sor Guitarra* (Infantil). A toda máquina. Susaeta Ediciones. Madrid, 1988.
- Lírelos, ciflos y paranganalios* (Infantil). Ala Delta. Edelvives. Zaragoza, 1988.
- La niña que aprendía los nombres* (Infantil). Punto Infantil. Magisterio. Madrid, 1989.
- El gigante que perdió una bota* (Infantil). El Duende Verde. Anaya. Madrid, 1989.
- Cuesta del Perro* (Novela corta). Colección «Timonel». Editorial Bitácora. San Fernando de Henares, 1990.
- De redes y de lazos* (Cuentos). Colección «Timonel». Editorial Bitácora. San Fernando de Henares, 1990.
- Miña y Perro* (Infantil). Mundo Mágico. Editorial Noguer. Barcelona, 1990.
- Las amapolas se han vuelto blancas de repente* (Infantil). Altamar. Bruño. Madrid, 1992.
- Las historias secretas* (Infantil). Ala Delta. Edelvives. Zaragoza, 1993.
- Nunca olvides las letras de mi nombre* (Cuentos). Sueños de Papel. Edelvives. Zaragoza, 1995.
- El Extraño Señor de las Nubes* (Infantil) Dylar. Madrid, 1996.
- Alba, Blanca y el alot* (Infantil). El Duende Verde. Anaya. Madrid, 1997.

Otros

- La calle Nueva* (Memorias de infancia). Colección Juan Such. Edición A. Caffarena. Málaga, 1965. Segunda edición: Librería Huemul. Buenos Aires, 1973.
- Algo flota sobre el mundo* (Reportajes). Colección «Los Tres Dados». Editorial Prensa Española. Madrid, 1969.

Arcos de la Frontera (A manera de guía). Editorial Everest. León, 1974.

En colaboración con su hermano Antonio

Los ángeles del vino (Jerez, 1954). *Antología de poetas de Arcos de la Frontera* (Arcos, 1958). *Corpus Christi* (Málaga, 1961). *Plaza de la Memoria* (Málaga, 1966). *Los ángeles del vino y otros duendes* (Jerez, 1984). *Cuando nace la vida* (Nueva York, 1994). *Los premios «Alcaraván» de Poesía* (Chiclana, Cádiz, 1997).

En colaboración con Luis Sagi-Vela

El sonido grabado y la cultura (Audiovisual). Ministerio de Cultura. Madrid, 1982.

La música y nosotros (Una historia de la música). Ediciones Anaya. Madrid, 1983.

En colaboración con Carlos María Maínez

Antología Poética General. Asociación Prometeo de Poesía. Madrid, 1990.



Institución Gran Duque de Alba

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
Palabra previa	9
En la primera página de un libro	13
EL VERSO CAMINANTE	15
1. Las canciones	19
Célica Ronda	21
Baladilla de la calle antigua	23
Por Despeñaperros	24
Canción del amante que quería volver	25
Segovia	26
Navas del Rey	27
Somosierra	28
Aranda de Duero	29
Caleruega	30
Bahavón de Esgueva	31
Burgos	32
Palencia	33
Calatañazor	34
Viana	35
Velayos	36
Becerril de la Sierra	37
Don Rodrigo	38
Paterna de Rivera	39
Almuradiel	40

Campillo de Arenas.....	41
Granada	42
Serranilla de Valdejudíos.....	43
Ecija.....	44
Venturada.....	45
Soria.....	46
Atardecer por tierras de Soria	47
Algodor	48
Benamira	49
Matasejún	50
Sigüenza.....	51
Alcalá de Henares	52
Río Tajo	53
Pastrana	54
Torre-Alháquime	55
En Arcos	56
Nueva York, 21 de marzo.....	58
Santo Domingo de la Calzada.....	60
Del río Oja y los nombres amigos.....	61
Cancioncilla de la nieve en Béjar	62
Por Majarromaque.....	64
Rincón de Mérida.....	65
Coplillas de Campo de Criptana	66
Pájaro en el jardín	68
El Emperador.....	69
Pájaro de Yuste	70
San Andrés de Teixido.....	71
Guadalete.....	72
Atardecer en Grazalema	73
Berceo.....	74
En La Manchuela.....	75
Atardecer en Magacela.....	76
En un patio de Amberes	77
Despertar en Struga.....	78
Lago de Ohrid	79
Cabezo de Alcalá.....	80

Simancas	81
Punta de Mera	82
Guijo de Santa Bárbara	83
Cementerio viejo	84
Vivar del Cid	85
Llaves	86
Piasca	86
Nonduermas	87
2. Los sonetos	89
Última noche en la Alcazaba de Málaga	91
Última hoja	92
Ávila queda	93
Un mirlo en el pinar de Icod	94
Contemplación en Valldemosa	95
Puerto Real	96
Ante el mausoleo de los amantes	97
Llano manchego	98
En Valdepeñas	99
En Tejeda	100
Nacimiento del Guadalquivir	101
Atardecer en Es Verger	102
Campos de Medina-Sidonia	103
El poeta recuerda a la amada desde una plaza de Caracas	104
BREVIARIO	105
Treinta versos para Pablo Picasso	109
Un soneto para Plácido Fleitas	111
Recado urgente y dolorido para Antonio Padrón	112
A Víctor de los Ríos	114
Sueño de Barjola	115
Contemplando unos hierros de Luis Álvarez Lencero	116
Contemplando unos lienzos de Carmen Pintefío	118
Digo ahora de Fernando Calderón	119
Gregorio Prieto, aquí	120
Veo la huella del tiempo en unos cuadros de Eduardo Naranjo	121

	<u>Pág.</u>
Soneto casi mágico para Lorenzo Goñi.....	122
Vamos a entrar en casa de Celedonio Perellón.....	123
Veo inmerso a Nassio Bayarri en su guerra total.....	125
Soneto móvil para Jesús Soto.....	127
Ángel Úbeda fotografía el otro lado.....	128
Miro a Miró.....	129
Con Sorolla.....	131
Tercetillos para Juan Esplandiú.....	132
Décima (o calle) para que cruce despacio Francisco Mateos.....	134
Delgado Raja retrata a Antonio Bienvenida.....	135
Juan Gutiérrez Montiel viene, ve y vence.....	137
Gloria Torner trae el Cantábrico hasta Segovia.....	138
Último viaje de Giorgio de Chirico.....	140
Esa mujer.....	143
Con la pintura de Miguel Acquaroni.....	145
Palabras para Goya.....	147
Contemplo unos cuadros de Matisse con un libro de Quevedo bajo el brazo.....	149
Del río de Lapayese del Río.....	152
Unas pocas palabras para Joan Rebull.....	154
Julio de Pablo, entero y dividido.....	155
La Cenicienta.....	156
Waldo Aguiar pinta paisajes y muchachas.....	157
Monet en Giberny.....	158
Un soneto para Ginés Liébana.....	159
Desarrollo sonético para Luis Caruncho.....	160
Daniel Merino juega contra sí mismo una partida de ajedrez.....	161
UNO.....	163
I.....	167
Poeta.....	167
El.....	167
Mirlo.....	167
Con el rostro hacia el ayer.....	167
Verso dormido.....	167
Los arriates guardan la sombra de esa mano.....	168

	<u>Pág.</u>
Octubre.....	168
Playa de la Memoria.....	168
Juan Crisóstomo Arriaga.....	168
Un cuerpo de mujer que no fue mío.....	168
Luz.....	168
Dime.....	168
Adolescente como una corza.....	168
Sillón rojo en la penumbra de marzo.....	168
Hijo de tu silencio.....	168
Furtivo.....	168
Amanecer desde una terraza.....	169
Culpa de dos.....	169
Jauría.....	169
Tierra.....	169
Caballos.....	169
II. Compases para una sinfonieta griega.....	169
Lluvia en el Egeo.....	169
Nauplia.....	169
Olimpia.....	169
Rebaño en Kato Ahala.....	170
Río Piros.....	170
Delfos, 1.....	170
Delfos, 2.....	170
Delfos, y 3.....	170
Monasterio de Ossios Lukas.....	170
Cabeza en bronce de Jean Moreas.....	170
Mapa de Grecia.....	170
UNA MISMA COSA.....	171
A una muchacha que se bañaba desnuda en el río.....	175
La tartamuda.....	176
Muchacha en la orilla.....	177
Amanecer en Sitges.....	178
Atardecer en El Puerto de Santa María.....	179
Interior con desnudo (1).....	180

	<u>Pág.</u>
Interior con desnudo (2)	181
Amor	182
TRIO PARA CUERDOS	183
(Andante).....	187
(Adagio).....	189
(Finale. Presto)	191
DE UN VIEJO CANCIONERO	193
1. Las avellanicas... ..	197
2. Por el río abajo, madre... ..	197
3. Del alto collado... ..	197
4. Pastora, el rebaño... ..	198
5. Ya amanece el gallo... ..	198
6. Miraba la monja... ..	198
7. A la ventolé... ..	199
8. A la oliva verde... ..	199
9. De la tierra no vienen mis males... ..	199
10. Ese caballero... ..	200
11. Bajo el alamillo... ..	200
12. Madre, mis amores... ..	201
13. Nuño Cerrada... ..	201
14. Pájaro dormido... ..	201
15. Hermana, a la fiesta... ..	202
RINCÓN DEL DUENDE	203
Guitarra en la noche	207
Gitanyillo cantando	209
Pepe Pinto dice en voz baja unos cantes sobre Pastora	210
Oyendo temblar en Arcos la voz de Manuel Torre.....	211
Recordando a Tomás el Nitri.....	214
Espinelas (con duende) para Vicente Escudero	215
La voz tiznada	217
Antonio «Fosforito» canta por derecho.....	220
Espinelas para Concha Piquer.....	221
Invitando a tomar una copa a Juan Valderrama	222

	<u>Pág.</u>
Espinelas urgidas para recordar a Lola Flores	223
HOMENAJES	225
Un soneto para Tomás Borrás	229
Con Carmen Conde	230
Velintonia, 3	231
El tiempo que esa boca reconstruye	232
Mano para un poema	234
El legado	235
Recado para Ángel Crespo	237
Piedra para César Vallejo	239
Al andar	241
Leyendo el «Cementerio Marino» de Paul Valéry	242
Para Concha Zardoya y su libro «Patrimonio de ciegos»	243
Romance del que un día fue lumbre	244
Recordando a Rafael Fernández Pombo en primavera	246
Espinelas decembrinas para pedir la vuelta de Rafael Duyos	247
A Leopoldo de Luis	248
Guillermo Morón cumple setenta años	249
Memoria de Rubén Darío	250
Jorge Luis Borges alcanza el otro lado	251
POEMAS MAYORES	253
Vuelvo a tu cuerpo	257
A zaga de su huella	261
A una muchacha que lavaba en el Tajo, al pie de Toledo	267
Traigo a mis hijos a la orilla del río que rodea a mi pueblo	273
Evocación en Covarrubias	279
El llanto	285
Rama de almendro para una muchacha lejana	291
Poema escrito en un espejo	297
Jerez, septiembre	303
Un hombre ha vuelto	309
Visión de Cuenca	315
Ando Guadalajara con la luz en los ojos	321
Esta es la música: la vida	327

	<u>Pág.</u>
Bajo las puentes va el alma	333
Maestra en soledades	339
POEMA FINAL	345
Reloj de arena	347
EPÍLOGO, por Carlos María Maínez.....	349
Breve reseña biobibliográfica.....	363
Bibliografía poética de Carlos Murciano.....	365
Obra en prosa	371

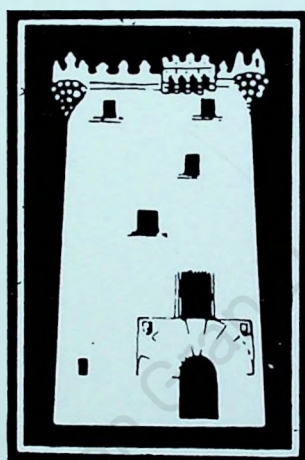


Institución Gran Duque de Alba

INSTITUCIÓN GRAN DUQUE DE ALBA

TÍTULOS PUBLICADOS

- Insula extraña el Corazón, de José Luis López Narrillos.
- Alrado Luzbel, de Fernando Alda Sánchez.
- Carpe Diem, de José María Muñoz Quirós.
- De polvo enamorado, de José María Ercilla Trilla.
- El mágico lenguaje de septiembre, de José María Guerra Vozmediano.
- Conjunción de Espejos, de Tomás Hernández Castilla.
- Oráculos sombríos, de Gaspar Moisés Gómez.
- Ciudad de Ceniza, de Teresa Barbero.
- Segunda antología, de Luis López Anglada.
- Soporte del viento, de Ovidio Pérez Martín.
- Todas mis palabras, de José Ledesma Criado.
- Mi corazón a mi manera, de José Javier Aleixandre.
- Antología Poética, de Her menegildo Martín Borro.
- Ciudad Ducal, de José Luis Sancho Barros.
- El río, de Ángel García Ronda.
- Escritos al atardecer, de José M.^a de Vicente Toribio.
- Jardín de su silencio, de Sagrario Rollán Rollán.
- Como el aire que respiro, de Carlos Reviejo Hernández.
- Tantas vidas, de Ángel García López.



Institución Gran Duque de Alba

Ins